

PARA M. R. TODOS

BIBLIOTECA NACIONAL



N.º 90

(12 de Mayo/81)

\$ 1. 20

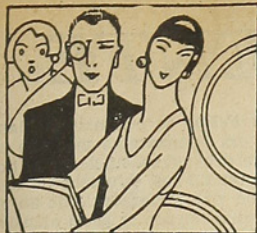
HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

LA FATIGA DEL DEPORTE

presto desaparecerá
de su rostro si, mujer
previsora y elegante,
llevó usted consigo los

POLVOS DEL HAREM COMPACTOS





PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL
AÑO IV N.º 90

Santiago de Chile, 17 de marzo de 1931.
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



La amiguita que he perdido

Por

JOSE MARIA SALAVERRIA

Coincidíamos muchos días en el mismo tren de la mañana, y poco a poco fué creándose entre los dos esa tática familiaridad que con frecuencia nos une a seres que no conocemos y con los cuales nunca cruzamos una palabra. El azar de la vida me había hecho trabar una de estas amistades tácitas con la pequeña viajera, que bajaba al centro de la ciudad sin duda del pobre y lejano suburbio, para sumirse en algún taller de costura o en el mostrador de una tienda. Aprendiz o encargada de los recados y entregas probablemente, porque era muy joven todavía; catorce o quince años a lo más.

Era una chica de buen tipo, aunque castigada por las deficiencias fisiológicas de un vivir no muy sobrado de higiene y de fuertes alimentos. Con todo, el milagro de la juventud en flor podía más que la higiene y que las substancias alimenticias, y mi amiga, si no completamente hermosa, era lo que se llama una chica interesante, llena de encanto natural y de un atractivo entre picante e ingenuo.

Coincidíamos, como digo, muchas mañanas en el mismo vagón del Metropolitano, y sin necesidad de cambiar ni una palabra concluíamos por darnos mutuamente y a nuestro modo los buenos días. Mi mirada, alcanzándola al entrar en un disparo rápido, era como si le dijese:

—¡Hola, pequeña!

Y ella, bajo la gracia de su nariz un poco respingada, parecía como que exclamase:

—Ya está ahí ese.

Después tuve que emprender un viaje. Cambió el ritmo de mis costumbres, y ya no frecuenté como antes el tren matinal del Metropolitano. Y me olvidé, naturalmente, de mi amiga la pequeña viajera. Hasta que el destino me situó de nuevo en aquel mismo tren de la mañana, ofreciéndome, además, la sorpresa de devolverme a mi amiga. Allí estaba ella, como siempre, descendiendo temprano desde su pobre casa del suburbio para encasillarse en el obrador o en la tienda. Pero la encontré transfigurada. Unos cuantos meses de plazo la habían bastado a la Naturaleza para convertir a la adolescente de retrasado desarrollo y de esmirriada figura en una joven airosa, retadora, pimpante, hecha y derecha.

Ante el asombro admirativo con que la examiné, ella

pareció ruborizarse ligeramente y noté en sus labios, en su mirada, un asomo de sonrisa. Entre nosotros no eran necesarios los signos exteriores de la emoción, y así entonces comprendí yo exactamente que ella se había sonreído por dentro con afectuoso júbilo y que estaba diciéndome, poco más o menos:

—¿Pues qué se había figurado usted?

Casi todos los días nos veíamos, cambiando nuestra mirada habitual. Yo descendía en una estación, ella proseguía adelante, sin que jamás se me ocurriera salir en su persecución para averiguar los pormenores de su vida. No hacía falta. Desde aquel vagón del Metropolitano no me enteraba yo de lo más interesante. Por ejemplo, un día supe que su madre, tal vez su abuela, alguien que a ella la quería mucho, acababa de morir, y lo averigüé por el luto riguroso con que apareció traída y el sello de profundo dolor que marcaba su pálido semblante.

El sello de dolor, sin embargo, no entró en su rostro mucho tiempo. Era la primavera, cuando la ciudad hace explosión en callejeros ramos de lilas y cantan sus sonatas de amor, los renegridos mirlos silbando entre los arbustos del gran parque. Algo relacionado con el amor debía haber influido la transfiguración casi repentina de la pequeña viajera, y también la primavera, seguramente, tendría parte de complicidad en el asunto. Sus ojos brillaban más que nunca, su boca sonreía por nada, su peinado era más gracioso y la pintura de sus labios mucho más presuntuosa. Con la mirada, como siempre, la expresé mis sospechas:

—Me parece entender, muchacha, que te has enamorado.

La chica separó su vista de la mía, francamente ruborizada; pero la sonrisa con que acompañó su femenino y juvenil gesto valía por una manifiesta confesión.

—¿Que quiere usted; el amor es una cosa tan bonita...

Y entonces también, como siempre, pude enterarme de lo esencial sin salir del Metro. Allí apareció él una mañana como el auténtico cuerpo del delito. Un joven ni más alto ni más bajo que los demás, con las maneras usuales al galán que tiene embobada a su novia. Allí

(Continúa en la pag. 17)

—¡Geoffrey casado!... qué cosa más estupenda — exclamó Felipe Winsby — y traer su mujer aquí. ¡Dios santo ese hombre está loco!...

Felipe, pensativo, dobló la carta que acababa de leer. Y así era. Geoffrey y su mujer llegarían en el próximo vapor.

"Siento mucho incomodarte, amigo, decía la carta; pero tú comprenderás. Aunque no deseo hacerlo, tendré que dejar a Mara para mi servicio; es tranquilo, entiende el idioma y como Evelynna no sabe nada sobre manejo de casa allá, necesitará de él. Tú puedes buscarte otro muchacho. Por favor manda a Ali hasta Dobo con la lancha y sobre todo, dale dinero, bastante dinero a Mineh para que recoja sus cosas y se vaya donde su madre, tiene que haberse ido cuando yo vuelva; no necesito insistirte sobre la importancia de esto último".

Seguían otras instrucciones sobre las plantaciones de caucho. Felipe se quedó meditando. Geoffrey Carleton casado... Era tan curioso. Sobre todo para la señora fuera quien fuera. Geoffrey tenía 45 años, veinte menos que su ayudante y era el hombre más poderoso de la isla. Cuando Felipe llegó a trabajar allí oyó lo que se decía de Geoffrey, que todas las mujeres le tenían miedo. Además había una Mineh, el ama de llaves de Geoffrey; pero durante su permanencia en la isla, Felipe había conocido varias Mineh. Al fin de cuentas ese era asunto de él.

¿Casado?... Era un hombre curioso Geoffrey. Buenmozo, muy varonil y las mujeres gustan de los hombres varoniles; le tenía un miedo espantoso a las serpientes; pero algo que verdaderamente era anormal. Sólo la vista de uno de esos reptiles lo ponía en un estado de histeria; hasta los dibujos o fotografías de serpientes lo impresionaban de un modo horrible. Cuando Felipe llegó a trabajar con él tuvo que pegar las páginas de los libros donde salía alguna serpiente. Era inhumano de Geoffrey el traer a su mujer a semejante sitio. Bukit Satu estaba situado en Penambuli. Algunos oficiales holandeses y algunos pescadores de perlas vivían en Dobo donde fondeaba un vapor una vez al mes y había medio día de lancha desde Dobo a Penambuli.

Felipe deseaba disipar sus pensamientos, llamó: —"Tuan" — fue la respuesta y un hombre entró a la pieza.

—Whisky y soda, Mara.

—"Saya Tuan".

Cuando regresó con lo pedido, Felipe siguió:

—He recibido una carta de "Tuan besar" con muchas noticias. Está casado.

—¿Sí?

—Y trae a su mujer para acá. Tendremos una mujer blanca aquí en Bukit Satu y tendremos que atenderla. Voy a perderte, Mara.

El muchacho miró con su inescrutable mirada.

—¿Será como Tuan Allah desee!...

—No me importa decirte, Mara, que te echaré de menos, eres un sirviente perfecto, nunca encontraré otro igual a ti.

—Hago mi trabajo — dijo Mara.

—Seguramente tendrás el doble quehacer cuando ella llegue, pero este es un lugar triste y solitario para una mujer blanca, tratará de ser complaciente con ella. ¿Me oyes?... Otra cosa, búscame otro muchacho para mí.

A decir verdad, Mara no era un muchacho; pasaba de los cuarenta; pero era costumbre llamar así a los nativos que servían. Mara era un hombre excelente, hablaba poco y tenía siempre para todo lo que sucedía, su expresión favorita: "Es la voluntad de Allah".

Los días que siguieron fueron de gran actividad. El bungalow de Geoffrey se pintó de nuevo, los muebles se sacudieron, se ordenó todo; las pipas brillaban sobre la mesa y por todas partes había flores, orquídeas, lindas orquídeas, la víspera de la llegada.

Por fin, esa tarde Mara apareció vestido con su traje de gala, dió una última vuelta a la cocina para cerciorarse que todo estaba listo y se puso a preparar cocktails.

—¡Aló, Felipe!... — Era Geoffrey que hablaba, —

La lancha atracaba y Felipe se encontró hablando con la recién casada, que era apenas algo más que una niña, con una sonrisa que subyugaba. Al llegar al bungalow Evelynna vió y comprendió los esfuerzos de Mara para hermosear todo aquello y se lo agradeció de un modo tan simpático que inmediatamente se ganó al nativo.

La comida fue alegre y sólo al final de los postres, Felipe se dió cuenta que él y Evelynna habían hecho toda la conversación mientras Geoffrey bebía y bebía.



Esta es Evelynna, dale la mano, Evelynna este es Felipe Winsby.

Para Mara la hermosa "Mem-Sahib", la señora del patrón, se convirtió luego en una diosa; desde el momento que ella le sonrió al entrar al bungalow, Mara se hizo su esclavo.

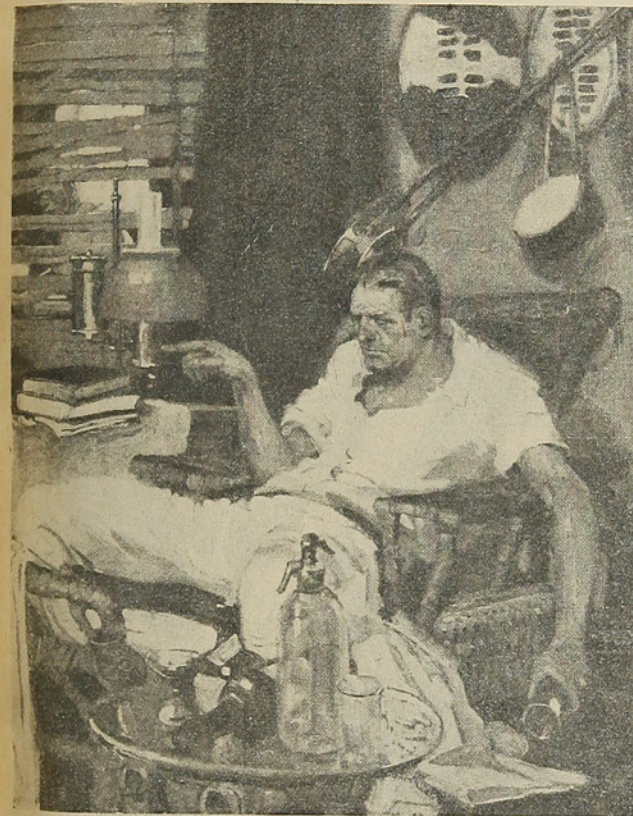
Evelynna empezó su nueva vida con todo entusiasmo y energía. Acompañaba a Geoffrey y a Felipe en sus excursiones y cacerías y jamás se quejó de calor, de los mosquitos, ni de las lluvias torrenciales. ¡Era una compañera encantadora! Generalmente insistía en que Mara a pesar del espíritu optimista y alegre de la muchacha, Felipe se dió cuenta de que no era feliz. A veces le sorprendió una mirada muy triste y pensativa y hasta de miedo. Geoffrey también había cambiado; no era el compañero simpático de otros tiempos, ahora se enojaba por todo y pasaba horas taciturno y mal humorado.

Mara podía haber dicho algo, porque había oído sollozar en la pieza de men-sahib tarde de la noche; pero, ¿quién puede comprender la mentalidad de los orientales?

Felipe se dió cuenta de que se estaba preocupando

mucho de Evelynna, continuamente se encontraba pensando en ella y cuando la divisaba paseándose sola en la orilla de la playa, le daban unos deseos locos de correr a alcanzarla y tomarla en sus brazos. Si, eso era lo que quería... y traicionaba a su amigo, ¡qué canalla era!...

Cada día el comportamiento de Geoffrey con su mujer empeoraba; Evelynna era una prisionera en la isla y su marido la trataba brutalmente.



Un día, Felipe vió a Mineh cerca del bungalow. ¿Cómo era eso?

—He visto a Mineh aquí — corrió a decirle a Geoffrey.

—Por supuesto, yo la mandé buscar.

—¿A buscarla?

—Sí, a buscarla y, ¿qué hay con eso? ¿A qué te metes en mis asuntos? Tú puedes ser feliz con una sola mujer, yo no, y ¡se acabó! ¿Comprendes?

—No te comprendo — dijo Felipe, — has cambiado mucho.

¿Sí?

—Evelynna es una mujer encantadora, demasiado buena para ti, y traerla a este infierno...

—¿Y qué te importa? Si yo fuera un hombre celoso ya te habría disparado una bala.

—¿A mí?

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que sientes por mi mujer?

—¡Eso es una mentira, no te la soporto! ¡Me voy ahora mismo!

—No te puedes ir, tu contrato estipula que me darás tres meses de aviso, no puedes irte hasta que no encuentres un reemplazante.

Muy bien, te doy tres meses de aviso.

Al terminar esta escena cada uno siguió su camino y no había andado diez pasos Felipe cuando sintió un grito de horror. Volvió para encontrar a Geoffrey rígido, con los ojos saltados y completamente paralizado sin poder moverse. Ya sabía lo que esto significaba y movido de piedad Felipe se acercó. Al hacerlo, espantó a la serpiente sobre la cual Geoffrey tenía fijos los ojos.

—Gracias — dijo a Felipe, — un paso más y adiós. Era una de esas serpientes-tigre, que matan a un hombre como a un perro. Y yo sin poder moverme, qué atrocidad; es algo que no puedo explicarme, mi madre era lo mismo, la vista de esos animales, aunque sea chico e inofensivo, me produce una sensación espantosa, sencillamente me petrifico, es peor que la muerte misma.

En los días que siguieron, Felipe fue lo menos posible al bungalow de la pareja y trató a Evelynna con fría cortesía. Se dió cuenta que la amaba con toda su pasión; pero no quería hacerla víctima a ella de su amor funesto.

Una noche vió Felipe desde su tienda que se abría la puerta del bungalow y salía corriendo Evelynna. A medianoche, ¡qué raro!... Salí a su encuentro.

—¿Qué sucede, Evelynna?

—Todo sucede — dijo ella.

—¿Puedo hacer algo?... ¿Ayudar?...

—No, gracias, todo es por mi culpa.

—¿Su culpa?

—Sí, por casarme con él, mi familia se opuso, me advirtió mucho, me contó muchas cosas; pero yo no las creí. El está aburrido de mí.

—¿Aburrido?

—Sí, no puede querer a una sola mujer, está aburrido de su propia mujer, ¿qué humillante, no? Pero él es así, lo tiene en él mismo, como ese horror por las serpientes. Ahora dormía borracho después de haberme dicho tanta barbaridad, que ya me volvía loca. Quisiera matarme... Quiero matarme ahora mismo.

—No diga eso, Evelynna.

—No sé por qué; pero quisiera contarle todo. Cuando conocí a Geoffrey era tan distinto; mi familia se opuso al matrimonio; pero él me convenció que todo lo pasado no volvería jamás y nos casamos; al principio fui feliz y lo adoraba; en el vapor venía una vez la primera escena. Entonces me advirtió que no era un esclavo sino el dueño de su voluntad, que no me mezclara en sus asuntos. Después se dió a la bebida y al mal trato y ahora ¡eh, Mineh!... Esta noche me dijo Geoffrey que usted se iba y porque...

—¿Por qué?

—Dijo que usted me quería...

—¡El muy canalla!

—Me acusó que yo también lo quería y... qué le voy a hacer, ¡es la verdad!...

—¡Evelynna, Evelynna!...

—Oh, sí, Geoffrey se dió cuenta y goza con eso. Creo que me odia.

—Esto no puede seguir, yo me la llevaré.

—No haga tonterías; hay cosas que no se pueden hacer. Aquí hay un ser demás y ese soy yo. Usted y Geoffrey eran amigos antes que yo apareciera, yo eché a perder todo. ¡Ah!... ¿Por qué no fué usted el que fué a Inglaterra en lugar de...? Por eso pensaba en la muerte.

Unos pasos interrumpieron la conversación.

(Continúa en la pag. 17)

El hombre que odiaba

La señora Althea Batley encaróse con su hija y le dijo con acento persuasivo.

—Ya es hora de que te ocupes de tu porvenir. Yo no sé en qué pensáis las muchachas modernas. Yo me casé porque estaba enamorada..., y además, por complacer a mi madre. ¡Bien sabíamos en mi época lo que era la obediencia! No te digo que te cases por el interés; eso sería demasiado crudo; pero cástate con un hombre que tenga dinero. Con tu belleza no será difícil.

No te disgustes, mamá. Quizás trate de casarme con mi principal cuando no tenga otra cosa mejor que hacer.

La señora Batley hizo un gesto de desagrado y se puso a leer un periódico que tenía sobre la falda. Pero en seguida suspendió la lectura para preguntar a su hija:

—¿Quién es este John Spencer de que tanto hablan los periódicos?

—Un millonario. Era un pobre empleado, pero labróse una gran fortuna en Australia. Ayer oí hablar mucho de él. Viene a Inglaterra a gastar dinero.

La señora Batley pertenecía a una distinguida y antigua familia inglesa, mas reveses de fortuna la obligaban a sufrir que Linda, su hija única, desempeñara el cargo de bibliotecaria en el *Daily Telegram*, en cuya labor tenía dos o tres auxiliares.

La madre volvió a reanudar su lectura y la joven, luego de besarla en la frente, salió a la calle y tomó un automóvil para Fleet Street, donde estaba instalada la redacción y la administración del diario. En la biblioteca donde ella pasaba el día, entraban y salían frecuentemente los numerosos empleados del periódico, más a pesar de su belleza, solo Danny y Turner se había dignado hacerle la corte. Cuando ella llegó aquel día ya estaba Danny en la biblioteca.

—¡Hola! ¿Ya sabe la última noticia?

—Le dijo el joven. —¿Qué noticia? —La que voy a darle. ¿Usted ya habrá oído hablar de ese tal Spencer? Pues bien, ha comprado el *Daily Telegram*. ¡Qué cándido! ¡Seguramente no sabía en qué derrochar su dinero!

—Pero, ¿cómo es posible? Si nadie sabía nada.

—Donde menos se conoce lo referente al *Daily Telegram* es en las oficinas del *Daily Telegram*. Pero la noticia que le he dado ya es oficial.

—¿Y estamos de enhorabuena?

—De enhorabuena? Voy a contarle algo acerca de ese honrado John. Vino aquí hace diez años. El hombre no tenía ni un céntimo y pretendía que le comprasen unos poemas que había escrito. Como es de suponer, no se los compraron, y John se marchó de aquí mustio y ca-

bizbajo. Después se trasladó a Australia, y amasó una gran fortuna; y ahora ha regresado a Inglaterra y ha comprado el *Daily Telegram*. Dicen que odia a las mujeres.

—¿Es casado?

—No le he dicho que odia a las mujeres?

—Por eso precisamente le preguntaba si era casado.

—¡No está mal la agudeza!



En toda la semana no se habló más que de aquello en las oficinas del periódico. La vida de John Spencer, el nuevo propietario, era un misterio

a las mujeres

POR
NORMAN VENNEX

para todo el mundo; pero casi en seguida comenzó a circular la historia de su vida y de su carácter. Era joven, guapo, rico; pero era un bruto.

Decíase que, siendo pobre, fué desdenado por más de una mujer; que después de la guerra había luchado desesperadamente para casarse y establecerse en Inglaterra, pero que no había encontrado ni ocupación ni esposa.

En Australia comenzó a mostrar su enemistad a las mujeres. En sus negocios las excluyó en absoluto, no teniendo más que hombres a su servicio. Cuando la noticia se extendió por las oficinas del periódico, todas las empleadas se pusieron nerviosas.

A las veinticuatro horas de tomar posesión del *Daily Telegram* el nuevo propietario, fueron despedidos dos reporteros femeninos y tres empleadas de la administración. Sus puestos fueron ocupados por hombres.

Firme en su propósito, John Spencer iba despidiendo a todas las mujeres y substituyéndolas por hombres.

La biblioteca estaba en la planta baja. El nuevo propietario dejó este departamento para lo último.

—Hoy le llega el turno a usted, señorita Linda — le dijo Danny a la joven. — El jefe ha resuelto ponerla en la calle.

—Los hombres que trabajan en este periódico son todos unos cobardes — exclamó Linda con indignación. — Han debido oponerse desde el principio al despido de las empleadas; pero ninguno se ha atrevido a rechistar.

—¡Silencio! — dijo Danny. — El jefe viene hacia aquí.

—Me importa muy poco que se disguste — exclamó Linda. — Estoy dispuesta a repetírselo a él.

En aquel momento apareció John Spencer. Llevaba una lista en la mano.

—Usted es la señorita... — dijo, dirigiéndose a la joven.

—Batley. Encargada de la biblioteca — contestó la aludida.

—Tiene usted cuatro auxiliares. Y además, por la noche, la substituyen dos hombres.

—Sí, pero yo preferiría que también fuesen mujeres.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres son más listas que los hombres.

A la joven le gustaba el aspecto de John. Era alto, moreno, de reposado continente. Vestía un terno azul oscuro y llevaba corbata blanca.

—No estoy de acuerdo con usted.

—Porque quiere obstinarse en su error. Las mujeres son mejores bibliotecarias. Hay profesiones que los hombres no pueden desempeñar. Además, los hombres pierden mucho tiempo.

La joven llevaba la guerra al país enemigo.

Danny Turner la escuchaba entusiasmado; más sabía que no conseguiría nada.

—No he venido a discutir sobre las condiciones intelectuales de las mujeres — dijo el jefe, reposadamente, — sino a decirle que esta noche cesará usted en su ocupación. Se le pagará una mensualidad y se le extenderá un certificado de excelente conducta. Voy a poner aquí cuatro hombres.

—Muy bien — contestó Linda; — pero yo quiero decirle también, señor Spencer, que las mujeres son más justas, y más compasivas que los hombres.

—Es posible; mas tampoco quiero discutirlo.

Y John se retiró dejando a Linda blanca de ira.

—¡Qué bruto! — exclamó la muchacha. — ¡Quisiera que se cayese en la escalera y se rompiera la cabeza!

A la noche, Linda y sus auxiliares dejaban el *Daily Telegram* para siempre.

—¿Has visto el periódico, hija mía? — preguntó la señora Batley a su hija.

—¡No quiero verlo más! — respondió Linda.

—Publica poesías en la primera página. Yo creo que un diario no debe publicar poesías, sino noticias, muchas noticias.

—¿Quién las firma?

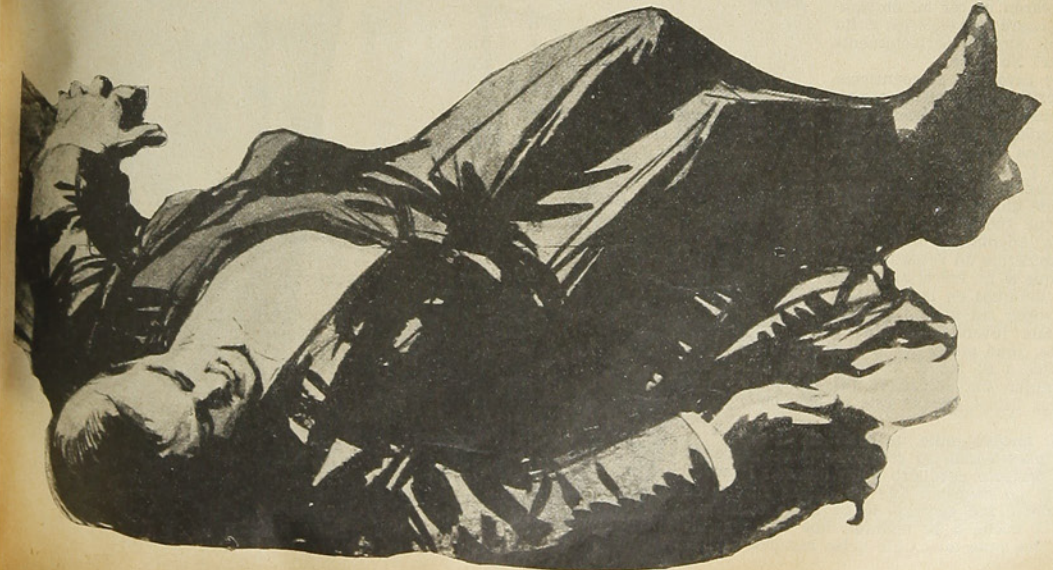
—No están firmadas. Al pie de un poema hay una inicial: una jota. Me parece muy malo el poema.

Linda pensó que John Spencer estaba loco. Mal estaba que despidiera a todas las mujeres de sus oficinas, pero peor era aún que publicase en el *Daily Telegram* sus pésimas poesías.

—Ayer hablé con la señora de Baynes-Cuthberston acerca del señor Spencer — dijo la señora Batley a su hija. — Parece que ese señor pertenece también a una familia distinguida. Es uno de los Rossiter Spencer. Su madre pertenecía a la familia de los Stanford. Recuerda, aquellas encantadoras personas que conocimos en Irlanda.

—Yo no sé si este Spencer tiene una familia distin-

(Continúa en la pág. 19)



EL AMOR DE LOS AMORES

Por CARMEN

Todos los amores humanos, sin ninguna excepción, tienen la mácula de nuestra escoria. Siendo el amor de madre el más santo; el de esposa el más profundo; el de hermano el más puro; el de hijo el más tierno, y la amistad el más noble, ninguno se libra de nuestras veleidades y egoísmos. Hasta el amor místico no puede prescindir de las desviaciones sentimentales de nuestras flaquezas.

He oído muchas discusiones sobre la supremacía de un amor sobre los demás, y cada cual habla según como le fué en la feria, y sobre todo, según el estado de su corazón y su psicología. Ninguno tiene razón y todos quieren tenerla, suponiendo, en la mayoría de los casos, que para comprender un amor, hay que sentirlo. No es cierto, tratándose de las mujeres, y nadie puede en justicia pregonar la supremacía del que lleva en primer lugar en su corazón, hasta saber si merece ese calificativo; muchas veces *ni es amor*. ¿Puede serlo el que retrocede ante un sacrificio? No hay en el mundo dos rostros completamente iguales siendo todos rostros; lo mismo sucede con los corazones.

Me casé muy joven con un hombre ya maduro. No fué por mi parte un casamiento por amor; la situación más que angustiosa de mi casa, me llevó, por mi voluntad, al sacrificio, inmolando a mis deberes filiales las más bellas ilusiones de mis floridos diez y ocho años. Por aquel entonces yo hubiera podido asegurar, y los hechos me daban la razón, que el amor de los amores, era el de los hijos, porque el mío había sabido *ser amor*, y por lo tanto *no retrocedió* ante su deber. Mis padres también me demostraron el suyo, pues no oyendo más voz que la de su cariño, por mí, y suponiendo mi sacrificio, me hablaron en ese sentido, oponiéndose a que yo inmolara mi juventud y mi corazón, que ellos suponían interesado por otro, aunque no existía entre nosotros ningún compromiso. Miradas; sonrisas; nada más; ¡pero cuánto era! ¡La vida!

No sé dónde encontré palabras para persuadir a mis padres que obraba por *cuenta propia* y que sintiendo simpatía por mi pretendiente, creía mi deber mirar las cosas con el prisma de la realidad. No muy convencidos me dejaron al ver mi obstinación. ¡Logré convencerlos al fin con mi alegría perfectamente fingida? No lo sé.

No tuve que arrepentirme. Mi sacrificio fué bellamente recompensado. Hice felices los últimos años de mis padres; mis hermanos terminaron sus carreras y se establecieron ventajosamente en la Argentina, y Dios me dió una hija, mi Charito, que fué mi orgullo y mi alegría. Además, mi marido supo inspirarme un verdadero cariño, que si no fué el amor que todos soñamos en la juventud, pudo suplir sin mucha desventaja mis juveniles sueños. Y además, ¿qué mujer no ama al padre de sus hijos a no ser él un malvado o ella una mujer sin entrañas? ¡El padre de nuestros hijos! ¿No es éste el más bello título?

Mi marido tenía un socio en el que había puesto toda su confianza, y como siendo él un perfecto caballero y un corazón lleno de bondad, no concebía que los demás fuesen de otro modo, fué víctima de su noble confianza y de la noche a la mañana nos vimos arruinados. En vano mi cariño quiso restañar la he-



que desentonaba, puse una lujosa casa de huéspedes. Como yo no era fea ni vieja, me propuse no aceptar en mi casa más que aquellas personas que bien recomendadas, pudiesen inspirar confianza y garantías de todo género. Mis amistades me proporcionaron una escogida clientela, y así pasé los seis primeros años de mi viudez, si no feliz, por lo menos tranquila. Mi hija, que había cumplido los veinte años era una bellísima mujer, que a sus encantos físicos unía los del alma y los de la inteligencia. Modesta y sencilla, no hacía necio alarde de sus valores, y ni yo misma pude saber, hasta que me lo enseñó la desgracia, todo lo que valía mi Charito. La veía como un encanto, como una flor y era un tesoro. De su noble criterio ya me dió prueba cuando, por su voluntad, se hizo perito mercantil, para en su día, me dijo, poder proporcionarme una vida tranquila y sin preocupaciones. ¡Pobre hija mía! ¡Cuántas almas como la tuya pasan ignoradas por la vida sin que los que las rodean sepan apreciar el divino encanto cuyos resplandores reciben muchas veces con indiferencia!

Una antigua amiga de mi casa me recomendó el hijo de una señora riquísima que tenía que venir a Madrid a doctorarse en medicina.

—Es una señora joven aún — me dijo, — ha sido muy guapa y aún conserva algo de lo que fué, aunque ella cree que lo conserva todo y que para ella el paso de los años es una excepción. Tiene la monomanía de hacerse admirar por todo, pero aún más por su riqueza. La ostentación de ella está sobre todas las cosas. Pero por esto mismo es generosa. Déjala que mangonee un poco en la colocación de su hijo en tu casa, que te lo pagará con esplendor, y como luego ha de irse, porque con pretexto del frío ella no abandona nunca la Costa Azul, estará aquí sólo el tiempo necesario. El hijo es el reverso de la medalla, y su buen carácter te resarcirá de las molestias de la madre.

Así fué. Vino; revolvió la casa de arriba abajo; dispuso lo que le pareció; me hizo un sin fin de recomendaciones, me dió una mensualidad adelantada cuyo precio puso ella misma, y como al parecerme excesivo protesté, ella me hizo callar diciéndome:

—Está bien así. En un hotel de primer orden pagaría más y no estaría atendido como en familia, que es lo único que me hará estar tranquila. Usted hará mis veces con toda escrupulosidad, ¿verdad señora? — dijo. — ¡Qué no haremos las madres por los hijos! Nadie puede comprender esto más

(Continúa en la pág. 67)

EL DESTINO

Casi todos creemos haber librado de algún peligro por alguna casualidad; casi todos hemos visto, una vez al menos durante nuestra vida, inclinarse sobre el abismo el platillo de la balanza, y no volcarse, vencido ya, por milagro...

Pocos estarán de ello tan seguros como Matías Reñales, mocetón de pelo en pecho, que ejerce el desalmado oficio de guarda de consumos, y más veces anda a tiros que reza el rosario. Aparte de los lances del oficio, Matías suele verse enredado con otros que nada tienen que ver con las gabelas del Ayuntamiento, pues Matías es más enamorado que dromedario africano, amén de celoso y matón y reñidor sin jactancias, pero con derroches de valentía que rayan en bizarra temeridad; y a su manera, y dentro del círculo nada selecto de sus relaciones, Matías se procura una serie de emociones románticas, y se juega el pellejo con desgaire de guapo e indiferencia de fatalista.

—Porque, miusté — me dijo en ocasión de haber venido a verme para pedirme cierta recomendación, la número quinientos mil de las que a toda hora llueven sobre todo el mundo, sea o no sea "influyente". — En no estando "de allá"... — y señalé alzando el índice, el techo de mi escritorio. — Si está "de allí" sale usted a la calle, hace viento, cae una teja y punta, le da en la cabeza... y a San Ginés. —

Se me había olvidado que Matías, recriado en Madrid, es albaceteño, no sé si de la propia ciudad puñalera, seguramente de la provincia; y convendrá advertir también que su tipo corresponde al del semimoro, bautizado, pero en el fondo incrístianable, que con tal frecuencia encontramos en nuestras regiones del Mediodía. De arrogante figura, tez cetrina, ojos de fuego y terciopelo, barba de intenso negror, y un bosque de descuidados rizos coronando la bella cabeza, Matías es grave y sentencioso a fuer de moro "natural", y ni se alaba de sus proezas, ni echa por tierra a nadie. Hay en él rastros simpáticos de la dignidad mahometana, sobre todo cuando insiste en lo estéril de los esfuerzos humanos para contrarrestar lo que "está escrito". No emplea esta frase; pero el concepto, sí. Y tirando del hilo del concepto, vine a sacar el ovillo del episodio que aun hace erizar el cabello de Matías.

—Era yo criatura de unos siete años, y vivía con mi madre, ¡pobrecita!, en cá el agüelo, pae de mi pae, que era labrador. Yo no podía ayudar aún, porque no tenía fuerza, y mi quehacer era zamparme las golosinas y andar diableando. En la casa, además de mi madre y yo, estaba la otra nuera del agüelo y otros dos chiquillos, Roque y Melchiorito, hijos suyos. Mi tía se llamaba Tecla; mi madre Llanos — de la Virgen e los Llanos, que es la patrona el pueblo. — Las dos, mi tía y mi madre, habían envidiado a un tiempo, cuando el cólera. ¡Que fué una compasión! Y el agüelo, ¿qué quería usted que hiciese? Las recogió y las amparó... y tós comíamos.

Sólo que la comía a unos aprovecha y a otros parece que se les vuelve solimán. Mi tía Tecla era de esta casta. ¡Mujer más seca!... Parecía guindilla e sartal o los gatos cuando pasan veinte días cerrados en un armario, que salen chupados y echando lumbres. Gastaba un genio e vinagre, y andaba rola de rabia en vista de que sus dos criaturas no acababan de medrar, mientras yo hecho una manzana, más duro que una guija. Mi madre estaba desvanecida conmigo; al fin, no tenía otra cosa a que mirar

en el mundo, y al agüelo — ¡capricho de señores mayores! — se le caía la baba conmigo y me hartaba de mí y me daba a escondidas la mejor fruta el huerto. Y miusté que yo comprendo las cosas; vamos, la que ha tenido un par de chiquitines tan de Dios como cualquiera y más delicados, y ve que todo el cariño se lo yeva otro hijo e otra madre... ¿cómo quisté que se ponga? Como una pantera. Así andaba la tía Tecla: unos ojos me echaba a escondidas, que yo corría a agazaparme en las faldas de mi madre temblando e susto.

Y no era yo muy medroso... Al contrario: más malo que un cabrito; siempre enzarzao en peleas y metiéndome a hacer hombrías fuera e tino y hora, tirando pedrás al mesmo sol y rompiendo la crisma a zagalones que me yevaban la caza de altos. Pero elante e tía Tecla me entraba un canguelo, que se me quitaban el habla y la acción. Era como aquel que ve una serpiente desmesurá, y en igual de echá a correr se quea quieto, esperando la mordeura. Tía Tecla me encantaba con los ojos e basilisco que siempre me estaba flechando; y es que por los ojos aquellos salía un aborrecimiento tan de dentro de la entraña, que me parecían las hojas e dos puñales metiéndose por el corazón a partirmelo. Como me la echaba de guapo, vergüenza me daría de ecirle a madre que tenía miedo tan horroroso; pero juraría que a ella le pasaba otro tanto, ¡proccilla!, y cá vez que yo me apartaba un minuto, andaba buscándome toda angustia.

Por aquel entonces hizo mi agüelo una cosa ná buena, y lo digo aunque sea faltar y parezca ingrátitu, porque la gente de malos higaos se güelve repeor cuando lo esperan con demasiá poca justicia. Pues el agüelo, ¡Dios le haya perdonado!, sintiendo que le pesaban los años, llamó a un escribano y dispuso de cuanto tenía: el huerto, los trastos e la casa y la labor, unas tierras... y tó en favor mío. A los chicos e tía Tecla, ni esto. ¿Verdá que es pa irritar? Yo no me enteré, y aunque me enterase, ¿qué entiende un chico? Lo único, que tía Tecla se puso más feroz, y cuando me encontraba solo parecía que intentaba espeazarme. ¡Qué lástima que me dan los que pasan miedo! El miedo es cosa mala, es una enfermedá. Yo perdí el comer y me entró calentura.

Era una murria, que tó el día me lo pasaba acurrucao a la vera la lumbre cerca el fogón. Estío era, y yo tiritaba. El sangraor ijo que aquello venía e la humedad de la acequia; pero sí, ¡buena humedad! Mi madre me armó una especie e cama con un colchón y una colcha de percal, y de allí costaba trabajo sacarme. El agüelo juraba que una bruja me había hecho mal de ojo. Pué que sí, que los ojos sueltan veneno.

No sentía mija e alivio, cuando un sábado, ¡qué día tan señalao!, mi madre puso el caldero e la leña a hervir. Mientras cocía el agua, mi madre aclaraba en el patio. El agüelo se había ido fuera a tomar el sol. Y cáte que uno de los chicos de tía Tecla, Roquillo, el mayor, que era de mi edad y se espepitaba por mí, viéndome acostao con la cara tapá por la colcha, me sacudió y me dijo: "Matías, ¿sabes que ha tenido la perra seis cachorros? Y está tan celosa, que no me atrevo a cogerle uno. ¿Te atreves tú?" Yo he tenido siempre la debilidad de que cuando me preguntan si me atrevo, me atrevería me parece que a encaramme con Dios. Contesté "ahora mismo", salté de mi colchón. El chico — no sé por qué; ¡las veces que he

(Continúa en la pág. 72)



El príncipe que murió de amor

Por
JULIO
DANTAS

Cuando se entra en la sala del Museo del Prado, de Madrid, consagrada a Antonio Moro, llama desde luego la atención el retrato de una mujer joven—veinticinco años, tal vez,— toda vestida de terciopelo negro, con una gola blanca de encajes que le ciñe el cuello y un pequeño tocado blanco que le encuadra la cabeza rubia, retrato admirable, de cuerpo entero y tamaño natural, que es seguramente, con el de María Tudor, lo que de más bello posee España del maestro de Utrecht. Basta mirar a esa mujer para ver que es una princesa de la casa de Austria, tan claros resultan en su fisonomía — a pesar de tratarse de una mujer bella — los rasgos característicos de los Habsburgos. En efecto, estamos en presencia de una hija de Carlos V — hermana, por lo tanto, de Felipe II y nieta de Doña Juana la Loca — en cuyo rostro, de una palidez dorada y casi moribunda, se adivina la sombra triste del «pudridero» del Escorial, y sobre cuya vida, que melancólicamente transcurrió entre la ilusión y la desilusión de la realeza, parece haber pesado la maldición de la abuela loca de Torde-sillas. Esa mujer, que Moro retrató en un momento feliz para su gloria, es la infanta doña Juana de Austria, viuda del príncipe don Juan, hijo de don Juan III de Portugal, y madre de nuestro último, rey caballero, don Sebastián. La historia la acusa — como ya acusara a una su tía abuela, Margarita de Austria, que se llamó a sí misma «Margot, la gentil demoiselle» — de un dulce y tierno crimen, de que sólo son capaces la belleza y la juventud, el de haber muerto al marido... de amor. Cuando vi en el Museo del Prado, el retrato de la princesa, rubia, austera, vestida de negro a la usanza española, tan parecida con el hijo, que nosotros tenemos la impresión de que es el mismo Don Sebastián con faldas, no pude dejar de preguntarme a mí mismo: ¿Hasta qué punto será verdadera esa legendaria acusación?

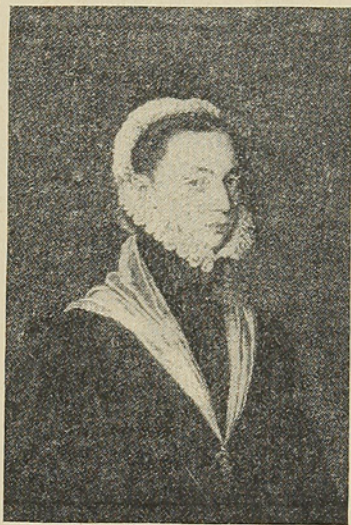
Doña Juana de Austria — la retratada por Moro — que tenía diez y seis años, consumó matrimonio a esa edad con el príncipe Don Juan, heredero de la corona portuguesa, pobre niño menor aun que ella (quince años y medio), grave, triste, tan inclinado a las letras que Damián de Goes, su profesor, esperaba mucho de él, y Sá de Miranda, a su pedido, le consagró sus «Poesías». Ninguno de estos dos enlaces, realizados obedeciendo inconfesables intereses de política dinástica, fué feliz. La infanta Doña María, mujer del futuro Felipe II, murió dos años después de casada, habiendo llevado en sus flancos reales a un hijo que fué un monstruo: el célebre príncipe don Carlos. El príncipe don Juan, casado apenas durante un año y veinte días, sucumbió a los diez y seis años y medio, en circunstancias que favorecieron la formación de una leyenda romancesca, semejante a aquella que envolvió la muerte del hijo recién casado de Isabel la Católica (también llamado Don Juan) leyenda, que, considerada a la luz de la ciencia moderna, no corresponde enteramente a la realidad de los hechos. Veamos hasta qué punto la morbida belleza de la «infanta

de luto», admirablemente interpretada por el maestro de Utrecht, pudo contribuir a apresurar el fin del joven príncipe portugués, hijo de Don Juan III.

Así que se decidió el casamiento, los dos novios reales entraron a corresponderse por cartas, que, aun cuando sujetas a un riguroso protocolo, revelan, por parte del príncipe, una cierta nerviosidad. Ella tenía diez y seis años; él, quince. A los diez y seis años (la adolescencia femenina es notablemente precoz) una muchacha es ya una mujer; a los

tivo, que le produjo una profunda impresión nerviosa, regresó solo a Lisboa, donde debía realizarse, de allí a pocos días, la presentación oficial y solemne de los novios. El rey, en un bergantín toldado de brocado de oro, seguido de un largo cortejo fluvial, atravesó el Tago, en medio de un ruido atronador de morteros y de cohetes, al sol de una gloriosa mañana de invierno, y fué a buscar al Barreiro a la hija de Carlos V, mientras el príncipe, trémulo, ansioso, bastante pálido — Don Manuel de Menezes, en la «Crónica de Don Sebastián», describe la escena — la esperaba en la baranda del Palacio de la Ribera, rodeado de toda la corte, junto a la imponente púrpura del cardenal Inquisidor, su tío. El casamiento se realizó en la sala grande, guarnecida con las opulentas tapicerías del «Descubrimiento de la India»; pero Don Juan III no quiso que los novios consumasen el matrimonio esa noche, porque aun no habían ido a arrodillarse ante el altar de San Vicente. El príncipe durmió con el rey; la princesa con la reina; y en la noche siguiente, cumplida la formalidad exigida, por el monarca, dada de nuevo por el cardenal la bendición a los príncipes, aquellas dos criaturas, que la razón de Estado echaba prematuramente la una en brazos de la otra, virginidades inocentes que mutuamente se revelarían un misterio mal presentado aún, se unieron, en fin, en el amplio tálamo que, según la vieja usanza de Portugal, las damas y las camareras de la princesa cubrieron de rosas al anocheecer.

La luna de miel de los príncipes transcurrió, durante los primeros meses, sin incidentes. La princesa doña Juana, que tenía pasión por la música (Jorge de Montemayor, músico y autor de la «Diana», vino con ella a Portugal formando parte de su capilla), tocaba la espineta, bailaba, se divertía en la corte; el príncipe Don Juan, entre tanto, presa de una insaciable excitación, enteramente absorbido por la idea de la posesión amorosa de su mujer, vivía sólo para ella, y su afecto conyugal revestía las formas caracterizadamente hiperestésicas peculiares a ciertos neuropáticos hereditarios. En octubre de 1553, al fin de los once meses de casados, el príncipe enfermó. Convencidos inmediatamente los médicos de que la «enfermedad provenía de la demasiada comunicación y amor del recién casado con la princesa su mujer» (Menezes, Crónica, I, 26), y dando razón a las voces del pueblo, que atribuían a «exceso de amor por la princesa la enfermedad del príncipe nuestro señor» (Andrada, Crónica de Don Juan III, IV, 453), resolvieron apartar a los jóvenes esposos, inmoderadamente ansiosos de ternura, quedando la princesa, que se encontraba próxima a ser madre, en sus aposentos del Palacio de la Ribera, y yendo el príncipe a habitar las casas de Fernán Alvares de Andrada, contiguas al palacio real. A pesar de eso el príncipe empeoró. El adelgazamiento era grande la debilidad extrema; y sentía constantemente una insaciable sed. Cada vez más goloso, no se alimentaba sino de dulces.



Retrato de Juana de Austria, por Antonio Moro. (Museo del Prado).

quince, un joven es aún un niño. El pobre príncipe Don Juan, bruscamente arrancado a la paz de sus estudios, fué presa de una viva inquietud emotiva cuando le dijeron que iba a casarse y le mostraron el retrato de su prima, en una miniatura de Moro o de Pantoja de la Cruz; esa inquietud, sin embargo, sólo revistió, al menos en los primeros momentos, aspectos puramente infantiles, porque el príncipe, bastante goloso, no pensaba más que en mandarle presentes de dulces a la novia. Su hermana doña María le decía, en carta a su futura cuñada: «Es grande el contento del príncipe por verse casado, y es mucho lo que quiere a Vuestra Alteza; anda negociado en buscarle muchas cosas de comer, porque es muy goloso...» Y la reina Doña Catalina de Austria, en carta a la futura nuera confirmaba, bromeando, aquella pueril ansiedad del hijo: «Anda muy negociado para enviar muchas cosas de comer, y tiene tan poca vergüenza que quitará a V. A. todas las que tuviere...» En diciembre de 1552, cuando el duque de Aveiro y el obispo de Coimbra fueron a recibir a la novia real en la frontera de España, el príncipe Don Juan, impaciente, inquieto como un niño por un juguete, quiso ir a verla secretamente al Palacio de Montemayor; y después de ese encuentro fur-

(Continúa en la pág. 32)

Mi amor

En mil mares de sombra
una estrella... Mil veces
que mi labio te nombra.
y una sola apareces.
Alegres cual nunca fueron,
el cielo, la tierra, yo...
Tus ojos se entristecieron
y todo se marchitó.
Prueba del tiempo aguilata
todo íntimo tesoro...
Con los cabellos de plata
empieza el amor de oro.
Cuando te digan: «Ya nada sientes»,
tú, como ahora, dulce y callada,
mirame... Ellos no saben nada.
Diré tu nombre, veré tu frente.
Toda te envuelve este amar
y todo tu ser se infunde,
como el mar
en la nave que se hunde.

Dormía llena de fe,
en mi hombre tu frente amante:
toda nuestra vida fué
camino para ese instante.
¿Cómo puede ser mejor
en el porvenir mi suerte
si en él me espera el horror
de perderte?

La noche clara dormía,
lejos del mundo, quizás.
Serenas, tu alma y la mía
eran dos estrellas más.
Mucho mundo y tempestad
quebrantarle no han logrado,
cabellito de bondad
con que a ella estoy atado.
Luz suave cual ninguna
te nimbó hace un momento:
¿era un rayo de luna
o era mi pensamiento?

ENRIQUE BANCHS

Altas horas

El sueño ha huido de mis ojos. Tengo
una inquietud que me obsesiona el alma;
hay un silencio sepulcral en todo
y una tristeza en todo, soberana.
La luna en plena redondez fulgura
con una suave opacidad de nácar,
y me sugiere su pupila turbia
el cristal congelado de una lágrima.
En el extremo del lugar un perro
melancólicamente aulla y ladra,
y su voz de quejumbre lastimosa
por el lóbrego espacio se dilata.
Las calles se me ocurren pensativas
bajo el misterio de quietud que abarcan;
en sus desiertos enlosados vibran
con un monótono ritmo mis pisadas.
Hay un vago perfume que satura
el ambiente de esencias ignoradas;
en los mudos cendales de la noche
la brisa se ha quedado aletargada.
Marcho sin rumbo, recorriendo a solas
la tranquila ciudad que duerme y calla;
no sé qué busco, ni hacia donde quiere
llevarme lo inquietud que me acompaña.
La luna en plena redondez fulgura
con una suave opacidad de nácar,
hay un silencio sepulcral en todo
y una tristeza en todo, soberana...

CARLOS MOLINA

El Jardín

Lágrima

Sufro esta noche, Amor, más hondamente
el imposible de llamarte mía;
y por eso mi espíritu silente
quiere llorar de amor en poesía.
Todo se aúna a la intención doliente
en la dulzura de la paz sombría,
esta tristeza tan adolescente
y el no lejano florecer del día.
Prodiga en sueños la lejana luna
su lírico dolor, que sin fortuna
rima en tu nombre su perpetua pena.
Y ebrio del imposible que lo mustia,
solloza el corazón lleno de angustia
bajo el silencio de la luna llena.

GUILLERMO AUSTRIA

de los Poetas

Lo inalcanzable

Tristeza la de toda despedida
que en el alma resuma su inclemencia...
Si algo muere en nosotros con la ausencia
algo nace también tras la partida.

Así el recuerdo para el alma herida
tan dulce paz de ensañación agencia,
que sólo su virtud de sugerencia
no más bastará a perfumar la vida.

Estamos hechos de recuerdos... Todo
vuelve en nosotros por diverso modo
a la conquista de una dicha trunca.

Y así, tras la ilusión en que me pierdo,
mi alma torna a buscar en tu recuerdo
lo que en ti amé sin conseguirlo nunca.

ELIAS ANZOLA ALVAREZ

La otra máscara

Polvo. Color. Escándalo. Comento.
Jovial locura de ilusión y vino,
un claro cascabel el pensamiento
y en cada risa de mujer un trino.
El canto popular se va en el viento,
y en lo multicolor del torbellino
cautiva tu fugaz deslumbramiento
con la intención de un ímpetu felino.
Vienes de novia de Pierrot, y como
es oportuno el júbilo de Momo
para vivir tu máscara secreta,
teme mi vieja enfermedad divina
que no escuche este mal de pandereta,
tu propio corazón de Colombina.

GUILLERMO AUSTRIA

Soneto de Pío X a la

Inmaculada Concepción

¿A qué con frases pretender, Señora,
tu hermosura pintar, si aun las más be-
pálidas son, porque a despecho de ellas
el cielo te retrata hora tras hora?

Besa tus pies la Luna, el Sol te adora,
los festones del Iris son tus huellas,
fulguran con tus ojos las estrellas,
y hay en tus labios rosicler de aurora.

Así al cruzar el ancho firmamento,
tus manos son jazmin, rosas tus plantas,
miel tu sonrisa y azahar tu aliento,

Amor tu egida y música tu nombre,
a cuyo blando son Luzbel se espanta,
Dios se recrea y te bendice el hombre.

En la partida

Es hora de partida. Las inquietas le-
de viajeros desfilan formando una alga-
unos muestran la lumbre de la dicha
otros, el grave ceño de las preocupa-
ciones.

La máquina se arrastra con su tren
lo mismo que una enorme serpiente que
en la cebeza—a modo de penacho—una
madeja de sutiles y enlutados crespones.

La estación va quedando poco a poco
Ya los coches se ocultan vertiginosamen-
tras la mole bermeja del árido barranco,

y allá por el extremo del andén, todavía,
dos lindos ojos lloran viendo la lejanía
y una mano hace señas con el pañuelo

JOSE GUILLERMO BATALLA

Música Triste

¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se
[han ido!]

Otro amor volverá más duradero
Y menos doloroso que el olvido.

El alma es como pájaro inefiero
Que roto el nido en el ruinoso alero,
En otro alero reconstruye el nido.

Puede el último amor ser el primero.
Mientras más torturado y abatido
El corazón del hombre es más sincero.

Tras de cada nublado hay un lucero,
Y por ruda tormenta sacudido
Florece hasta morir el limonero.

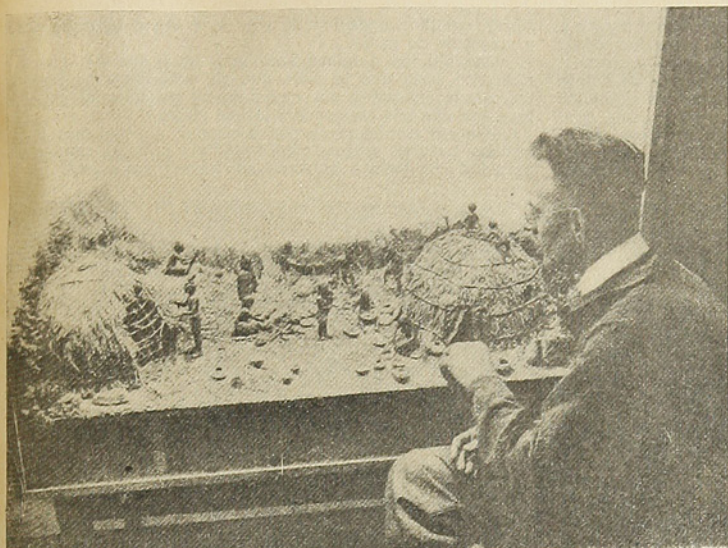
¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se
[han ido!]

¡Puede el último amor ser el primero!

ANDRES MATA

DE TODAS PARTES

Si hubiéramos vivido hace 40,000 años...



Habríamos visto hombres, viviendas y objetos como los que se observan en este diorama, cuyo autor es el profesor Carlos Suchomel, del Museo de los Angeles. Para llevar a cabo esta reconstrucción, realmente maravillosa por su ejecución y por su exactitud, el señor Suchomel ha reproducido hachas y otros instrumentos prehistóricos que se han ido descubriendo en los pozos de breña actualmente en explotación en Califor-

nia, y en cuanto a viviendas, tipos y costumbres, se ha guiado por sus profundos conocimientos en materia arqueológica. Viendo este diorama, los californianos sentirán admiración hacia su compatriota, el señor Suchomel, y gratitud hacia Dios por no haberles hecho nacer en aquellos remotos tiempos en que la vida era bastante más perra que ésta de que ahora estamos «gozando» a juzgar por el diorama.

«Champú de aire»

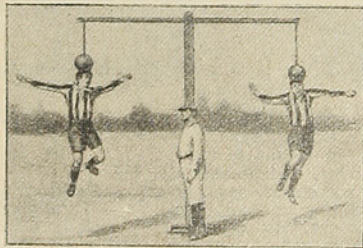


En las peluquerías inglesas ha comenzado a usarse un nuevo ingrediente para lavar la cabeza, cuya principal ventaja es lo simple e inofensivo de su fórmula: 90 por ciento de aire y 10 por ciento de agua con una parte insignificante de una composición especial que, al unirse con

el agua, limpia y, al unirse con el aire, forma una cantidad de espuma tan enorme que el cliente cree hallarse bajo las cataratas del Niágara. Su nombre es «Sztotis» pero se le llama vulgarmente «champú de aire».

Cabezurías

El entrenador de un importante equipo de football inglés ha ideado este aparato para que los equipiers puedan ejercitarse en el juego de cabeza. Las cuer-

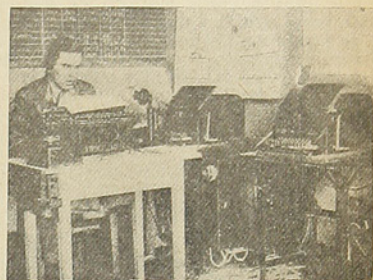


das de que penden las pelotas son elásticas, de modo que el balón va rápidamente de un lado a otro y el jugador suele verse negro para darle con la cabeza, y sólo lo logra el que tiene paciencia, es decir, el que es cabezudo.

Métodos modernos

En el Observatorio Central de Oakland

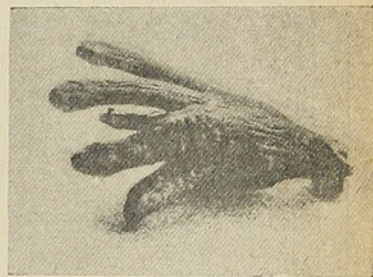
(California) se reciben cada hora noticias meteorológicas de las treinta y cinco estaciones que hay esparcidas por los valles y montañas del Estado. Un em-



pleado agrupa dichas noticias y las transmite al aeródromo de Oakland. De modo que en Oakland no se pierde el tiempo. Y no se pierde porque se recoge hora por hora en las cintas telegráficas.

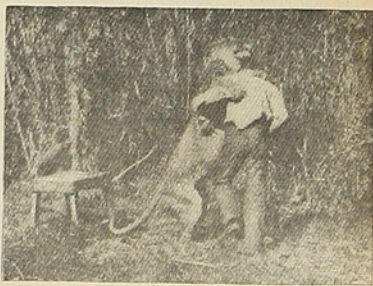
Bromas de la naturaleza

Esto que parece mano de monstruo es una zanahoria que ha crecido en el jardín de T. J. Williams, de los Estados Unidos. Sabíamos que la Naturaleza es crea-



dora de magníficas obras de arte, pero ignorábamos que ahora le había dado por la caricatura.

Una pareja de baile



El domador de leones Melvin Koontz, neoyorquino, tiene, además de una considerable cantidad de desprecio a la vida, especiales facultades para dominar a las fieras, como queda demostrado en esta foto en que aparece bailando con «Jackie», león que se zampa 25 kilogramos de carne diarios el solito y después, si hay cerca alguna persona, la mira como diciendo: «¡Qué rico postre!»

EL TRAJE BLANCO

Por JUAN F. MUÑOZ PABON

Yo no sé lo que anteriormente habrían platicado madre e hija (una hermosa matrona de hasta unos cuarenta años, de porte señorial y distinguidísimo, aunque vestida de humilde hábito del Carmen, y una muchacha de menos de veinte años, elegante y *comm'il faut* en medio de su *desabillé*, y bella, como cuando Dios quiere echar el resto en una criatura), de pie las dos en una más que regular pieza de la casa, cubiertas las paredes de colchas, edredones, tapices y cortinajes; en derredor de los muros, y como sobre un mos-

flores, cuando no de lo uno y lo otro, entre lazos de cintas y alborotos de gasas.

Que allí iba a haber boda, por éstas, que son cruces, y milagrito sería que la niña que ya conocemos no fuera la interesada; nosotros, sin embargo, no ponemos ni quitamos rey, sino que nos atenemos a lo que oímos.

Por eso comenzamos por decir que no sabíamos lo que habrían hablado anteriormente madre e hija; en cambio, mire usted con cuánta puntualidad transcribimos letra por le-



trador corrido, docenas de ejemplares primorosos de ropa interior, de cama y de mantelería, y en el centro una mesa, de casi todo el largo de la estancia, en la que se mezclaban sin confundirse, sino antes ayudándose mutuamente a producir maravilloso efecto, encajes y porcelanas, joyas y tarjeteros, sombrillas y devocionarios, guantes y objetos de plata, abanicos y pieles, peinetas y cinturones, pilas de agua bendita y mantillas de casco..., todo lo que la buena voluntad, en fin, o el compromiso, el agradecimiento o la esperanza, el «qué dirán», o el parentesco, con más o menos sentido práctico, o más o menos inoportunamente, suele enviar en compañía de una tarjeta como regalo de bodas.

No faltaba en la habitación algún que otro maniquí; aquél, con un «salto de cama» que era un hechizo, y estotro con un traje de ceremonia que era un pasmo, ni algún que otro perchero de reluciente níquel, sosteniendo en lo alto de su soporte sombreros atrevidísimos, adornados de plumas o de

tra lo que escuchamos desde detrás de un biombo.

—Te he dicho que traje blanco, ni que lo pienses.

—¡Pero, mamá!...

—Te he dicho que ni pensarlo ni soñarlo, y de ahí no me apeo, ni por los catalanes.

—¡Pero si él tiene ese gusto!

—Pues que se quede sin él. Todo no nos va a venir, que ni a pedir de boca.

—Pero, de todos modos, ¿no es regalo suyo? ¿Qué más te da a ti? ¡Mira que es fuerte cosa! Figúrate que a él le gusta todo de lo mejor...

—Pues que te compre el negro de encaje Chantilly que vimos la otra tarde en el escaparate de casa de Ramírez, que ya ves si cabe ahí gastarse una fortuna. Pero casarse de blan-

co ninguna hija mía, eso, que se le quite a él de la cabeza.

—¡Eso es!... ¡Traje negro, y luego velo blanco, como las cursis! Pues ¡no quiero, ea!

—¡Velo blanco, demonio! Primero una mortaja. Nada, no. Para eso me he gastado un dineral en la mantilla de parches que llevas, que se la puede poner con orgullo la Reina de España; para que te la pongas ese día, con tu peineta de concha cincelada, que hasta allí la canela. Pero ¿velos blancos en mi casa, mucho menos sobre vestido negro, «combinación» que huele a hambre atrasada? ¡Quita, quita!

—Entonces, ¿todo negro, como una viuda?

—Como una viuda, no. Como una gran señora, que se viste de arriba a abajo de encajes legítimos, en lugar de vestirse de rasete de a dos duros la vara, y se prende una joya, pues joya es una mantilla como la tuya, en vez de dos o tres metros de mosquitero.

—Pues yo no voy de negro, aunque tenga que subir al poyetón!

—Pues ya puedes ir apalabrándote con Pilatos, pues lo que es traje blanco ninguna hija mía..., primero depositada por el juez. Para muestra, un botón basta... ¿Qué es eso? ¿Lágrimas?... Pues lo que me decía mi madre, que en paz descanses: «Que llores, que llores, la misma renta te corre».

Aquella misma tarde, en un lindo confidente de la sala de confianza, en uno de cuyos ángulos, cayéndose de sueño por más señas, la madre hace labor, mientras ellos departen *sotto voce*:

—Que sí, que tú tienes algo y me lo ocultas. ¡Si te conocere yo a ti!

—De verdad, que no tengo nada... Un poco de jaqueca nada más.

—¿Y por tener... un poco de jaqueca, nada más, lloran ahora las mujeres casaderas?

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo he llorado?

—¡A ver que gracia! Pues ¿y esas lágrimas? «Esas dos líquidas perlas, — silenciosas y tranquilas, — que ruedan de tus pupilas, — convidándome a beberlas?»... ¡Digo, digo! ¡La

que no había llorado!... ¡Si me están dando ganas, chiquilla, de cantarte una saeta!

—¡Tonto éste!

—Como que está allí la Virgen de los Dolores!

—Con las cosas de los santos no me juegues.

—¿Y es jugar con las cosas de los santos compararte con la Virgen de los Dolores? Hasta la copia lo dice: «No me llores, no me llores, — que me pareces llorando — la Virgen de los Dolores...» Pues bueno: parécame usted, o no me parezca, la Virgen de los Dolores, lo que yo quiero saber, pero pronto, ya mismo, es por qué está llorando su señoría.

—Pues... por lo que ya te he dicho: porque tengo un jaquecazo que no me lo merezco.

—Eso no lo creo yo, ni aun cuando en cruz te pongas; conque vengan otros motivos más creíbles.

—Pues eso, y nada más que eso: ¡la verdad!

—¡Júralo!

—Bueno..., y otra cosilla, pero sin importancia.

—¡A verla ahora mismo!

—Pues..., ¡pero si no es nada, después de todo!..., si no que mamá no quiere que me regales vestido de boda blanco.

—¿Y por eso lloras tú en el mundo, lucero de la mañana? ¡Yo te lo compro..., si es menester, como los de los cuentos: con el sol y la luna y todas las estrellas... y todos los peces del mar..., y todas las flores de los campos! ¡Llorar tú por eso, ni por nada del mundo, mientras yo

esté en él?... ¡Vamos! ¡Si cuando te digo yo que eres una muñeca! ¡Mira la tonta!

—No, no; si es que tú no te has enterado de lo que yo quería decir: es que mamá no quiere que me case de blanco, ni por un solo Dios, y yo quiero traje blanco a todo trance.

—Pues, de blanco, y tres más: ¿qué más le da a ella?

—Es que ahí está la cosa: que mamá no quiere, y es menester que quiera.

—Vaya, entendido: que hay que echarle los cabestros... «aunque en mala comparación». Pues iremos, si te parece, por el padre Sagastizábal, que tanto puede con ella... Por eso no te apures.

(Continúa en la pág. 25)



PARA REIRNOS UN POCO

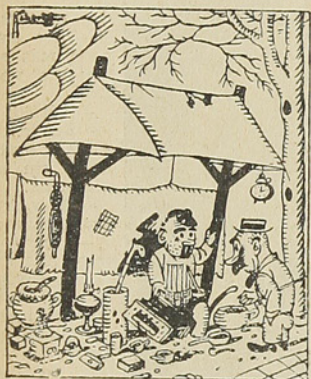
UNA MUJER DE SU CASA



—A su señora, con el temperamento artístico que tiene, ha de gustarle mucho el artesonado, porque es magnífico.
—Ay, amigo mío, antes, tal vez; pero ahora, está completamente sorda, la pobre.

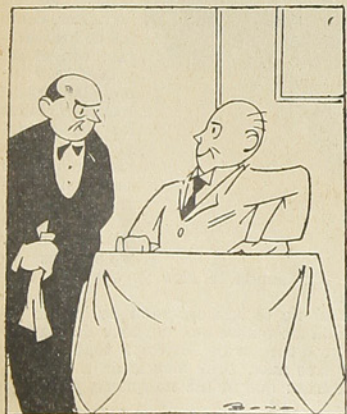
(De Xaudaró, en A. B. C.)

UN DEFECTO



—Hombre, yo en ese precio le compraría a usted el acordeón, pero ¡está tan arrugado!...

DE SOBREMESA

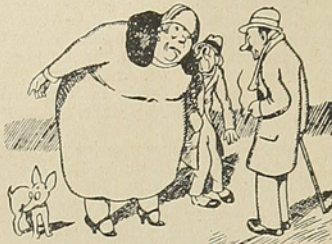


—No quiero pagar, no señor, porque la comida era una indecencia.

—Recuerde el señor que ha comido a la carta.

—Bueno, pues dile a tu amo que no vuelvo a comer a la carta en su casa, como no me la certifique!

CUIDADO CON LA FRUTA



—Ahora mismo acabo de pisar una piel de plátano y no me he matado, por milagro. ¡Gracias a que éste me ha sostenido en vilo!...

(De Xaudaró, en A. B. C.)

EN LA SOMBRERERIA



—¿Quiere Ud. decirme de qué color es el sombrero que llevo puesto? Porque el gris me sienta muy mal...

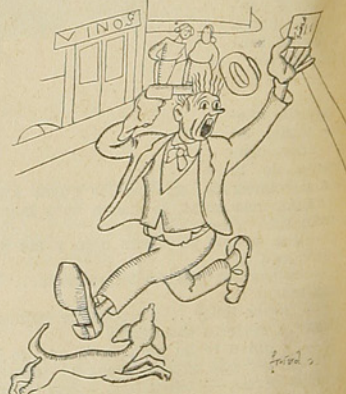
ORGULLO



—Pero chica, ¿has reñido con Barto lo? ¡siendo del mismo pueblo!...

—Se ha vuelto muy orgulloso. Desde que es "militar", dice que no quiere nada conmigo, porque soy "paisana".

—Pero hombre, Manolo, ¿que te dejas el reloj!...



EL SUICIDA COBARDE.— ¡Socorro!... ¡Guardias! ¡Que me quiero matar!...

NO HAY EN MARTE SERES INTELIGENTES

Marte es un planeta de características tan semejantes a las de la Tierra, que nosotros podríamos vivir allí. Tiene aire, agua, vegetación, días de veinticuatro horas con un periodo de sombra y otro de luz, y temperaturas que no difieren mucho de las de nuestro globo. De las últimas observaciones hechas por los doctores W. W. Coblentz y C. O. Lampland en el Observatorio Flagstaff de los Estados Unidos se desprende que la temperatura general de Marte corresponde a la de las regiones heladas de la Tierra.

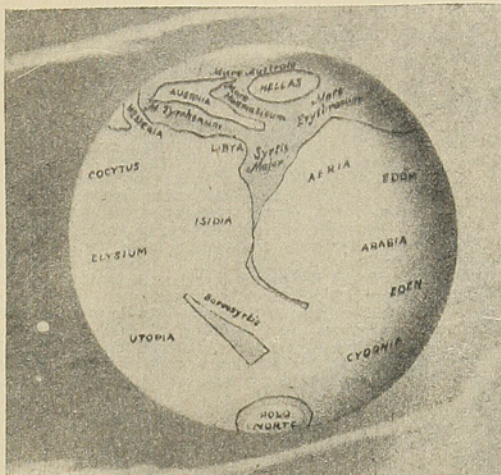
La teoría de que la vida en Marte evoluciona de modo semejante a como ha evolucionado en la Tierra, aparece cada vez más reforzada por las investigaciones y descubrimientos de los astrónomos. Mediante observaciones espectroscópicas se ha obtenido la certeza de que en Marte existe el oxígeno como aquí, y, siguiendo el camino trazado por el profesor Percival Lowell, algunos astrónomos han visto en la superficie de nuestro vecino de órbita manchas oscuras que se tienen por campos cubiertos de vegetación. Realmente, habiendo oxígeno, es natural que haya también vida vegetal.

Marte es un planeta de características tan semejantes a las de la Tierra, que nosotros podríamos vivir allí. Tiene aire, agua, vegetación, días de veinticuatro horas con un periodo de sombra y otro de luz, y temperaturas que no difieren mucho de las de nuestro globo. De las últimas observaciones hechas por los doctores W. W. Coblentz y C. O. Lampland en el Observatorio Flagstaff de los Estados Unidos se desprende que la temperatura general de Marte corresponde a la de las regiones heladas de la Tierra.

La teoría de que la vida en Marte evoluciona de modo semejante a como ha evolucionado en la Tierra, aparece cada vez más reforzada por las investigaciones y descubrimientos de los astrónomos. Mediante observaciones espectroscópicas se ha obtenido la certeza de que en Marte existe el oxígeno como aquí, y, siguiendo el camino trazado por el profesor Percival Lowell, algunos astrónomos han visto en la superficie de nuestro vecino de órbita manchas oscuras que se tienen por campos cubiertos de vegetación. Realmente, habiendo oxígeno, es natural que haya también vida vegetal.

Además de estas manchas oscuras, se ven otras brillantes, rojas o amarillas, que se supone son estepas y desiertos, semejantes a los de la Tierra. Y también, como en nuestro planeta, hay en aquellos zonas polares.

Estas dos zonas, durante el otoño de Marte, aumentan de tamaño y su blancura se hace más intensa, y durante la primavera disminuyen y aparecen rodea-



El mapa de Marte, que los astrónomos, gracias a los potentes telescopios actuales, han podido hacer.

das de anchos anillos oscuros que pueden ser sabanas de agua o de vegetación. En el periodo primaveral se originan también cambios muy notables en las supuestas zonas de vegetación. Algunas se oscurecen; otras se dilatan, y, con frecuencia, aparecen donde no las había en invierno. Estos cambios dan lugar a que actualmente sean contados los astrónomos que dudan de que esas áreas oscuras sean zonas de vegetación.

Pero la vida en Marte no progresa paralelamente a la de la Tierra, sino que nuestro planeta ha dejado a aquél muy



El castor marciano, probable poblador del vecino planeta, como lo imagina el autor de este artículo.

atrás. Todo parece confirmarlo. Con los potentes telescopios actuales, se vería el resplandor de las ciudades iluminadas de Marte, en sus zonas de sombra, si existiera allí la luz artificial. Y al no existir, puesto que no se ve, el menor vestigio de alumbrado público, puede decirse que tampoco existen todavía seres inteli-

gentes, ya que no se ha realizado tan rudimentario invento.

Esta hipótesis está de acuerdo con la teoría de algunos biólogos que suponen que el hombre es producto de la época glacial, época por la que los astrónomos aseguran que todavía no ha pasado Marte.

Los famosos canales marcianos descubiertos por el profesor Lowell, que fueron considerados durante mucho tiempo como una dirección inteligente de las aguas de aquel planeta, se tienen hoy por anchurosos y profundos valles.

La ciencia supone que ya existe la vida animal en Marte, pero en el principio de su desarrollo. Y, tomando como base el principio de la vida animal en la Tierra, puede deducirse que en Marte no hay aún más animales que peces, reptiles y, a lo sumo, roedores.

Entre los de esta última especie, hay un animal en la Tierra, que parece creado para vivir en un medio como el que ahora ofrece Marte. Este animal es el castor, que lo mismo vive en la tierra que en el agua y cuya piel le resguardaría perfectamente de las gélidas noches marcianas.

Naturalmente, los castores de Marte no podrían ser exactamente iguales que los de la Tierra. Necesitarían unos ojos mayores porque, debido a la distancia, la luz del Sol llega allí más débilmente que a la Tierra y alumbra menos. Sus cuerpos tendrían que ser más voluminosos, o cuando menos más pesados, para compensar la diferencia de la gravedad, que es allí menos intensa.

Y nos preguntamos: ¿No existirán en Marte esta clase de animales, no serán la base de la vida animal en aquel planeta?

Esto no pasa de ser una conjetura, pero que tiene muchos visos de verosimilitud dadas las condiciones de Marte, cuya superficie es toda ella como los terrenos que en la tierra buscan los laboriosos castores para vivir.

Pronto se podrán saber de Marte muchas cosas nuevas. Los potentes telescopios que en la actualidad se están construyendo nos acercarán al planeta vecino en muchos miles de kilómetros; lo único cierto por ahora, es que en Marte no hay aún seres inteligentes.

THOMAS ELWAY.

“LE SANCY”

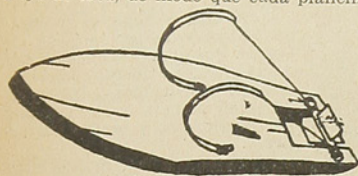
\$ 2.—
\$ 5.—
\$ 6.—
\$ 8.—

COLONIAS: Perfume exquisito y delicado... Acción persistente y grata... Destilación sobre flores, legítima de alta calidad.

COMO PUEDE USTED MISMO CONSTRUIR...

UN BARCO DE JUGUETE CON MOTOR

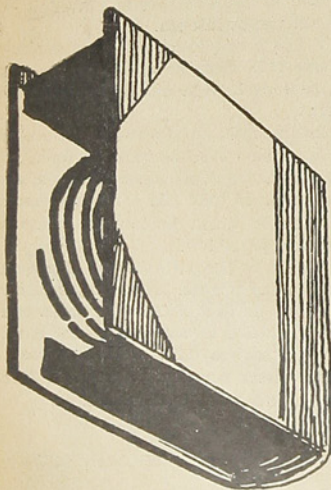
Con una sierra, dad a un trozo de tabla la forma aproximada de la cubierta de un buque, practicando en la popa una hendidura cuadrada para colocar la hélice. Esta consiste en una rueda de paletas, la cual se construye clavando en un palito redondo cuatro planchitas de hoja de lata, de modo que cada planchi-



ta mire en una dirección diferente como los radios de una rueda. Se coloca la hélice en el hueco de la popa, de modo que los extremos del eje descansen sobre la madera y estos extremos se sujetan con clavos en forma de puente que ha de ser lo bastante ancho para que el eje pueda rodar con facilidad. En medio de la popa, una a babor y otra a estribor, se clavan dos ballenas de corsé por una punta y por la otra se sujetan con dos hilos — uno para cada ballena — que terminan arrollados al eje de la rueda, entre las paletas y el borde del hueco. Las ballenas, al descorvarse, tiran de los hilos y éstos hacen rodar la hélice, dando impulso al barco. Examinando el grabado, el lector comprenderá mejor nuestras explicaciones.

UN LIBRO SUPLETORIO

Sirve este libro para colocarlo en el hueco que queda en las estanterías cuando se saca otro, evitando así que la hilera de libros se desajuste y permanezca floja durante el tiempo que el tomo haya de estar fuera de la estantería.

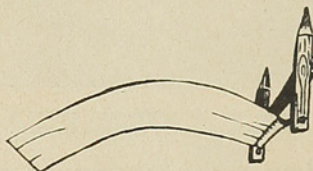


Se construye con las tapas de un libro viejo, entre las cuales se coloca un muelle de tamaño adecuado para que la presión no sea excesiva ni demasiado débil. Hay que clavar una tela fuerte entre las dos tapas, en la parte superior, y otra en la parte inferior. Este tomo hue-

co tiene la ventaja de que, dada su elasticidad, lo mismo sirve para substituir a un volumen grueso que a uno delgado.

UNA HAMACA PARA PLAYA

Con dos postes de 60 centímetros de altura y sujetos por un travesaño de 50 centímetros, se puede construir una hamaca, añadiéndole una lona que se sujeta a la parte alta de los postes mediante una cuerda cuyos extremos pasan por los boquetes que se practicarán en los postes, haciendo un nudo a cada punta de la cuerda, para que no pueda salirse. Como los postes tendrán la punta inferior afilada podrán clavarse en la arena. Entonces se tiende la lona de modo que quede bien tirante y ya está en disposición de recibir el cuerpo de su constructor. En este caso, como en los anteriores, el lector debe examinar el



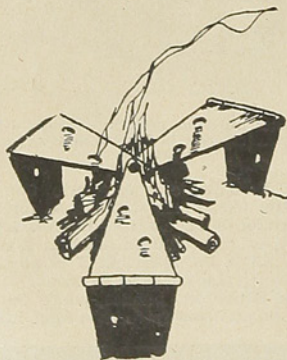
dibujo donde verá con toda claridad lo que pueda haber dejado de comprender en las explicaciones.

Las ventajas de esta hamaca saltan a la vista. En primer lugar es sumamente económica, pues sólo se necesitan tres trozos de madera, uno de lona y otro de cuerda, no teniendo que pagar la mano de obra. Arrollando la lona a la pequeña armazón, se puede llevar cómodamente debajo del brazo o en cualquier rincón del automóvil, y si alguna pieza se rompe es sumamente fácil cambiarla por otra nueva.

¡En fin, que el que no tiene hamaca es porque no quiere!

UN HORNILLO PARA EXCURSIONISTA

Para construirlo basta unir tres bisagras por una punta mediante un clavo remachado y emplear las otras tres pun-



tas para clavarlas en el suelo cuando se vaya a usar el hornillo. El grabado es más elocuente que esta explicación. El hornillo tiene dos ventajas: una, que es plegable y abulta poco; otra, que es sumamente barato.

DE EXPLICACION A LA VIDA

Ante el fracaso.

No deis una excesiva importancia a los fracasos. Rara vez, por no decir nunca, son definitivos. No hagáis lo que muchos jóvenes de diez y nueve a veinte años que por haber tenido un disgusto con su novia se creen los hombres más desgraciados del mundo. Si os reis, y con razón, de los muchachos que piensan así, con mayor justicia debierais reiros de esos que ante la menor contrariedad, ante el menor fracaso, consideran su vida como deshecha y se creen imposibilitados de continuar la lucha.

Un fracaso nunca es definitivo. Un fracaso es siempre una lección que conviene aprender para no volver a fracasar. Un fracaso significa tan sólo que debemos prepararnos mejor para alcanzar el triunfo al volver a emprender la batalla en que fuimos derrotados parcialmente.

Nada más que eso significa un fracaso. Querer elevarlo a la categoría de catástrofe suficiente a destrozar un porvenir y una vida es darle una importancia que no tiene.



El célebre aviador B. L., que tiene fama por las aventuras novelescas que dice que le han sucedido, está explicando a un amigo la última que le pasó.

—Al atravesar un mar de niebla, hizo tanto frío, que se me heló la bencina del motor.

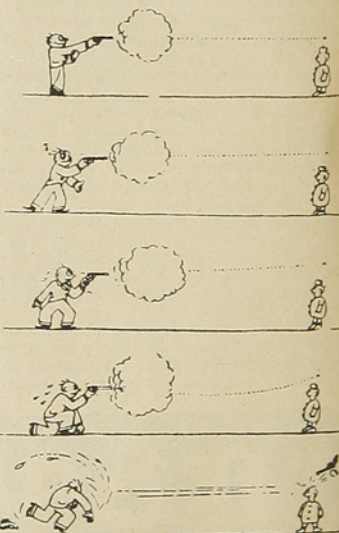
—Y... ¿no caíste?

—Seguí volando tan campante.

—¿Y la ley de la gravedad?

—Es que también se había helado.

Un Guillermo Tell Bilioso



(Continuación de la página 1)

LA AMIGUITA QUE HE PERDIDO

estaba el novio, con tipo bastante gallardo, bastante bien vestido y de configuración correcta. Por encima del hombro de su novio observé que ella me miraba como consultándome, como pidiendo mi opinión sobre el sujeto. Pero la vi tan radiante y tan irreparablemente enamorada, que no tuve valor para expresarle mis sospechas. De buena gana le hubiese confesado que aquel tipo de galán no me gustaba absolutamente nada.

Después, al cabo de pocos días, mi amiga desapareció del Metro. La busqué cada mañana entre la multitud con adversa fortuna. Sólo una vez la vi acompañada de su novio. Los dos vestían muy bien y mostraban ambos hallarse en el mismo centro de la felicidad. Y con más fuerza que el primer día sentí al mirar al novio un secreto impulso de repulsión.

— ¡Ten cuidado, pequeña!

Pero mi mirada no pudo insistir ni hacer nada más, porque la chica, esta vez sin sonreírse, escondió los ojos. Bajaron en una estación cualquiera. ¿Acaso porque ella no trabajaba ya en el taller de costura o enfrente de un mostrador? Quién sabe. El caso fué que no la volví a ver más.

Mejor dicho, la vi mucho tiempo después, ¡pero en qué terribles circunstancias! Sucedió que una mañana el tren se detuvo a los pocos momentos de haber salido de una estación. Gran barullo entre los viajeros. Algunas señoras se desmayan. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un descarrilamiento? No, nada; que el convoy ha arrollado a una persona. ¿Hombre o mujer? Una jovencita. Se habrá caído... No; hay quien dice que se ha tirado ella bajo las ruedas...

Salté al andén en el momento en que unos hombres tralan en brazos a la desgraciada. No tuve que hacer ningún esfuerzo para aproximarme a mirar, porque pasaron por delante de mí; ni tampoco necesité esforzarme para conocerla. Era ella. Estaba muerta.

Con la mirada, como tantas otras veces, la hablé, o, por mejor decir, la grité desolado:

— ¿Qué has hecho, desventurada? ¿Por qué no me escuchaste a tiempo...?

Tenia los ojos completamente abiertos, como si estuviesen contemplando despavoridos todo el secreto de la eternidad. Yo cerré los míos e incliné la cabeza. Cuando recobré la vista ya había pasado. Se la llevaron. ¡Se acabó todo! Como se acaban todos los días esos innumerables dramas rápidos que se desenvuelven alrededor y se olvidan con idéntica rapidez.

(Continuación de la página 3)

LA SERPIENTE TIGRE

— Por favor — dijo una voz, — traje el abrigo de men-sahib, hace mucho frío.

— Oh, Mara, muchas gracias, — contestó Evelyn.

— ¿Habrá oído nuestra conversación? — preguntó Felipe.

— Y aunque la hubiera oído, lo sabe todo, es muy inteligente Mara. Buenas noches, Felipe, es una situación desesperada y sin salida la nuestra. Geoffrey, yo y usted...

Felipe besó la mano que le tendía la joven y contestó:

— Buenas noches, Evelyn; hay que ser valiente; ya encontraremos un medio de arreglar esto.

La semana que siguió fué algo horroroso. Felipe no sabía cómo se contenía al contemplar el modo brutal como Geoffrey trataba a su mujer. No hallaba qué hacer al pensar que cuando él se fuera qué iría a ser de ella.

El calor se hacía insoportable y ya la vida de esos tres europeos era un infierno. Hasta Mara cambió sus costumbres, jamás dejaba de hacer su siesta, ahora casi todo el día se iba lejos internándose en los bosques. Si Felipe hubiera seguido habría visto algo muy extraño; día tras día se ausentaba desafiando el calor quemante y regresaba al bungalow con lindas flores para la pieza de men-sahib.

(Continúa en la pág. 19)

Para Todos—3



Sal Digestiva Be-me-ce

M. R.



ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS



DOSIS : Una cucharita después de cada comida



FÓRMULA : Magnesio Bicarbonato yodico Carbonato de calcio

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS CONCESIONARIO PARA CHILE : AM-FERRARIS CASILLA 290 SANTIAGO

Si Vd sufre

de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

NO VACILE :

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M. R.**
(Acido acetil salicílico, acet para fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estómago ni el corazón.



Concesionario para Chile : Am. Ferraris - Casilla 290 - Santiago

Lo que producen algunos inventos

Hay millones de inventores en el mundo, mas no todos sacan producto a sus inventos. Sólo unos pocos logran hacer-



se ricos con ellos, y algunos, de la noche a la mañana. Y es lo más curioso que muchos de estos inventos que producen una fortuna, son pequeñeces, descubrimientos parecidos al del «huevo de Colón».

¿Tiene algo de particular la idea de alargar un lápiz añadiéndole un tubito de hoja de lata?

Es más extraordinario la de sujetar al final de este tubo una gomita de borrar? Pues más de setenta mil duros proporcionó tal idea a su autor.

El alfiler imperdible en la forma que hoy lo usamos produjo a su inventor más seis millones de pesetas. Esas sillas de junco que tanto se usan fueron ideadas por un americano Georg Yeaton, que fundó una sociedad con cuatro millones de capital y obtuvo enormes ganancias.

Muchos millones proporcionó también el invento del neumático al médico inglés Dunlop. Obsequió éste una vez a su hijo con una bicicleta, cosa entonces aun

pero que produjo a Scherbel más de ciento cuarenta mil duros.

El gemelo articulado que hoy usan tantos caballeros para abrocharse el cuello de la camisa, así como el de presión que emplean las mujeres y el sujetador de corbata hicieron también ricos a sus inventores.

Son pequeñeces, verdad es, pero han necesitado un inventor, como la pluma metálica de escribir, las chinchetas para dibujantes, y otras, no todas debidas a la casualidad. Edison, el hombre que ha inventado más cosas, dijo que un dos por ciento de sus inventos se debían a la casualidad, pero que el noventa y ocho por ciento restante era el fruto de largas cavilaciones. Así, pues, el que se limita a esperar que un hecho casual le traiga la fortuna por medio de un invento, puede esperar sentado. Claro es que tal ca-



sualidad podría ser la base, pero luego suelen necesitarse algunos años de estudio, experiencias y constancia para que el invento sea práctico y el uso del ob-

industrial que todos conocemos con el nombre de «radio».

En cambio, otros inventos que pare-



cian muy productivos no han obtenido éxito ninguno ni han proporcionado ganancias a sus autores, debido a que no satisfacen una necesidad.

Y es que lo primero que ha de hacer el inventor, cuando realiza un descubrimiento es preguntarse si éste ha de ser práctico y útil en la vida, y, si no lo es, debe desecharlo, por maravilloso que le parezca, pues en el campo de los inventos vale más lo útil que lo prodigioso.

WALTER WIDMAN.

La Nochebuena

Son hija y madre, y las dos, con frío, con hambre y pena, piden en la Nochebuena una limosna por Dios.

—Hoy los ángeles querrán— la madre pide llorando. que comamos, hija mía, por ser Nochebuena, pan.—

Y al anuncio de tal fiesta, abre la madre el regazo, y sobre él a aquel pedazo de sus entrañas acuesta.

Al pie de un farol sentada, pide por amor de Dios... y pasa uno... y pasan dos... mas ninguno le da nada.

La niña con triste acento. —Pero, ¿y nuestro pan?—decía. —Ya llega—le respondía la madre... ¡Y llegaba el viento!

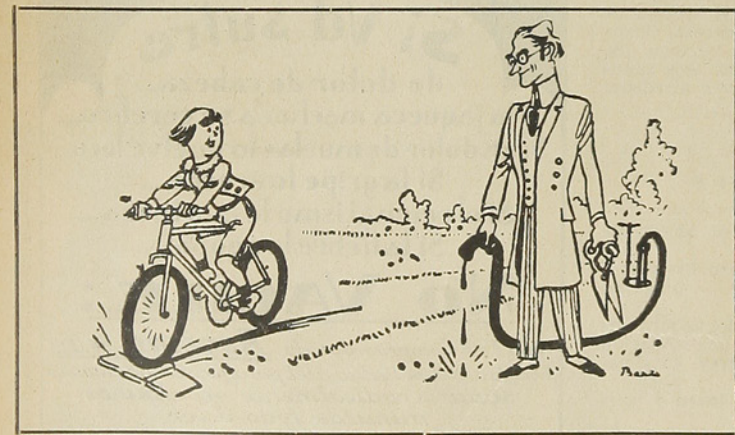
Mientras de placer gritando pasa ante ellas el gentío, la niña llora de frío, la madre pide llorando.

—¡Ya nuestro pan ha venido!— gritó la madre extasiada... mas la niña quedó echada como un pájaro en su nido. ¡Llama... y llama!... ¡Desvarío! Nada hay ya que la despierte: duerme, está helado, y la muerte: sólo es un sueño con frío.

La toca. Al verla tan yerta, se alza, hacia la luz la atrae, se espanta, vacila... y cae a plomo la niña muerta.

Del suelo, de angustia llena, la madre a su hija levanta y en tanto un dichoso canta: —¡Esta noche es Nochebuena!

Ramón de Campoamor



muy nueva. Para aminorar sus sacudidas sobre el empedrado se usaban entonces aros de goma maciza, pero se le ocurrió a Dunlop, padre, cambiar dichos aros por otros que hizo aprovechando la manga de riego de su jardín y he aquí el origen de neumático.

En Dresde habitaba hace años un buen hombre que se llamaba Scherbel, el cual, viendo que todas las cajas de cartón que usaba se rompían muy pronto por las esquinas y junturas, cosa que perjudicaba a muchos, pero que nadie resolvía, tuvo la ocurrencia de reforzarlas con chapas de metal, invención bien sencilla

jeto se convierta en una necesidad.

La telefonía sin hilos era ya un hecho con el descubrimiento de las ondas de Hertz, pero nadie había pensado en transmitir noticias, música, etc., con ayuda de ellas, hasta que en América, con motivo de un campeonato de boxeo cuyo resultado era esperado con gran interés, se le ocurrió a un hombre emprendedor transmitir la marcha y el resultado del match por aquel nuevo medio. Todo el que poseyera un pequeño receptor, podía seguir las peripecias de la lucha desde su domicilio. Excusado es decir el éxito que la idea tuvo y cuál fué luego su extensión

(Continuación de la página 17)

LA SERPIENTE TIGRE

Al fin, una tarde, encontró lo que buscaba tan ansiosamente; descubrió una huella y se quedó inmóvil mirando fijamente. Cortó un palo y en silencio se arrastró por donde el pasto estaba aplastado. Comenzó a pegar con el palo hasta que algo se arrolló a su brazo mientras sus dos manos sujetaban la cabeza de una inmensa serpiente. El hocio no era como todas sus iguales, tenía hileras de dientes agudos, afilados, venenosos, curvos, listos para matar, era una serpiente-tigre. Triunfo, alegría, miedo, ferocidad brillaron en los ojos de Mara. Llevó la serpiente a una caja de madera, que tenía escondida entre los matorrales, y allí la encerró.

Esa noche hubo una escena de gritos en el bungalow hasta que Evelyn salió del comedor y se fué a su pieza cerrando con llave la puerta de comunicación con su marido. Geoffrey salió; mientras tanto, Mara, golpeó y golpeó la serpiente dentro de la caja, la llevó hasta la puerta del dormitorio de Geoffrey y allí le abrió la tapa, cerrando en seguida la puerta.

Diez minutos después llegó Geoffrey a su pieza. Mara apagó todas las luces y se retiró; alcanzó a oír un grito sordo, desesperado, horrible; pero no lo bastante para que lo oyera otra persona más. Mara pensó que al otro día, cuando entrara con el desayuno encontraría al lado de su patrón, muerto, a la serpiente que estrangula como un tigre y entonces la mataría para que no le hiciera daño a Men-sahib.

Y Mara se durmió tranquilo, repitiéndose: “¡Todo sucede como quiere Allah...!”

(Continuación de la página 5)

EL HOMBRE QUE ODIABA A LAS MUJERES

guida o si su madre era reina de alguna tribu canibal; lo que sí puedo afirmar es que es un bruto.

—Pues no tiene aspecto de eso; yo he visto su fotografía en un semanario ilustrado.

Linda no quiso discutir con su madre.

Habían transcurrido seis semanas. Linda conversaba en su habitación con su amiga Constance Parks, acerca de lo que llamaba odiosa conducta del señor Spencer. Era su conversación favorita. Linda acababa de cambiarse el vestido e iba a hacer lo propio con el calzado.

—¡Eres una infeliz! — dijo Constance, que se hallaba sentada a los pies de la cama de su amiga. — Si yo me hubiera encontrado en tu lugar ya estaría a punto de convertirme en la señora de Spencer.

—¡Tonta! ¡Presumida! — exclamó Linda, arrojando en dirección a su amiga el zapato que tenía en la mano, pero con la desviación suficiente para no tocarla.

El zapato, lanzado con más fuerza de la que la joven quería imprimirle, describió una curva y fué a caer a la calle, a través de la ventana que estaba abierta.

Para ser un zapatito femenino no fué poco el trastorno que produjo. Oyóse un fuerte grito, un violento choque y un ruido de cristales rotos.

—¡Oh! — exclamó Constance.

—¿Qué he hecho, Dios mío? — murmuró Linda.

Las dos muchachas se asomaron a la ventana. Un automóvil había derribado una de las farolas del alumbrado y estaba sobre la acera, junto a la entrada de la casa. Un grupo de personas comentaba el accidente.

—¡Salgamos! Quizás haya algún herido — dijo Linda.

Y lanzóse a la puerta, seguida de su amiga.

La primera persona que la muchacha vió en la calle fué a John Spencer. Estaba de pie al lado del chofer, que parecía lesionado.

—¿Podemos prestarle algún auxilio? — le preguntó Linda, abriéndose paso entre la gente.

—No es cosa de importancia — respondió Spencer.

—Algún lunático ha arrojado por una de esas ventanas un zapato que ha ido a dar en los ojos del chofer. El auto se ha desviado entonces y ha chocado con el poste de esa farola. El chofer tiene unas heridas ligeras.

—Trasladémosle a casa, que está en la planta baja — dijo Linda, — le daremos un sorbo de coñac y avisaremos por teléfono a un médico.

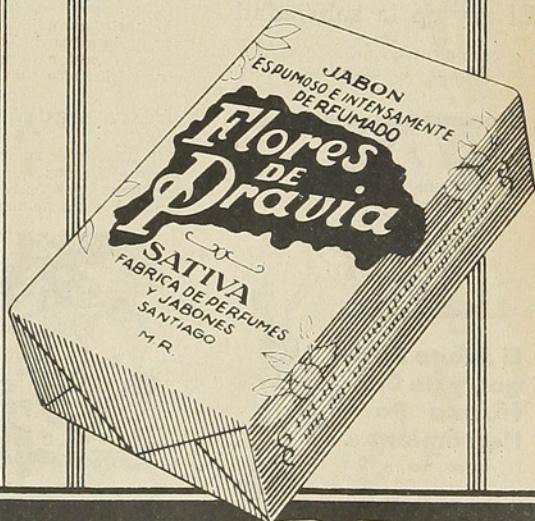
(Continúa en la pag. 21)



NO
HAY NADA MEJOR
PARA EL TOCADOR
Y BAÑO



Jabón fabricado
con materias primas
de calidad extra.



FLORES
DE
PRAVIA

UN CRIADO VIGOROSO



Ejercicio de memoria

Mire usted durante un minuto los objetos que hay aquí, cierre la revista y apunte en un papel los nombres de los



objetos que recuerde. Guarde el papel hasta la semana próxima y entonces sabrá el resultado de este ejercicio.

El rey de la sobriedad

Si el caso de Helio Gáballo, como glotón, fué notable, no lo es menos el de un

noble veneciano que nació en Padua en el siglo XV y se distinguió por su sobriedad en las comidas.

Llevó una juventud disipada y por este motivo llegó a la edad madura lleno de achaques. Entonces, a los cuarenta



años, decidió cambiar radicalmente de régimen de vida y una de las cosas que hizo fué reducir las raciones de su mesa, que antes eran abundantísimas. Al notar que con el nuevo régimen de vida iba mejorando de sus achaques, extremó más el orden y los cuidados de ella, reduciendo los alimentos hasta tomar tan sólo una yema de huevo diaria. Y así vivió hasta cumplidos los cien años. Este rey de la sobriedad se llamaba Luis Cornaro y es autor de una obra titulada *Discorso della vita sobria*.

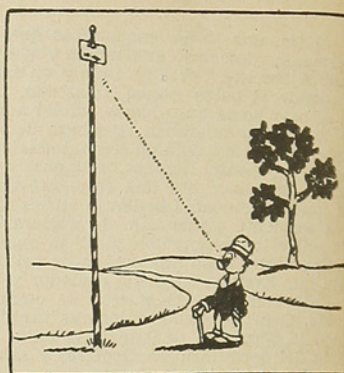
Pesca segura y abundante

Si introducís en el mar o en el río un par de frascos de cristal transparente con unos cuantos peces dentro, la pesca acudirá como acuden los pájaros al que

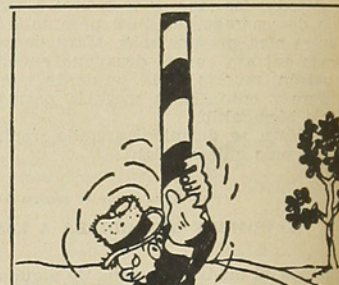


sirve de reclamo en la trampa y podréis echar el anzuelo con la seguridad de que picarán en seguida. Se puede emplear peces de piscina. En cuanto al medio de mantener los frascos debajo del agua, el que el grabado indica no es más que un ejemplo de los muchos que se pueden

Un hombre curioso



¿Qué dirá aquel cartelito?



Me he de enterar cueste lo que cueste.



Ya falta poco.



¡...!

El Aceite Antiguo y de Confianza Para Herramientas

Por muchos años 3-en-Uno ha sido usado por carpinteros y mecánicos para aceitar sus herramientas. Conserva las herramientas en magnífico estado, impide la herrumbre y oxidación.

El 3-en-Uno también se usa constantemente para aceitar polines de ruedas, bicicletas, rifles y pistolas.

De venta en todas las buenas ferreterías, bodegas, farmacias y almacenes generales.

THREE-IN-ONE OIL CO.
130 William Street
Nueva York, E.U.A.

Aceite 3-en-Uno

(Continuación de la página 19)

EL HOMBRE QUE ODIABA A LAS MUJERES

A pesar de sus protestas, John y Linda tomaron al chófer cada uno de un brazo, lo metieron en la casa y lo recostaron en un sofá. La joven le sirvió una copa de coñac y después se puso a lavarle los ligeros cortes que tenía en la cara. Entretanto John avisó por teléfono a un médico.

—El doctor vendrá en seguida — dijo el señor Spencer al volver a entrar en la sala. — Siento mucho la molestia que le estamos causando, y le quedo sumamente reconocido. Me llamo John Spencer.

Y entregó a Linda su tarjeta.

La joven supuso que no la había reconocido.

—Linda Batley, para servirle — contestó. — Yo fui la lunática que arrojó el zapato por la ventana. Fue un accidente. Lo lamento mucho.

—¡Oh! — dijo Spencer.

Y miró a Linda con más atención que antes, pero sin dar tampoco muestras de reconocerla.

En aquellos momentos regresó la señora Batley, que se hallaba ausente.

—Lo menos que podemos hacer por usted — le dijo a John cuando se hubo enterado de lo ocurrido — es invitarle a tomar el té. Es una nimia reparación por el perjuicio causado.

—Muchísimas gracias. Me he tomado la libertad de avisar por teléfono a un médico, a pesar de que lo de mi chófer no creo que tenga importancia. Y ahora que me acuerdo: tenga su zapato, señorita.

Y con aire de cómica gravedad entregó el zapato a Linda.

—Mamá — susurró la muchacha, — no aludas para nada a mi despidio del *Daily Telegram*. Este hombre no me ha reconocido.

Mientras tomaban el té, hablaron de diversas cosas, entre ellas de personas conocidas de uno y de otras. La señora Batley habló de una rica americana, la señora Harrington Harris, que le había arrendado su casa de Penfield Hall. Spencer dijo que él había sido invitado a vivir en compañía de aquella señora y de su esposo.

—Nosotras vamos a Penfield Hall con relativa frecuencia — manifestó la señora Batley. — La señora Harris quiere mucho a mi hija Linda.

Llegó el médico, y cuando se hubo retirado, después de curar al lesionado chófer, John se despidió.

—Espero verlas a ustedes alguna vez en Penfield Hall, señora Batley — dijo él.

—Así lo espero yo también — respondió la dama, pensando cómo se las compendría para obtener una invitación para Linda.

—Adiós, señorita.

—Lamento de nuevo lo ocurrido.

Afortunadamente, no ha sido grande el daño. La familia ha sufrido más.

—Es un hombre encantador — dijo la señora Batley a su hija cuando John se hubo marchado.

—Es un bruto; y además, escribe malas poesías y las publica en su periódico.

—No se puede asegurar que sean suyas.

—No debe de haber comprado el periódico para otra cosa — concluyó la joven.

Después de una larga pausa, la madre reanudó la conversación.

—¡Qué coincidencia! — dijo. — Vivirá en Penfield Hall. Y manifestó deseos de vernos allí.

—Su deseo de volvernos a ver y el cariño que a mi me tiene la señora Harris corren parejas — dijo burlonamente la joven.

—Pues yo estoy segura de las dos cosas — exclamó la señora Batley, aunque sin convicción.

Linda sacó de una librería un montón de periódicos. Entre ellos estaban los números del *Daily Telegram* que publicaban las poesías.

La joven leyó una que le pareció muy mala. Era un poema de amor.

—De todas las mujeres que he conocido — sólo a ti te recuerdo, mi bien amado.

¡Y qué pedestre era el poema que comenzaba:

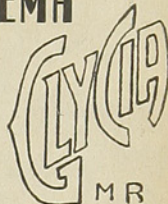
(Continúa en la pag. 23)



La aplicación suave sobre la piel, especialmente en las noches, antes de acostarse y usándolo continuadamente, llegará a producirle el efecto deseado para su cutis, hermoseándolo en forma perfecta, dejándolo puro y fresco como lo fué en su infancia.

USE LA

CREMA



y sus resultados la convencerán muy pronto.

Fabricantes exclusivos:

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

BOTICA DEL INDIÓ. — SANTIAGO.

MARIA ENVEJECIO POR CULPA SUYA

—He encontrado a María en una visita. ¡Cómo se ha envejecido! Esta frase es muy corriente, porque por cada cinco mujeres que se cuidan, hay noventa y cinco que descuidan su salud. La mujer descuidada envejece rápidamente. Esto no tiene razón de ser.

EL

SEXOCRIN HEMBRA

es un producto glandular en tabletas, elaborado especialmente para evitar pérdidas innecesarias, así como para rejuvenecerlas, evitando que las glándulas se debiliten lo cual es la causa principal del envejecimiento.

Posiblemente desea usted leer el folleto "COMO PUEDE REJUVENECERSE LA MUJER". Pídale a la Agencia de la Glandular Laboratories. Casilla 28-V., Valparaíso y lo recibirá gratis.

SEXOCRIN-HEMBRA se encuentra en venta en

Boticas y Droguerías.

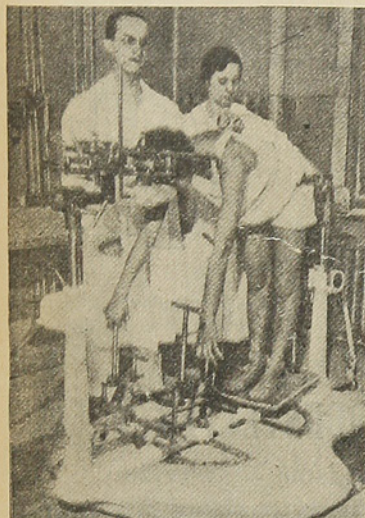
Base: Pituitaria, Adrenal y Tiroides.

M. R.

De Todo un Poco

Desfaciendo entuertos

La escoliosis o curvatura de la espina dorsal se puede corregir en la mayoría de los casos con esta máquina inventada por el doctor italiano Galleazi. En la foto se ve la máquina adquirida por el Hospital Michael Reese, de Chicago, en el momen-



to en que una joven de espaldas defectuosas se somete a los beneficiosos efectos del aparato, que, como don Quijote, tiene la misión de «desfacer entuertos».

La Reina de las Joyas

La señorita que ven ustedes en la foto, custodiada por varios hombres armados y dirigiéndose a un automóvil blindado, no es una ladrona ni siquiera una contraven-

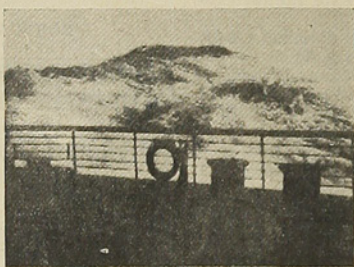
tora de la ley seca. Es miss June Blosson, de Hollywood, que se ha puesto encima todas sus joyas para asistir a una recepción, y como el valor de estas alhajas as-



ciende a 200,000 dólares, toma precauciones para cruzar la ciudad con la seguridad de no ser robada. Probablemente, cuando llegue al lugar de la fiesta se pondrá una armadura de las que usaban nuestros clásicos guerreros.

Bromitas del mar

Publicamos esta fotografía, tomada desde el «Aquitania», para que el lector que no haya tenido la desgracia de en-



contrarse en alta mar durante una tempestad, se dé cuenta de las dimensiones que adquieren las olas cuando el Atlántico se enfurece y, de que lo más peligroso del mundo es embarcarse y casarse, tanto en martes como en cualquier día de la semana.

Postes invencibles

En las carreteras y calles de Alemania están colocando postes de goma que al



mismo tiempo que muy resistentes, son muy flexibles. Sirven para marcar la derecha a los autos, y si, por una de esas frecuentes imprudencias, el vehículo, en vez de hacer caso al poste, se precipita sobre él, éste se dobla y el auto pasa por encima. Después vuelve a erguirse como si nada hubiera pasado. ¡Oh, si las personas pudiéramos hacer lo mismo!

Cocina Práctica

Arroz moldeado.— Se cocina una tacita de arroz con suficiente agua y sal. Una vez fría, se mezcla con tres o cuatro rebanadas de jamón cocido, picado. Luego se hace un aliño, con aceite y vinagre; se mezcla con el arroz y se pone éste en un molde, bien apretado. Al sacarlo tendrá la forma de éste. Se cubre con mayonesa y se sirve rodeado de lechuga u otra ensalada. En lugar de jamón, se le puede poner lengua, sardinas, salmón, atún o lo que se desee. Recuérdese que el molde es sólo para darle forma y que no va al fuego. Lo mismo se le da la forma con una cazuela grande en defecto del molde.

Pescado a la maltesa.— Se cocina el pescado en agua y sal y un puñado de hierbas olorosas. Se le quita la espina y la piel, se desmenuza bien. Se salta unos minutos en dos cucharadas de manteca o aceite bueno, luego se revuelven dos huevos y se le agregan, junto con dos cucharadas de leche, sal y un poquito de pimienta.

Se revuelve continuamente hasta que se espese.

Se hacen unas tostadas y se sirve, sobre ellas, el pescado.

Costillas doradas.— Se eligen costillitas con lomo, se aplastan bien y se frien

en manteca, dorándolas por ambos lados. Luego déjanse enfriar. Se ponen en una cacerolita, tres cucharadas de manteca y tres de harina, se revuelve bien se le mezcla dos vasos de leche caliente y se deja cocer hasta que quede como una salsa espesa. Se aparta, se le agrega sal, pimienta, moscada, perejil picado y champignons, también picados. Se envuelven las costillas en la pasta, tratando de darles bonita forma, se polvorean con pan rallado, alisándolas bien. Una vez dispuestas, se pasan por huevo batido, por pan rallado, otra vez por huevo y otra por pan. Se hacen dorar en abundante grasa de cerdo o aceite.

Se sirven adornadas.

Pastelitos marrón.— Cuézanse las castañas y pásense por un colador. Para cada taza de pulpa de castaña se pondrá una de harina, dos cucharadas de manteca y media taza de azúcar. Pásese por cedazo la harina, castañas y azúcar todo junto. Se calienta la manteca y se incorpora ligeramente a lo demás. Se une bien todo con las manos; se estira la pasta lo más fino posible y se cortan formas de fantasía. Se ponen, en una lata engrasada, a horno moderado, cocinándolas hasta que tengan color dorado.

Crema baberois.— Se hierva medio li-

tro de leche con una barrita de vainilla y un cuarto de kilo de azúcar; añádanse ocho hojas de cola de pescado; si bien se hayan disueltos, se pasa la leche por un tamiz. Bátanse doce yemas de huevo y poco a poco añádanse leche hervida y caliente; póngase al baño maría y revuélvase sin cesar. Déjese enfriar y bátase a punto de merengue cinco claras, que habrá que incorporar a las yemas que se batieron en la leche. Se untan entonces un molde enlozado, de los de forma acanalada, con cilindro o como central; se vierte y se deja al baño maría hasta que cuaje.

Huevos marineros.— Póngase a freír ligeramente en manteca varias cebollitas y añádanse abundante vino tinto; agréguese sal, pimienta, tomillo, laurel y perejil y déjese cocer.

Pónganse dos huevos frescos en este vino. Retírense los huevos ya duros. Quitese la cáscara y pónganse en un plato cortados a lo largo. Redúzcanse, entretanto la salsa; pásese por tamiz; pónganse aparte las cebollitas; líguese una porción de manteca batida con harina, póngase de nuevo a cocer, añádanse las cebollitas y viértase la salsa sobre los huevos.

(Continuación de la página 21)

EL HOMBRE QUE ODIABA A LAS MUJERES

“Enfermo me puse cuando me dejaste; — sufrir ya no puedo tan fiero dolor!...”

Casi maquinalmente, Linda recortó las poesías de los periódicos y guardó los recortes en uno de los cajones de su escritorio.

— * —

Se comía en casa de la señora Parks, la cual tenía una sin igual colección de objetos de plata y una notable colección de invitados. Muchos de los comensales iban atraídos por la hermosura y la fortuna de la hija de la casa. Constance Parks, que había heredado de su padre una renta de tres mil libras anuales.

La señora Batley estaba sentada entre un obispo protestante y un industrial gordiflón. Linda, su hija, tenía a su lado a John Spencer.

Se estaba de sobremesa y se hablaba de la prensa moderna.

—La misión del periódico es importantísima — dijo Spencer. — Por él conoce el lector cuánto le interesa, lo mismo en el orden político que en todos los aspectos de la vida social.

—Pero sólo hablan de riñas, de accidentes y de muertes repentinas — dijo una señora.

—También publican otras muchas cosas interesantes e instructivas — se apresuró a contestar el propietario del *Daily Telegram*.

Linda creyó llegado el momento de vengarse de John.

—¡Oh! El señor Spencer es un incurable romántico

—dijo. — No hay más que leer sus poesías para verlo.

—¿Es cierto? — preguntó una señorita.

—¿Ha publicado usted alguna cosa, señor Spencer?

—preguntó otra.

Linda notó que John estaba fuertemente impresionado.

—Pregúntenselo ustedes a la señorita Batley — contestó el interpelado. — Parece más enterada que yo.

Linda se puso a recitar:

—“De todas las mujeres que he conocido — sólo a ti

te recuerdo, mi bien amado...”

—¿Qué les parece a ustedes este poema? — preguntó

la joven cuando lo hubo recitado todo.

—¡Muy sentimental! — dijo una dama.

—¡Muy romántico, en efecto! — exclamó otra.

—Están muy bien definidos los sentimientos — dijo

un joven pálido que se las daba de literato. — Lo mejor

que yo he escrito...

Y el pseudoescriptor aprovechó la oportunidad para

hablar largamente de sus obras.

El señor Spencer había guardado silencio limitándose

a dirigir a Linda una mirada de rencor.

—¿Por qué se muestra tan agresiva conmigo? — le

preguntó John a Linda, aquella noche, cuando se pusie-

ron a bailar juntos.

—¿Agresiva con usted? No creo que hay tal cosa —

respondió la joven.

—Sí; y ello me molesta mucho, sobre todo si nos he-

mos de encontrar con frecuencia.

—¿Pero, tenemos necesidad de hallarnos con fre-

cuencia?

—Quizás no, mas podemos encontrarnos en alguna

otra casa. Ustedes se tratan con muchas familias ami-

gas mías.

—Es usted un hombre raro; se jacta de aborrecer a

las mujeres y, sin embargo, cultiva las relaciones fami-

liares y asiste a reuniones en las que predomina el ele-

mento femenino. ¿Por qué me ha invitado a bailar?

—Para tener ocasión de preguntarle por el motivo

de su hostilidad. Además, deseaba saber cómo conoce usted

esos poemas.

—Debiera usted sentirse halagado.

—Usted no ha hablado de ellos para halagarme. Lo

ha hecho con el exclusivo fin de ponerme en ridículo.

—Me parece que le da demasiada importancia a ese

incidente — dijo Linda.

Ambos permanecieron silenciosos el resto de la no-

(Continúa en la pag. 65)



ecran

¿Se ha suscrito usted ya a esta revista?

Las mejores informaciones cinematográficas de Hollywood.

La revista mejor impresa y siempre con material propio.

COMPARE ESTA REVISTA CON LAS EXTRANJERAS Y LLEGARA A LA CONCLUSION DE QUE ES MUCHO MEJOR Y POR LA MITAD DEL PRECIO.

AYUDENOS PARA MEJORARLA TODO LO POSIBLE.

SUBSCRIPCION ANUAL: \$ 23.

Requirió el bordon y enderezó el camino. El aprendiera, por consejos, que al amor de la lumbre relatará el abuelo en la invernada, que allá en el llano había hombres gigantes, buenos y generosos como el agua pulida del regato y sabios como Cristo en la Cruz. Y su alma sencilla de coplero y pastor abrió sus alas blancas en ansia de rendir sus fervores a uno de esos colosos que, según el abuelo, andaban por el mundo en siembra luminosa de ideales. Allá atrás, en lo alto del pico envuelto en brumas, quedaba el chozo, el hatillo de ovejas al cuido escrupuloso de la hermana, el corral, la fuente sonreidora bajo el risco enojado con musgos y líquenes, la bruja pinada rumorosa. Delante el camino infinito del ideal, obsequioso y prometedor bajo la claridad cegadora de la mañana.

Y caminó el zagal. Y un año y otro, peregrino sublime, martirizó sus pies en la impiedad de aquel correr sin tregua. De vez en vez, para animarse, llevaba el caramillo pastoril a los labios y la ingenua balada era como un soplo imponente en la llama triunfante de su fe.

Y una noche, el prodigio. Al pasar un barranco de laderas inaccesible, formado por el corte en bisel de una montaña, en su lado más alto, preciso, perfecto de modelado en sus tremendas proporciones, como pegado milagrosamente al muro, un coloso, pujante sobre la blanca claridad de la luna. Estaba sentado; los brazos caídos a lo largo del corpaçon informe, la enorme cabeza erecta y quieta.

Subió a los cielos la salmodia solemne del coplero-pastor y el milagro se hizo. Fué un momento, un momento no más. El coloso inclinó lentamente la cabeza y miró al peregrino. Luego se descompuso su contorno, se fué difuminando y se perdió. Y así lo vió una noche, y otra, y tantas más al claro de luna, perdida la mirada en sabe Dios qué excelsas maravillas. Aparecía al vuelo de las doce impreciso, borroso, como un manchón de tinta azogada. Poco a poco iba adquiriendo forma, acusaba el contorno y allí quedaba una hora, dos, firme y tangible en el muro rocoso, escuchando el rezar implorante del pastor exaltado.

“¡Hace años y años, Señor, que te buscaba. Sabía que existías, que llegaría a encontrarte. Con la sola esperanza de tropezar contigo abandoné mi hacienda y he recorrido desolado el mundo. No hay camino que yo no haya regado con mi

sangre. Y cuando al fin mi dicha vi colmada, me rehuyes, Señor, y en vano a tu clemencia pido amparo. Apídate de mi miseria, que no pido gran cosa. Yo no quiero más que besar tu frente, acariciar la gracia de tus manos y adormecer esta locura mía en tu regazo. Tengo un hato de ovejas, tengo un chozo y vecino un redil; tengo, Señor, un corazón que es como un universo de bondades... Pues súbeme hasta Ti y todo será tuyo. Tuyo será el ganado, el chozo y el aprisco; tuyo será este

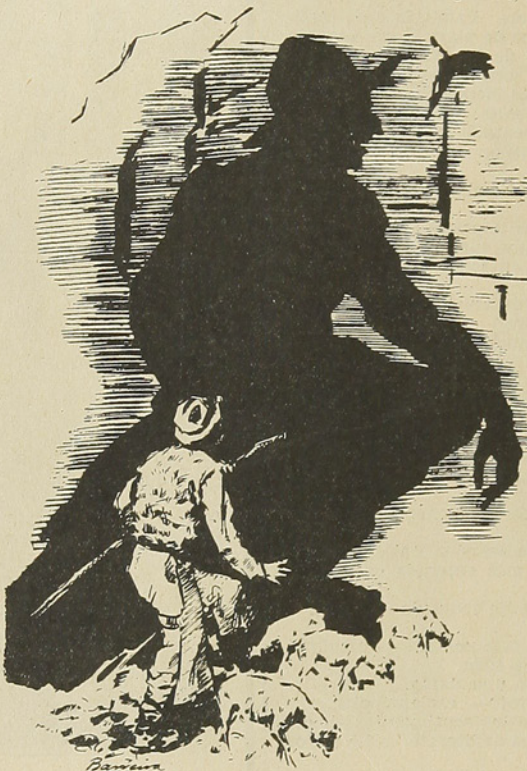
corazón que arrancaré y yo mismo abriré para que esa serena y quieta claridad de tus ojos se encienda, si quiera una vez sola, en ascuas de misericordia. Sepa yo qué materia es la tuya, qué armonía la rige, qué prodigiosos mundos la subyugan. Dime sólo que tienes corazón y ten mi vida en prenda de que la he de gastar en adorarte!

Y en la noche callada se levantó una voz:

“¡Vuelve en ti, caminante, y no llores, que no valgo tus lágrimas! El coloso causa de tu dolor va a evaporarse como una sombra que es. No es a mí a quien adoras sino a ese gigantesco borrón, sin más aliento ni virtud que los que tu fe le prestara, que proyecta mi cuerpo. Yo soy quien debiera adorarte y, ya lo ves, me he burinado de ti. La noche que tomaste mi sombra por un coloso empotrado en la roca debí desengañarte. Un movimiento, una palabra y la ceguera de tu alma sedienta se hubiera iluminado. No pensé, te lo juro en mi descargo, que el mal pudiera herirte tan hondo. Me divertí tu credulidad al principio; me halagaron después tus fervores, tu idolatría, tu mística sumisión, el ingenuo y exaltado lirismo de tus súplicas. Callé, primero, por vanidad; luego, cuando el mal estaba hecho, por... cobardía. Pero hoy no puedo más. He sentido en mi alma sin fe la desolación de la tuya, cálida y fervorosa, y pongo fin al juego en el que a una apariencia de coloso has sacrificado, posiblemente, la tranquilidad espiritual de toda tu vida...”

Enmudeció la voz, se irguió la sombra, y ante los espantados ojos del coplero-pastor fué deslizando y empujándose a lo largo del muro hasta perderse entre los pies de un hombre insignificante que se alejaba con tranquilo paso.

Y en el barranco claro, de luna, el pastor de los delicados y sencillos lirismos, lloró, lloró por la crueldad de aquel hombre sin corazón que no supo callarse.



El Club de las Divorciadas

En Veliki Bechkereck se ha fundado un club para mujeres divorciadas, que cuenta ya con una nutrida representación.

Este original club no es una sociedad para mujeres desocupadas que busquen el modo de emplear agradablemente las horas, sino que en sus estatutos se establece claramente su misión social y educadora.

Primeramente el club de las divorciadas será un lugar de refugio para las mujeres que se han separado de sus maridos y no han encontrado todavía un lugar donde establecer su nueva vida.

El club se ocupará, como corporación, de intervenir a favor de las mujeres divorciadas que tengan que hacer reclamaciones contra sus ex maridos.

Otra finalidad importantísima del Club de las Divorciadas será la educación social. Todas sus afiliadas están en la obligación de contribuir en la medida de sus fuerzas en la educación de las muchachas jóvenes para enseñarles

todos los peligros del matrimonio, sus desilusiones y desventajas, con el fin de que las muchachitas vayan al matrimonio sabiendo lo que las espera y no creyendo, como sucede ahora en la mayoría de los casos, que la vida matrimonial es un sendero cubierto de rosas.

Una cláusula de gran importancia para las afiliadas al club es la que estipula que cualquiera de sus asociadas que vuelva a contraer matrimonio será inmediatamente expulsada.

(Continuación de la página 13)

EL TRAJE BLANCO

—Quita, quita demonte. ¡Meter un confesor en esos benjenales! Y además, que buen padrino íbamos a buscar al nene, ¡mira tú el padre Sagastizábal, que si fuera por él estaríamos vestidos de estera como los Padres del Yermo! Eso es para que tu madre, y nada más que tu madre, lo haga cuestión de gabinete, vamos al decir; y con su diplomacia, porque la tiene y mucha, consiga de ella que dé su brazo a torcer. Si no, ya me estoy viendo toda de negro como una cucaracha, y «Yo soy la viudita — del conde Laurel».

—Pues si no son más que esas las penas de mi niña, ya puede ir saltando la carcajada.

—¡Qué bueno eres, Alfonso!

—¡Calla, feísima!...

Una berlina con dos caballos que se para en la puerta de la casa, y un lacayo de librea que salta del pescante, se desliza y abre la portezuela del vehículo. Una señora de «incierto» edad (pues, como ha dicho alguien, no hay nada más incierto que la edad de las señoras de cierta edad), que baja de la berlina, se compone los pliegues del velo, se recoge la cola con el garbo de una polluela y el empaque y señorio de una gran dama, atraviesa el zaguán y llama a la campanilla.

Afortunadamente, pasa un criado, que le abre la cancela de par en par con ese raro instinto de los criados antiguos y de las grandes casas, que saben hasta en sueños quiénes son los visitantes de antesala y quiénes los que a cualquier hora son recibidos como el agua de mayo.

La señora, tras un campechano, «adiós, Curro», sube a menudos saltitos la alfombrada escalera de mármol de Granada, y hétela levantando la *portière* de la sala de confianza que conocemos y diciendo, segura de que sí:

—¿Se puede?...

—Adelante — le contesta la dama de hábito carmelita, saliendo al encuentro, besándola en ambas mejillas y besada a su vez de igual suerte y manera.

El obligado saludo: «¿Cómo estás?» «Bien, ¿y tú?» «Yo, tan buena», y las dos, arrellanadas en el confidente que también conocemos.

—Mira, Isabel — empieza a decir la visitante, abriendo un lindo saco de mano y sacando un estuche de tafetel con sobaduras y desollones, — aunque digan que me he vuelto loca con el casorio. Pero me he encontrado allí este broche de esmeraldas de mi abuela, que yo no he de ponerme, y me parece mucho mejor que el que tiene el collar de pedida que trajimos a Lulú meses pasados. Únicamente a ti haría yo estas confianzas. No me agradezcas el broche, por consiguiente. Agrádeceme, en todo caso, que te ponga las cartas tan boca arriba y que todo me parezca poco para ese ángel de Dios que me ha regenerado a mi hijo y me lo ha convertido en un San Luis Gonzaga... con ganas de casarse. Y a propósito de casamiento; pues a eso venía precisamente, a enseñarte estas muestras para el traje de novia, pues para mí es indiferente, como tú te puedes figurar, que sea así o sea asao, y lo que quiero es que sea a gusto tuyo, y sobre todo, «al gusto de ellas». Mira: ésta de crepón... ¡Cosa más ideal!... No echas cuenta en el precio, mil reales más o mil reales menos no van a ninguna parte. Pues ¿y esta de muselina?... ¡Telas como las de ahora! Si te he de decir mi verdad, ésta es la que más me gusta. Esta, de raso maravilloso, no me hace tanta gracia... En cambio, esta de crepé grano de pólvora, es que parece enteramente de tisú de plata. Esta tela, con sus buenos encajes, hasta allí, hija, hasta allí. Llama a Lulú, si te parece, para que ella lo elija. Después de todo, «ni tú ni yo nos lo hemos de poner»...

—Y... ¿por qué esa rutina (y dispensa) de vestido blanco?

—objetó la visitada, llena de contrariedad ante las muestras blancas. — Yo, la verdad sea dicha, lo preferiría... negro.

—Tú eres muy dueña de pensar así. Pero si te he de ser franca, yo no veo la razón para esa... empresa fúnebre. Ni la edad de tu hija (diez y ocho años), ni su posición, ni... aunque esté mal que yo lo diga, el trono de mi novio, piden otra cosa que un casamiento por todo lo alto: una boda de corte, como quien dice. Y vestir a la chiquilla de negro como una Hermanita de los Pobres, me parece... (yo no sé cómo decírtelo que tú no te ofendas) una...

(Continúa en la pág. 27)

CAFIASPIRINA



¡Lo único en que

todos confiamos!

Millones de personas toman a diario la **Cafiaspirina** y millones la han tomado durante largos años sin que nunca haya dejado de dar perfecto alivio, ni nunca haya causado a nadie ni el más leve trastorno. De ahí nace ese sentimiento de **absoluta confianza que a todo el mundo inspira.**

Para los dolores de cabeza con embotamiento y depresión nerviosa que causa el calor, una dosis de **CAFIASPIRINA** y un buen vaso de agua, es algo positivamente ideal.

Nada hay que pueda superarla para **dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; cólicos de las damas, etc.** Alivia rápidamente, regulariza la circulación de la sangre, levanta las fuerzas y proporciona un saludable bienestar. **No afecta el corazón, los riñones, ni el estómago.**



Bayer la hace y Bayer la garantiza



La Hija de una Lavandera Salva el Trono de un Príncipe

El Príncipe de Mónaco se escapa de su capital y está a punto de ser destronado, cuando la hija de su abandonada esposa resuelve todas las dificultades.

La tranquilidad que reina ahora en el Principado de Mónaco, constituye un verdadero triunfo para la hermosa y pequeña Princesa Carlota.

Su padre, el Príncipe Luis, soberano reinante del pequeño principado, había arrastrado a la revuelta a sus 23.418 súbditos por su terquedad y su absolutismo. La Princesa ha sido siempre popular, y más de una vez ha evitado con su carácter suave y simpático, perturbaciones interiores.

Este año, cuando estaba a punto de producirse una crisis entre las relaciones del viejo Príncipe y sus súbditos, ella se hallaba enferma de un ataque de gripe. Parecía inevitable el destronamiento de la familia principescas de Mónaco, y ya se habían formado bandos de voluntarios para asaltar el palacio, desarmar el ejército de cien hombres y proclamar un nuevo gobierno. Pero en el último momento, la Princesa se presentó ante los revolucionarios y

sores plebeyos, pues la Princesa es hija de una mujer del pueblo.

Cuando joven el Príncipe Luis sirvió como oficial en el ejército francés, y se enamoró de una hermosa muchacha llamada Julieta Louvet, que lavaba la ropa de los oficiales. Se casó con ella por la Iglesia pero no lo pudo hacer por el Civil, porque le fué imposible obtener el consentimiento de su padre. Por consiguiente, el matrimonio no fué legal según las leyes francesas.

Después de dar a luz a una niña, la lavandera se separó

de su real consorte, llevándose consigo a la niña. Pero algún tiempo después, el padre del Príncipe quiso conocer a su nieta y al ver su hermosura se sintió atraído invenciblemente por ella. Se hizo cargo de su educación, y algún tiempo después la legitimó por un decreto.

A los dieciocho años, la Princesa contrajo matrimonio con el conde Pedro de Polignac, miembro de una de las familias más aristocráticas de Francia, y a la muerte del viejo Príncipe Alberto, su padre lo sucedió en el trono, y fué nombrada Princesa Heredera.

Se dice, que la joven Princesa Heredera, odia profundamente el juego, vicio al que el principado debe la mayor parte de sus entradas, y la razón de este odio, es, que cierta mañana, cuando la Princesa había salido a dar uno de sus acostumbrados paseos, encontró el cadáver de una joven, cuyos dedos crispados mantenían un pomo de veneno. Al inclinarse sobre el cuerpo, la Princesa reconoció en la suicida a una de sus camaradas de colegio, se supo que la pobre mu-

chacha, que hacía poco tiempo que se había casado, había perdido todo el dinero de su marido en las mesas de juego de Montecarlo, y desesperada, había resuelto suicidarse. Y así fué, como esta valerosa joven, hija de una humilde lavandera, se levantó de su lecho de enferma, para afrontar a los revolucionarios, que a gritos pedían el destronamiento de su padre, y por consiguiente el suyo y el de sus hijos.

Esa misma tarde, la Princesa se dirigió a Marsella, donde se encontró con su padre, al que convenció que debía aceptar las exigencias del comité revolucionario.

La joven Princesa tiene un hijo y una hija.



dominó la situación. La principal entrada del gobierno consiste en los 500.000 dólares, del famoso casino de Mónaco que se pagan anualmente al Príncipe, quien con esa suma debe contribuir a satisfacer las necesidades de su pequeño estado, ahora bien los habitantes de Mónaco pretenden que el Príncipe gasta muy poco de ese dinero para el bien del estado, y sólo se preocupa de satisfacer sus gustos personales. No hace mucho, los reformadores exigieron del Príncipe que les diera cuenta de la inversión del dinero, pero el soberano sólo respondió a sus exigencias con un telegrama enviado desde el castillo que posee al norte de Francia. El telegrama decía: «Peocúpense más de sus deberes, y guarden más lealtad a su Príncipe».

Este telegrama exasperó a los habitantes de Montecarlo, y decidieron destronar al Príncipe, y pedir la anexión a Francia. En esta crisis se presentó Carlota, la princesa heredera, y entró en negociaciones con los rebeldes, desplegando en las conferencias que sostuvo con ellos, no sólo el encanto natural que emana de su persona, sino que también una gran dosis de sentido común, heredado probablemente de sus antec-

(Continuación de la página 25)

EL TRAJE BLANCO

—Una gazmoñería de beata recalitrante, ¿no es así?
—No he querido decir tanto, ni mucho menos.
—Lo digo yo y es igual; no creas tú que a mí se me oculta que la gente va a tomarlo por ahí. Pero bien sabe Dios que no es por eso, ni por nada que se le arremede desde cien leguas, mi oposición decidida a los vestidos blancos para los casamientos. Después de todo, nada más en carácter con la juventud y con la inocencia, ni nada más emblemático de la virginidad.

—Pues entonces...
—Pues ahí verás tú. Yo, es cosa que le tengo horror... patibulario; y si te digo que hasta juramento he hecho de que ninguna hija mía se lo ha de poner...

—¡Ah! Pues si hay eso de por medio, respeto tu conciencia. Ahora, que siento muchísimo no dar a Alfonso ese gusto.

—¿Y crees tú, Consuelo, que no siento yo ver a Lulú empuñadísima en la cosa (tan empuñada, que milagrito será que no sea ella quien te me echa de gancho sin tú misma saberlo); y negarle eso último que me pide de soltera el alma mía?... ¿Qué querré yo para ella, sino... ¡vaya!, un altar, si posible me fuera?... ¡Con decirte que es lo primero que recuerdo haberla negado en toda su vida!...

—Pues nada: si tú quieres, adelante con los faroles. Yo respeto los motivos que tengas para obrar así, y quiere decir que «donde hay patrón no mandan marineros».

—¡Por los clavos de Cristo, Consuelo, no te pongas así!

—No, mujer; yo no me he puesto de ninguna manera incorrecta. Respeto, como te he dicho, los motivos que tengas para obrar de ese modo, y, porque realmente los respeto, te lo digo.

—¡Pero sin preguntármelos!

—¿Y estoy autorizada yo para ser indiscreta?

—Es que tú no lo eres nunca, y en esta casa menos.

—Pues si no es indiscreción preguntártelos, hazme el favor de decirme los.

—Pues allá van. Pero créeme, Consuelo, como si estuviera confesando contigo. No es ficción, que es historia.

Tú no me has conocido hasta que la viudez y el dolor, porque he sufrido mucho, han templado mi alma de mujer, dándole estos arriscos varoniles que hoy tiene y esta energía y esta entereza semimachuna de las viudas de negocios. La virtud educativa del dolor, como me dice el padre Sagastizábal.

Pero yo no era así. Yo era la misma timidez y la propia irresolución. Yo era... lo que vas a ver en esta... página, la más vergonzosa de mi vida, que un novelista titularía *Cuento inverosímil*.

Era el día de mi casamiento con el pobre Alejandro, que en paz descanse, y héteme aquí ya, vestida con el traje de novia, regalado por él, como es de cajón, y que era, por más señas, maravilloso...

—¿Blanco?...

—Por supuesto: de crespón de la China, con los encajes de Alencon que se le han puesto ahora a Lulú en el que se le ha hecho de mesalina rosa.

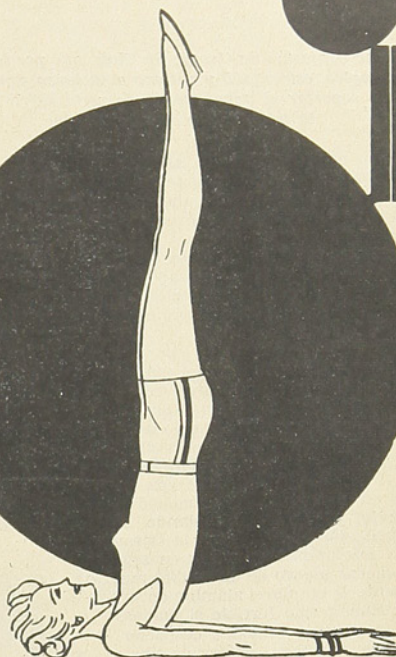
Pues bueno: héteme aquí, repito, vestida de punta en blanco, echándome a llorar, pero a moco tendido, perdona la expresión, y sin que hubiera un santo que hiciera ponerme el velo de desposada.

Y a todo esto, Consuelo mía, la casa llena de convidados; las damas de honor en el tocador de mi madre, prendiéndose los últimos alfileres; Alejandro deshecho con mi tardanza, pues teníamos que salir en el correo, para el que faltaban unas tres horas; mi padre, hecho un basilisco con mi pata de gallo, y mi madre, una Magdalena, sin atreverse a empujarme al altar, viendo mi repugnancia, ni a ponerse frente a su marido, cada minuto que pasaba más contrariado, y mientras más contrariado, más furioso.

—Pero, Isabel, ¡por Dios! Estas cosas no se piensan a última hora. ¡Haberlo dicho antes y con antes, no cuando no hay más remedio que el sacrificio o el escándalo! ¿Por qué no me lo has dicho siquiera esta mañana, y le hubiera dado a ese hombre una explicación, o... le hubiese pegado un tiro... o me lo hubiese pegado yo, por más que para eso estamos a tiempo todavía?

—¡Ay, no, papaito! ¡Por Dios y por su Madre!... ¡Si Alejandro es muy bueno! Si yo le quiero mucho! ¡Si...!

(Continúa en la pág. 29)



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

TABLETAS PARA ADELGAZAR

“KISSINGA”

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante.

Estas tabletas no contienen sustancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las

PILDORAS LAXANTES “KISSINGA” que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Agentes exclusivos para Chile:

DRUGERIA DEL PACIFICO (Dropa)

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio.

Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

Amaba tanto a su mujer que decidió matarla

Asombrosa confesión de George St. Clair, que por temor a perder su empleo, estranguló y enterró a su joven esposa, porque no podía soportar el pensamiento de verla sufrir a causa de la miseria que creía inevitable.

—¿Por qué ha hecho Ud. esto?

El policía de North Platte se volvió hacia George St. Clair; el marido de veintidós años, que había permanecido observando silenciosamente la excavación de la fosa en que había enterrado a su mujer.

Los otros policías acababan de levantar una pieza de paño que el asesino había colocado sobre la cara de Mrs. St. Clair, su joven esposa de dieciocho años.

—Lo hice para proteger sus ojos de la arena — contestó con aire sombrío.

—Lo que quiero decir es, ¿por qué mató Ud. a su mujer?

—Porque la amaba, y no podía soportar el pensamiento que sufriese hambre este invierno, y más, cuando estaba a punto de tener una guagua. Nunca habíamos tenido un disgusto, ni jamás se había cruzado una mala palabra entre nosotros, pues ella también me amaba.

—¿Y por eso la estranguló Ud con este alambre? — comentó el detective, con una nota de sarcasmo en la voz. St. Clair meneó la cabeza negativamente, y prosiguió hablando con el mismo tono apagado — No, primero la estrangulé con mis propios manos y en seguida para quedar seguro de que había muerto realmente, le enrollé el alambre en su garganta. Habría sido terrible si hubiese vuelto en sí en la tumba, y descubrieron que yo la había enterrado viva.

George St. Clair hacía más de un año que se hallaba casado, y a fines de junio de 1930, se había trasladado a North Platte, donde había encontrado un empleo en los carros refrigeradores del ferrocarril.

Durante todo el verano, el joven matrimonio fue perfectamente feliz, y June, la esposa, había inducido a su marido a comprar un automóvil de segunda mano, que George estaba pagando por mensualidades.

Según parece, George no había pensado en que su trabajo debía terminar en cuanto se iniciase el invierno, pues en esa estación los ferrocarriles no necesitan carros refrigeradores.

Además de esto, St. Clair supo por su mujer que al principio del invierno un nuevo miembro vendría a aumentar la familia, y entonces la desesperación comenzó a apoderarse de su alma.

Buscó por todas partes un empleo, pero no lo pudo conseguir, y a medida que transcurrió el otoño y las hojas iban ca-

yendo de los árboles, sus esperanzas iban abandonándole una por una.

En estas circunstancias, decidió matar a la mujer que amaba, y como el joven pertenecía a esa clase de hombres que una vez que han decidido un plan de acción lo ejecutan sin vacilar, resolvió cometer el crimen antes de que naciera su hijo.

Habría sido mucho más fácil matar a la mujer mientras dormía, pero quiso evitar la curiosidad de los vecinos, y tomando un revólver, una pala y un cuchillo, invitó a su mujer

a dar un paseo en el automóvil.

Era un sábado en la tarde, y después de comprar carne para el almuerzo del domingo y una batería nueva para el auto, George salió con su mujer a dar un paseo, y al llegar al sitio escogido de antemano, ambos descendieron del coche.

Evitando su mirada, rodeó con sus brazos el cuello de su mujer, y la besó apasionadamente.

Un momento después la tenía cogida por la garganta, en la que sus dedos se incrustaron, hasta que June quedó completamente inmóvil, entonces, colocando el frágil cuerpo de su amada sobre la tierra fría, corrió hacia el auto, sacó de él la pala y el cuchillo, y se puso furiosamente a cavar la fosa.

Cuando concluyó su tarea, tomó en sus brazos el cuerpo de su mujer, y después de besar sus frios y coloridos labios,

lo depositó con todo cuidado en la tumba.

Pasaron varios días, y los vecinos comenzaron a notar la desaparición de June, y se apresuraron en dar parte a la policía.

En el primer interrogatorio, George St. Clair confesó de plano su delito ante el juez, y en vista de sus declaraciones, la justicia lo relegó a un asilo de insanos, donde permanecerá hasta el fin de su vida.



(Continuación de la página 27)

EL TRAJE BLANCO

—Pues, entonces, alma de cántaro, ¿a qué esa salida de tono?

—¡Porque me da mucha vergüenza!

—Y nada más que porque te da vergüenza, pedazo de... angelito, comprometer a tu padre, como me estás comprometiéndolo... y perder para siempre tu buen nombre de mujer formal... y renunciar a una boda ventajosísima, y dar el escándalo que se está dando, porque no creas tú sino que la cosa está trascendiendo fuera del tocador, y yo que Alejandro, tomaría el sombrero y me iría al fin del mundo, pero después de haberte escupido en mitad de la cara?...

—Bueno, Enrique, por Dios —decía entre tanto mi madre—, ¡que te vas del seguro!

—¿No quieres que me vaya?

—¡No, ahora no! Ahora... morirnos los tres, antes que llevar a una hija al sacrificio.

—Y ¿quién quiere llevarla al sacrificio? ¡Ahora mismo salgo a decir a los convidados que se vayan con viento fresco, y a Alejandro que se muera también de vergüenza por su parte, y...

—¡Ay, no, no, papaito! ¡Que yo lo quiero! ¡De verdad que lo quiero con todo mi corazón! No es más sino que me da muchísima vergüenza. Pero anda —dije de pronto, tocándome el velo y prendiéndome a trompicones el azahar—, vamos a donde sea preciso, pues alguna vez ha de ser, y el mal camino andaré pronto.

—Pero ¿con sacrificio por tu parte o libremente? Porque si es con sacrificio tuyo, primero al Tajo de Ronda, de cabeza, tú y yo.

—Sin sacrificio, papá.

—Jurámelos por esa santa cruz.

Y me llevó delante de un crucifijo que había a la cabecera de mi cama.

—Por esta santa cruz, ¿lo ves?—y besé en señal de juramento,—te juro que me caso por mi gusto.

Y salimos los tres de mi cuarto de soltera, con los ojos como puños.

Y... en fin, las generales de la ley. Yo del brazo de papá hasta la portezuela del landó de casa, y mamá, del brazo de Alejandro hasta el landó de mi suegra. Y en el cupe las damas, y en veinticinco o treinta coches más, todos los convidados, que eran toda la flor y nata de Sevilla. Y la gente del barrio, alborotada y en pelotones a la puerta de la iglesia, pugnando por entrar. Y nuestro coche parándose de pronto en el atrio del templo... y yo, otra vez llorando si tenía que llorar, y sin querer apearme ni por un solo Dios, presa de un nuevo ataque de vergüenza!

—Mi padre no me mató, porque era mi padre, y los padres buenos no matan nunca, pero lo vi con tal desesperación pintada en el semblante, pateando al pie del estribo, y de pronto subir al carruaje, con tan indomable brio cerrar la portezuela de un garfajón y decir al lacayo, estupefacto con la orden: “A casa o al infierno!”, que abrí yo misma la portezuela opuesta, cuando ya los caballos iban a arrancar, grité al aturrido cochero: “¡para!, ¡para!”, y, como el que se suicida, cerré los ojos y me apeé del coche.

Tras mí bajó mi padre, y, por no darme una soba, me dió el brazo. En esto las dos damas, que ya estaban junto al estribo, me recogieron la cola, y ya no vi más sino muchas sedas y muchos encajes, muchas mantillas blancas y muchas joyas, muchos uniformes muy vistosos y muchos fraacs muy negros, muchas plantas y muchas flores, y muchas luces en el altar, y el señor Provisor del Arzobispado, precedido de monaguillos y sacristanes, llegar ante nosotros y empezar muy reposada y campanudamente a leer la Epístola de San Pablo.

Al llegar a la pregunta: «Quiere usted por su esposo y marido, por palabra de presente, como lo manda la Santa Madre Iglesia, al excelentísimo señor don Alejandro de Ulloa y Gil de Gibaja?», ¡mira, Consuelo yo me morí! Sentí unas culebrinas en los ojos, y un temblor en las piernas, y una afonía en la garganta, y una sequedad de aserrín de corcho en el paladar... una vergüenza, en fin, tan abrumadora en todo mi ser, que a punto estuve de haber salido corriendo y de meterme para siempre en las Arrepentidas. Pero mi padre tuvo el buen acuerdo de carraspear de manera que yo saliera de mi abstracción, y con voz como conejo con anginas, pronuncié el «sí, quiero», como contestan los moribundos si quieren recibir la Extremaunción. ¡Mira que es fuerte cosa tener nosotros que decirlo antes que los hombres!

Ni pararon en esto mis desventajas; que tras el casamiento empezó la misa de velación, y el sacerdote se puso malo después de alzar, siendo preciso buscar a aquella hora, punto menos que con un candil, otro Padre que estuviese en ayunas, para que terminara el santo sacrificio... Y el tiempo volando, y la hora del tren viniéndonos encima... y mi padre temiendo, y con razón, que me sobreviniera otro ataque de vergüenza cuando llegase el momento de aceptar el brazo de Alejandro para descender del altar y atravesar la iglesia cuan larga era y meternos en el coche festoneado de azahares, que a la salida del templo nos esperaba.

El ataque, por desgracia, vino, en efecto, y más agudo, si cabe, que los anteriores. ¡Me daba una vergüenza, que me moría ante la perspectiva de aquel cruel paseo, para mi más

(Continúa en la pág. 31)

SU ESPEJO no MIENTE!



BELLEZA O FEALDAD

Es asunto fácil el de poseer un cutis que cause envidia a la más pregonada estrella del cine. Unas cuantas aplicaciones de cera mercolizada quitan de la tez, y como por arte de magia, toda la fea cutícula exterior, llevándose todos los defectos, tales como ronchas, pecas, barrillos, color amarillento, y haciendo que a la superficie de la piel aparezca un cutis tan hermoso como el de una niña de 15 años.

La única CREMA DE CARA
que Embellece Infaliblemente.

Cera Mercolizada

En cajas de dos distintos tamaños:
GRANDES Y MEDIANAS



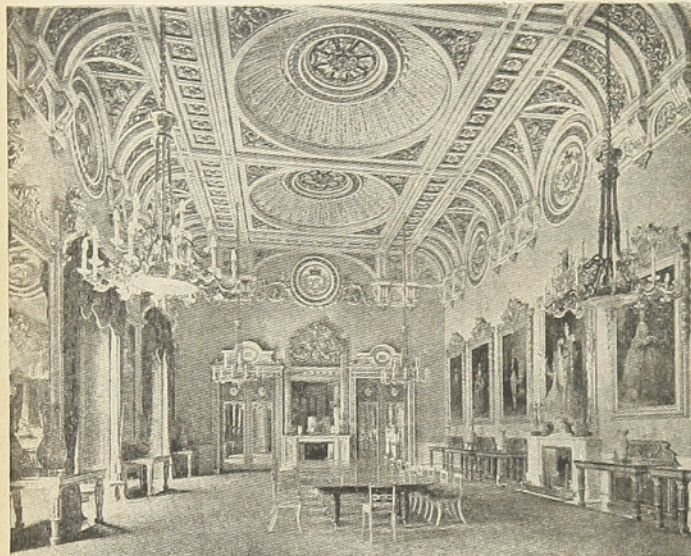
El Palacio de Buckingham

Residencia de los Reyes de Inglaterra

Dentro del siglo de su existencia, el Palacio de Buckingham, ha usurpado, indudable, el orgulloso título de Castillo de Windsor, para ser la más importante residencia real e imperial. Se ha convertido, bajo todo punto de vista, en el corazón del Imperio Británico. Poco accesible, salvo pa-

real, su adquisición en 1762, por Jorge III, para la Reina Carlota, su reconstrucción por Hash, para Jorge IV, su terminación por Guillermo IV, su ensanche y ocupación por la Reina Victoria, y por último, la transformación de la fachada principal del Palacio por orden del Rey Jorge V, constituyen una interesante narración. Los contenidos del Palacio, fueron adquiridos, principalmente, durante el periodo de setenta años transcurridos entre el advenimiento al trono de Jorge III y la muerte de Jorge IV.

Llaman la atención, los magníficos relojes de Jorge III y el soberbio mobiliario de caoba de la Reina Carlota, al paso que el buen gusto de Jorge IV, es visible a través de sus vastas y variadas colecciones.



El gran comedor de Estado del Palacio de Buckingham.—En los muros, una serie de retratos reales. A través de las puertas de cristal, puede verse el Salón Azul y la Galería de Pintura.

ra escasos escogido, durante el siglo XIX, ha sido visitado en los últimos años a invitación de los Reyes, por numerosas personas especialmente invitadas.

Las afectuosas relaciones existentes entre los soberanos y su pueblo, y las oportunidades de entrada al palacio, proporcionadas por las grandes recepciones, e investiduras, y la muy amplia hospitalidad real con motivo de las Conferencias Imperiales e Internacionales, han suscitado un deseo general de mayores informaciones referentes al edificio y a su contenido.

Como residencia privada del Rey-Emperador, el Palacio no es accesible al grueso público; y sólo muy pocas personas hasta ahora han logrado formarse una idea de los esplendores artísticos y de los tesoros que contiene el Palacio de Buckingham, desde que aquellos privilegiados que lo visitan como invitados, sólo pueden disfrutar de una muy rápida inspección.

Los grandes Departamentos de Estado, nunca han sido descritos, pero ahora, gracias a la autorización del Rey Jorge V, el Palacio, con su fantástica riqueza en mobiliario histórico, sus pinturas y sus obras de arte puede, por el mundo en general, ser estudiado en todos sus aspectos, por medio de soberbias ilustraciones, fruto de la más alta técnica fotográfica.

La historia del Palacio de Buckingham se remonta a los días de los Stuart, en cuya época, una sucesión de residencias de importancia, ocupó el sitio de una huerta de propiedad del Rey Santiago I. El actual edificio, construido por el Duque de Buckingham, durante el reinado de la Reina Ana, fué en el tiempo conocido bajo el nombre de Buckingham House.

Las etapas sucesivas de su ocupación como residencia

EL CABELLO CORTO DE UNA CENTENARIA

La anciana Karna Alm, viuda de un soldado, vive en una casita cerca de Woberod (Suecia). A pesar de su avanzada edad— cuenta nada menos que ciento tres años—, da suma importancia a la moda. Y no hace mucho que se hizo cortar y ondular sus plateados cabellos, con suma coquetería. Es, por lo demás, una señora que se conserva admirablemente, de constitución robusta, que puede leer todavía sin necesidad de gafas, que oye perfectamente y se da diariamente sus buenos paseos. También tiene una gran memoria y le agrada mucho cantar las antiguas canciones de su juventud.



El Salón Azul del Palacio de Buckingham. A continuación, el Salón de Música y al final el Salón Blanco. A la derecha, un retrato de la Reina Alejandra, madre de Jorge V.

(Continuación de la página 29)

EL TRAJE BLANCO

Mi padre, inyectados en sangre los ojos y la cara descompuesta como yo no se la había visto nunca, aprovechó la tradicional costumbre de los abrazos para, mientras me abrazaba, tirarme un pellizco digno de una bruja de Goya, y decirme al oído... ¡una barbaridad!

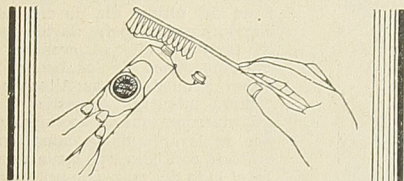
Lo cierto de ello fué que con aquel reactivo volví en mí y acepté como sonámbulo el brazo de Alejandro, percatado de mi indecisión o aturullamiento o lo que fuera... que nos deslizamos por entre las dos filas de convidados y de blandones, camino del vestíbulo, y montamos, por fin, en el coche, cuando sólo faltaban catorce minutos para coger el tren.

—¡Volando a la estación! — fué la orden de Alejandro al cochero, antes que los convidados saliesen de la iglesia.

Y sin que ni mis padres, ni las damas, ni ninguno de los mil asistentes hubiesen montado aún, partimos a la desobediencia de los caballos, sin decir a dónde íbamos.

Ni Alejandro ni yo misma paramos mientes, camino de la estación, en que íbamos vestidos de ceremonia.

Dos Auxiliares de la Belleza



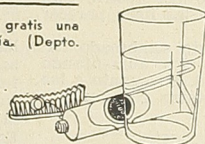
... un cepillo para los dientes y un tubo de Pasta Dentífrica EUTIMOL. Estas son sus dos armas más poderosas contra las caries y la capa gelatinosa que destruye la hermosura de los dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL— dos veces al día—le ayudará a conservar su dentadura sana... porque mata en 30 segundos los gérmenes de las caries dentales. Deja los dientes immaculados, blancos y pulidos.

Fórmula: Carbonato de Calcio, Azúcar, Jabón, Raíz de Lirio de Florencia, Glicerina, Salicilato de Calcio, Agua, Aromáticos.

Pasta Dentífrica **EUTIMOL**
M. R.
♦ P A R K E - D A V I S ♦

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 103), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... Provincia.....



PARA
TARJETAS VISITA
PARTES MATRIMONIO
INVITACIONES SOCIALES



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

—¡Que lo pierden ustedes! — nos gritó un mozo que se nos acercó a la portezuela en demanda del equipaje que no llevábamos...

Nos precipitamos en el andén, cogiendo el tren por los pelos, y... ¡aquí te quiero ver!, cuando la máquina pita y el tren arranca ¡y me encuentro vestida de blanco, con velo de desposada y corona de azahar, entre la natural admiración de unos y la chunga de otros, pues para mayor mal de mis males, era día de feria de San Miguel e iba el tren atestado como un "botijo"!

Figúrate mi aperreo, encerrada en aquel vagón lleno de gente; pues el reservado que habíamos pedido iba muy a la cabeza del convoy y no pudimos llegar hasta él por la premura con que tuvimos que montar, y considera mi horror a apearme en ninguna de las estaciones del tránsito para cambiar de coche, imaginándome, como me imaginaba, las ventanillas hechas racimos de cabezas, cada una con su cara, pero todos mirándonos burlonas, picarascas, con la cruel risa del pitorreo, que es como el medio ambiente que flota en derredor de todas las parejas de recién casados.

—¡La Rinconada: un minuto!

—¡Aun cuando fuera una eternidad! ¿Quién se apeaba en un despoblado?

—¡Brenes: un minuto!

—¡Horror, horror, y cuantísima gente! ¡Despidiendo a un soldado!

—¡Tocina: cinco minutos!

—¡Tampoco y requetetampoco! ¡Había allí aún más gente que en Brenes! Pero... yo no podía ya más; no somos cuerpos gloriosos, y yo estaba de "cuerpo presente" hacia cinco o seis horas...

En fin y por remate, que, como subirá un sentenciado a muerte la escalera de la horca, me apeé del vagón y recorri de punta a cabo todo el andén, en medio de un deshecho aguacero de tosecillas maliciosas, pullas hasta de mal género y risas indiscretas. Dejé de ir a donde la necesidad me llamaba, pues ya eso hubiera sido el cataclismo, y, huyendo más que andando, sin poder componerme con tres varas de cola, velo, abanico, devocionario, "bouquet"... ¡demonios encendidos!, llegamos al reservado, ¡no he visto nada más lejos!, y nos entramos en él como entrará en el cielo una alma del Purgatorio.

Allí me despojé del velo y del azahar, que no tiré por la ventanilla por no alarmar a Alejandro. En Lora del Río compramos unos mostachones, con que nos desayunamos, pues harto habíamos hecho en Tocina con huir de la gente; y con aquel refrigerio llegamos hasta Córdoba, primer punto en que habría hoteles donde encerrarse, libre de miradas curiosas y de risas zumbonas.

Pero... ¿quién se apeaba, Virgen Santísima, en aquella estación, maciza de criaturas, pues había habido toros en Sevilla la tarde antes, había trabajado en ellos "Lagartijo", y venía en el tren, por donde todos los partidarios del Califa lo estaban aguardando para recibirlo en palmas y llevarlo en triunfo?

—¡Aquí! — dijo Alejandro con voz imperiosa.

Bajó, me dió la mano, salté de un brinco, oí mil atrocidades, que me pusieron colorada como una guinda y que al pagzuato de mi marido hacían reír como un bienaventurado, con lo que yo me volaba más todavía, y entre codazos y pisotones y en medio de la extrañeza de todos los nacidos y de la agria rechifla de todos los por nacer, asaltamos un coche de punto que nos llevó a la fonda, gracias a Dios.

—¡Gracias a Dios he dicho?... Todavía no. ¡Todavía me quedaba que pasar la curiosidad burlona de los demás huéspedes, y hasta el guño de charrán redomado del camarero que nos precedía, a los demás compinches con quienes se confrontaba camino de nuestra habitación, y el ludibrio de todo bicho viviente!... Pues yo no sé, hija mía, lo que tienen los novios, que han de servir de pitorreo hasta a las estatuas lloronas de los sepulcros.

—¡Salir yo de mi habitación ni con una garrocha mientras estuviera de novia en blanco? Gracias a que al día siguiente, avisados mis padres por telégrafo de nuestro punto de parada, me mandaron, con un criado antiguo y una doncella, un "mundo" con vestidos de viaje, de paseo, de visitas... ¡Una hopa de ajusticiado me hubiera puesto yo con tal de despojarme de aquel cilicio!...

—¿Comprendes ahora todo mi horror a los vestidos de novia blancos? ¡Con decirte que al cabo de los años mil cada vez que me acuerdo me da vergüenza!...

(Continúa en la pág. 32)

(Continuación de la página 31)

EL TRAJE BLANCO

En la mañana de ayer, ante el altar de nuestra celestial Patrona, la Santísima Virgen de las Angustias, han unido sus destinos para siempre el reputado "sportman" y opulento capitalista don Alfonso Fernández de Córdoba y Alburquerque,

Para embellecer los ojos

Las que estén decididas a pintarse los ojos, escuchen con atención mis desinteresados consejos; yo no les recomendaré ninguno de los muchos productos que recientemente ha creado la industria con ese objeto, me limitaré a encarecer que se empleen los mejores, usando de la siguiente manera:

Compres un lápiz marrón la que tenga las cejas rubias, o negro si estas lo son también, pero tan cortas o claras, queneesiten retoque. Con ayuda del lápiz, es muy fácil prolongarlas discretamente, lo bastante, para que los ojos parezcan mayores, y aumente su expresión. Naturalmente se ha de tener mucho cuidado para que no se vean las rayas, debiendo éstas empezar donde acaba la ceja.

Para los párpados, se comprará un ta-

rrito de sombra de buena calidad. Empleése por untar los párpados con colorén, enjugándolos después, pero siempre queda la piel algo grasienta y sobre



ella se esparce la menor cantidad de sombra que se pueda coger con el dedo índice, cuidando de extenderla hacia las pestañas, y las comisuras de los ojos. Repito que la sombra ha de ser muy leve, y se ha de eliminar toda la que sobresalga de la mitad inferior del párpado.

Los ojos azules son más fáciles de pintar; para ellos se empleará cosmético azul; verde para los de ese color, grises, o melados. Para estos últimos hay una sombra especial gris azulado, que también suele convenir a los ojos grises. Cada una ha de probar el color que más le convenga. La parte sombreada se empolvará como el resto del rostro, esto suaviza las sombras y las hace parecer más naturales.

Es innegable que este sombreado hace resaltar mucho los ojos, aumentando su brillo y profundidad. En cuanto a las pestañas, pueden pintarse con un colorén negro.

con la encantadora señorita Lulú de Ulloa y Alvarez de Toledo.

La novia, que reforzaba los naturales prodigiosos encantos de su soberana hermosura con espléndido traje blanco, de hechura Princesa, regalo del novio...

Y no leímos más. ¡Que siempre han de triunfar las hijas sobre las madres! Y es que en las luchas de voluntades siempre es el triunfo del que quiere menos.

Juan F. Muñoz y Pabón

(Continuación de la página 9)

EL PRINCIPE QUE MURIO DE AMOR

Fué entonces — dicen los cronistas — que pronunciaron los «capellos amarillos» de Palacio el diagnóstico de «habética pasión» o «pasión diabética» (diabetes, como diríamos hoy), manteniéndose rigurosamente el apartamiento de la princesa, considerada la gran culpable de la dolencia del marido. En la noche de Navidad, el príncipe asistió aún, pálido y triste a la representación de un acto en la sala grande del palacio. Su sed era cada vez más intensa y afligente; pero por orden expresa de los médicos, no se le dejaba al enfermo beber agua. En la mañana del último día de diciembre, «habiendo aquella noche llovido mucho» (dice, textualmente, el cronista Andrada, contemporáneo de los hechos que describe) y quedando su Alteza solo en su cámara mientras se vestía el mozo del guardarropa que lo acompañaba de noche, se levantó de la cama, entró a un oratorio contiguo, que tenía ventanas para el lado del mar, con antepecho de piedra mármol antiguo y cavado por el tiempo, y sirviéndose de una toalla que ensopó en agua de la lluvia, llenó por cinco o seis veces un búcaro grande de plata y bebió, lo que le hizo tanto mal, que, sin volver a levantarse más de la cama, comenzó luego a dar señales de muerte. En efecto, dos días después — el día 2 de enero de 1554 — a las cuatro de la tarde, el príncipe moría. ¿De amor? Evidentemente, no. Su casamiento prematuro, a los quince años, con una princesa bella y joven como él, determinando un agotamiento nervioso y una fuerte sacudida de todo su organismo, le apresuró, quizás, el fin. Pero, en realidad, el príncipe fué víctima, no del amor de la gentil princesa Moro retratado, sino de esa terrible diabetes de los adolescentes, que hoy conocemos bien; que es una consecuencia de las acumulaciones hereditarias en las estirpes que se perpetúan por los cruzamientos consanguíneos; y que, de preferencia, ataca a las familias característicamente neurológicas, de que fué tipo la familia real portuguesa del siglo XVI. Es sabido que la diabetes infantil raras veces perdona. El accidente terminal habrá sido, o el coma acetónico, o una de esas pulmonías casi fulminantes de los diabéticos, determinada por el enfriamiento a que las memorias del tiempo aluden.

Adiós Vejez

Dirá usted si usa para teñir sus canas la AFAMADA

Tintura
Francois
Instantanea

M. R.

la que en algunos minutos devolverá a su cabello o bigote el color natural de la juventud, sea en negro, castaño obscuro, castaño o castaño claro.

De precio económico, en venta en todas las Boticas.

Autorización Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

¡No sufra!
Una cucharadita de la famosa
LECHE DE MAGNESIA
DE PHILLIPS
basta para aliviarlo de la indigestión,
la biliosidad y la acidez del estómago.
Recetada por los médicos
desde hace más de 50 años
Leche de Magnesia.—M. R.—A base de hidróxido de Magnesia.

TOME NOTA
toda
clase
de
trabajos
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Una visita al ex Kaiser

POR
CARLOS SHERRILL

Doorn es una pequeña pero simpática ciudad holandesa, muy distinta a Elba o a Santa Elena y se llega a ella en automóvil o en tranvía desde Utrecht situada a doce millas de distancia.

Hans Doorn, nombre que se ha dado a la actual residencia del ex-Emperador, se encuentra situada a corta distancia del centro de la aldea y se penetra a sus jardines a través de una imponente portada flanqueada por encinas centenarias.

Fui recibido por el Hofmarschall y un secretario y conducido por ellos a un saloncito adornado con pinturas antiguas y bibelots en vitrinas.

Recién empezaba a admirar los cuadros cuando abrióse la puerta del hall, entrando al aposento Guillermo II, de vestón gris. Me saludó con suma amabilidad, invitándome a sentarme junto a la mesa de centro, y frente a él.

Al contemplarle allí, en plena luz, y al escuchar su rápida y vivaz conversación, al observar sus ojos tan agudos y su barba gris cuidadosamente tenida, ágil de cuerpo y de expresión, parecía increíble que tuviese setenta y un años de edad. No aparenta más de sesenta. Nunca le había visto antes ni a distancia, y lo que ahora pude constatar de vigor físico, me sorprendió. No me extrañó por cierto su vigor mental. Desde el principio hasta el fin de nuestra conversación de dos horas y cuarto, nunca hubo una insinuación de cansancio. No hizo tampoco tentativa alguna para ocultar su brazo más pequeño, defecto de nacimiento. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Nuestra muy agradable e interesante conversación vióse interrumpida al abrirse la puerta y anunciarse el lunch. Naturalmente, me dará usted el placer de quedarse para el lunch», dijo el ex-Emperador, a lo que naturalmente accedí. Indicó el camino hasta el comedor en donde se encontraban ya reunidos los miembros de su séquito, apareciendo poco después la Princesa Herminia, su esposa, acompañada de dos de sus hijas, una de ellas una hermosa muchacha de diez y nueve años, y la otra, más joven, evidentemente una gran regalaria del ex-Emperador. «Esta es la patrona de la casa», dijo acariciando a la chica, quien se mantuvo un rato afirmada al costado de su silla durante el lunch.

Fui presentado formalmente a la Princesa, cuyas agradables maneras y perfecto conocimiento del inglés se combinaron para ganarse la estimación de un extraño de allíende los mares. Es éste el sitio para responder a los críticos que niegan su derecho al título de Emperatriz, fundándose en que nunca fue coronada. Se dan cuenta que tampoco lo fue el Kaiser.

Guillermo II ocupó su asiento al centro de la mesa mirando al jardín, con su esposa frente a él. Me sentó a su derecha, con su hijastra mayor, en seguida. A ratos hablaba conmigo, y a veces conversábamos a través de la mesa con la Emperatriz. Siempre se dirigía



Desde que se encuentra confinado en Holanda, el ex Kaiser, como ejercicio usa el hacha, partiendo árboles, de su propiedad.

los muros en cuyo interior estábamos. El café pareció estimular su facultad para las anécdotas, resultando varias, excelentes. Habló de Carnegie, exclamando un día en Kiel, de que le agradaría enganchar al Kaiser y a Roosevelt, al carro de la paz, y de que él había respondido, «con placer si se trata de un tándem, con Roosevelt adelante». «Sería una indiscreción de mi parte», le dije, «referir esta excelente anécdota»? «De ninguna manera», respondió, riéndose, «adelante, puede usted referirse a ellas».

Eran ya las dos y media cuando el Kaiser y la Kaiserina se retiraron y su último acto fue el de obsequiarme su retrato en colores con una dedicatoria y un libro de Howak «Dritte Deutsche Kaiserreich».

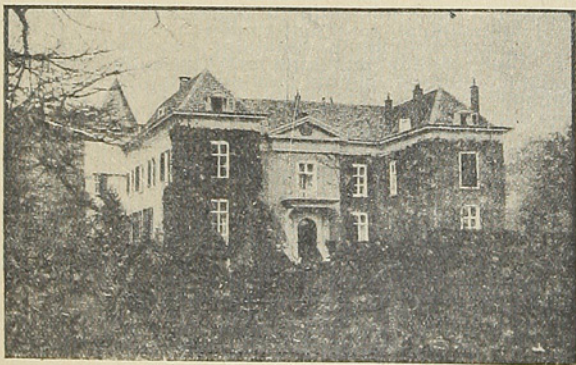
Me había dado cuenta, por cierto que esta visita a Doorn,

sería para mí memorable, pero nunca creí que me resultaría tan extremadamente agradable. Mucho había aprendido y de gran valor para habilitarme con el material necesario para poder comparar a Bismarck con Mussolini, y también mucho referente a diversos aspectos del reinado del último de los Hohenzollern.

PENSAMIENTO

Para apreciar el enorme amor propio de las mujeres, causa única de todos los transtornos pasionales, basta mentirles su belleza y ver con qué satisfacción se aborean.

CHAFORT.



La casa de campo de Doorn, en Holanda, residencia del último de los Hohenzollern.

Momento de angustia y de Inspiración

Poco a poco, por temor a que se despertara, la madre depositó al niño en la cuna y permaneció allí un momento contemplando con ojos resplandecientes de amor aquella carita de ángel; más angelical ahora, al aparecer sumida en la dulzura del candoroso sueño.

Después salió de la casa de puntillas.

Aun no tenía el pequeño más que unos meses y ya era el rey de la casa. Representaba el glorioso fruto del matrimonio que se había realizado cuando el ingeniero Roberto Mearkle fué designado director de las obras de instalación de una nueva línea de ferrocarril en el territorio indio de Delhi.

Una vez casados, Roberto y Marta Warburg partieron para la India, de modo que el viaje profesional fué al mismo tiempo viaje de novios. Año y medio había transcurrido cuando el pintoresco bungalow, cercano a la nueva estación de ferrocarril y protegido por la sombra perfumada de una fantástica vegetación, que el feliz matrimonio habitaba, fué escenario de un acontecimiento que Marta y Roberto no olvidarían jamás: el nacimiento del pequeño Joe.

Era el mediodía de una jornada asfixiante, y la cuna de mimbre del niño había sido colocada por la madre cerca de la puerta de la terraza, donde había sombra y una ligera brisa que hacía tolerable el ardor tropical.

La estancia permaneció en silencio y solitaria unos instantes. Sólo la ligera respiración del niño se percibía, mezclada con el tenue zumbido de los insectos, que llegaba a través de las puertas y ventanas, todas abiertas de par en par.

Unos cinco minutos habían transcurrido, cuando la madre volvió. Su mirada se dirigió inmediatamente, con un movimiento instintivo, hacia la cuna donde reposaba el hijito de su corazón, y entonces sintió algo así como si la sangre se le hubiera helado en las venas, como si hubiera cesado en ella toda palpación de vida, como si la carne de su cuerpo se hubiera convertido en mármol. No pudo hacer un movimiento, lanzar un grito; ni siquiera pudo pensar, pues parecía como si su mente hubiera caído de súbito en un abismo de tinieblas y locura.

Allí junto a la cuna de su hijo, se erguía sobre sus elásticos anillos una cobra, la serpiente que los indios llaman «naja» y cuya terrible mordedura ocasiona en la India tantas muertes como horas tiene el año.



El temible reptil había penetrado sin duda por la puerta de la terraza, huyendo de algún animal que debió sorprenderle en su escondrijo, ya que la cobra sólo se aventura a afrontar los peligros de la selva durante el crepúsculo.

La pobre madre, merced a un esfuerzo sobrehumano y sintiendo instintivamente que era preciso hacer algo para salvar a su hijo, recobró las perdidas fuerzas y la valentía de pensar. Y he aquí que el primer pensamiento que acudió a su mente fué esta duda atroz: ¿Había mordido ya la serpiente al niño? Pero el niño seguía durmiendo apaciblemente en la cuna. De haber recibido la mortal mordedura el dolor le habría despertado. No, no se había consumado aún la horrosa desgracia. Todavía podría salvarlo. Pero ¿cómo? Cualquier movimiento podía exponer al reptil e impulsarlo a hacer lo que aun no había hecho. Era preciso, pues, encontrar una estrategia para alejarlo de la cuna sin despertar su furia salvaje. Y su amor maternal le inspiró ese ardid que su acalorada mente buscaba.

Sabiendo que a las serpientes les gusta la leche, la señora de Mearkle se acercó poco a poco a la mesa donde estaba el biberón de su hijo, llenó de leche un cenicero que allí había y, con toda clase de precauciones, lo colocó en el suelo a la vista de la cobra y cerca de una vitrina que contenía ídolos y otros objetos arqueológicos hindúes.

Al mismo tiempo que la madre se iba retirando, la cobra, atraída por la leche, fué acercándose al cenicero y, cuando ya su cabeza estaba en contacto con la preciosa golosina, la señora de Mearkle empujó el armario de cristal y lo volcó sobre el cuerpo de la serpiente, que quedó allí prisionera, aplastada y debatiéndose en su inútil lucha con la muerte.

Inmediatamente, la madre cogió en brazos al niño que acababa de despertar y salió corriendo de la casa.

Cuando, momentos después, regresó de la estación acompañada de su marido y del criado, la cobra estaba ya muerta.

ALONSO LOPEZ RIZO

¿S A B E U S T E D...

Cuál es el método más eficaz para producir la respiración artificial?

El más eficaz, y también el más moderno, es el sistema de Schafer, que se practica acostando al enfermo boca abajo. La persona que ha de realizar la cura se sienta a horcajadas sobre la espalda de la víctima y verifica los dos movimientos siguientes:

1.º Sirve para provocar el movimiento expelente de la respiración. El salvador

apoya las manos sobre la espalda de la víctima, hacia los lados y muy abiertas de modo que los pulgares se toquen en el centro de la espalda, y va haciendo presión progresivamente.

2.º Sirve para producir la aspiración y consiste en ir disminuyendo la presión hasta que las manos sólo rozan la espalda del enfermo.

Estos movimientos se repiten a razón de quince por minuto y se continúan hasta que el enfermo vuelve en sí. A veces se necesitan horas enteras para lograrlo. De modo que hay que tener paciencia.

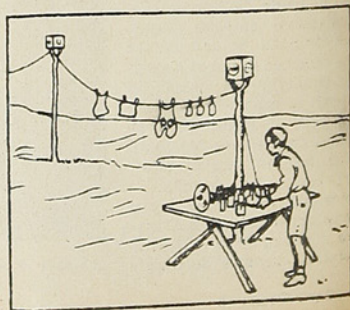
¿En qué condiciones se transmitió el primer parte por telegrafía sin hilos?

Naturalmente el primer parte lo transmitió Marconi, que es el inventor de este maravilloso sistema de comunicación a distancia.

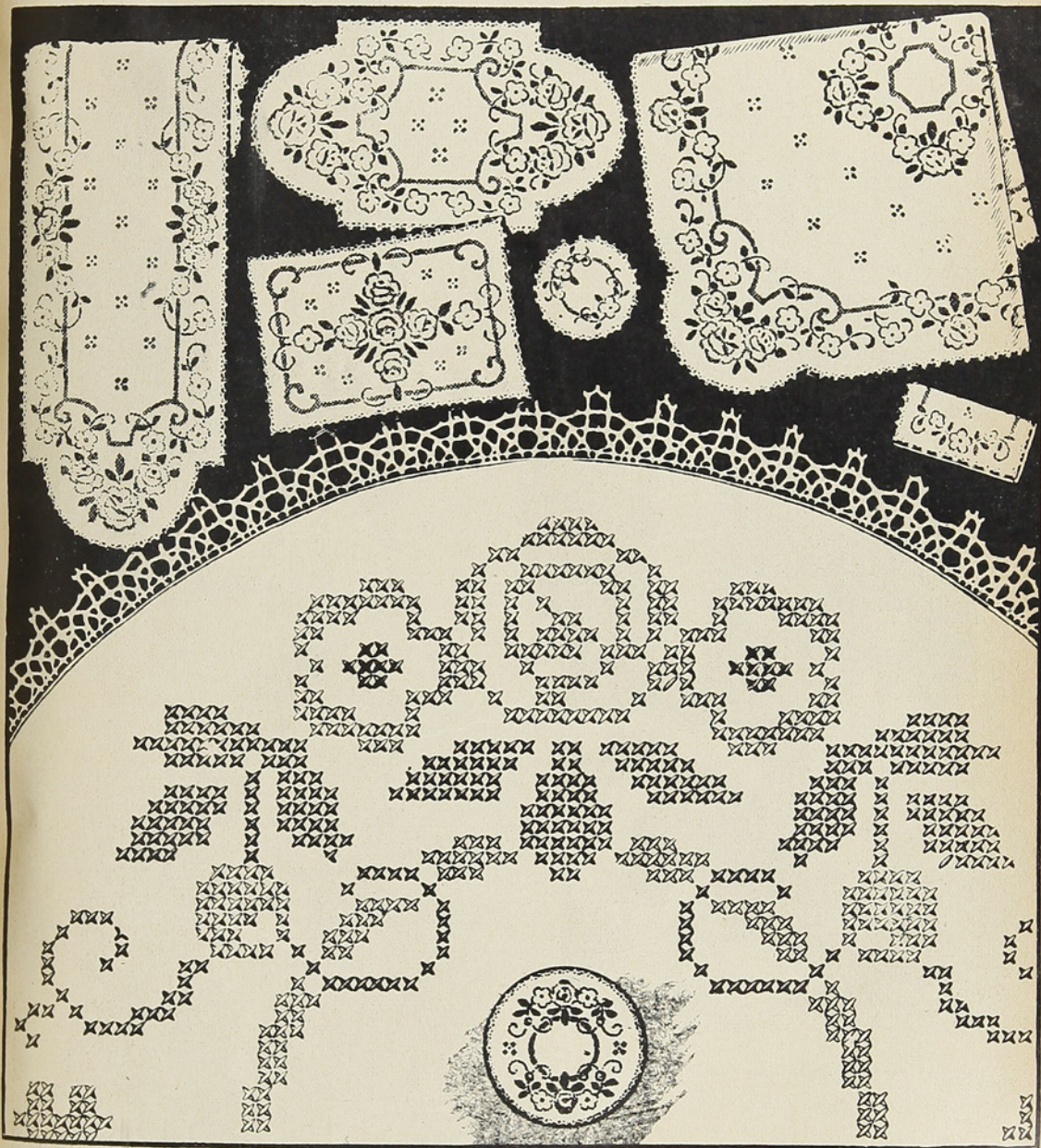
Cuando Marconi tenía catorce años vivía con su padre en una granja cerca de Bolonia, y después de haber visto realizar ciertos experimentos a un charlatán de feria construyó el primer aparato de telegrafía sin hilos. Consistía éste en un par de pértigas del tenderero de ropa, sobre las cuales colocó dos cajas de galletas vacías y de una a otra transmitió el primer marconigramas.

El aparato generador estaba hecho con una vieja y rudimentaria máquina de disco de cristal y una botella vieja comprada a un trapero. El transmisor y el receptor consistían también en frascos gastados.

El padre del precoz inventor debió de ver algo bueno en los experimentos de su hijo, puesto que le dió dinero para que los continuara. Y como consecuencia, en el año 1895 ya había establecido Marconi el primer servicio regular de telegrafía sin hilos entre la aldea de Griffone y la casa de un amigo que se hallaba a cinco kilómetros de distancia.



Rosas Bordadas a Punto de Cruz



La facilidad de ejecución del bordado a punto de cruz es una de las razones de su gran aceptación. El efecto artístico se obtiene con la combinación de colores y por la disposición de los dibujos, cuyas graciosas curvas hacen resaltar los lindos motivos florales. La aplicación que este bordado tiene a un sinnúmero de labores contribuye

tanto como la sencillez del trabajo a la boga de que goza. Ahora bien, los motivos no pueden ser los mismos hoy día que los de años pretéritos, pues han de responder más que aquéllos al gusto de nuestra época, e inspirándonos en este criterio hemos elegido la linda combinación de rosas, hojas y volutas que damos en la presente página.

Las Últimas Novedades en Sombreros



Toca de terciopelo «opaline» enteramente drapé sobre la cabeza.

Boina en bordado «Samuel», guarnecida con un motivo de flores pequeñas. Lo luce Mme. de Benkó, artista muy conocida.



Mme. Yolande Marcelli luce esta boina «Impératrice» en fieltro marrón. (Creación Marcelle Roze.)

Norma Talmadge opina sobre el matrimonio

**DOS PREGUNTAS
CONTESTADAS
POR LA ESTRELLA
A UN PERIODISTA.**

En su opinión, ¿cuál es la causa del creciente número de divorcios?

La causa del aumento del número de divorcios en nuestro país es debida, en mi opinión, a sinnúmero de cosas, pero principalmente en que ni los hombres ni las mujeres se preocupan de lo que proporciona a nuestra vida diaria un poco de romanticismo. Hay una gran tendencia a describirlo todo con palabras, analizando cada situación, evitando todo momento romántico por considerarlos un poco ridículos. ¿Hay algo que pueda matar al amor más rápidamente que esto? El matrimonio es como una buena película, con sus encuentros, el conflicto de los afectos, la separación, reconciliación y el final desvanecido en un “Close up”. Un matrimonio dichoso, lo mismo que una película triunfante, necesita una buena dirección.



tado continuamente bajo el proceso de la reorganización. Casi desde el primer matrimonio la mujer ha defendido sus derechos, en una forma o en otra, hasta que la ley, la ha hecho un ser independiente igual en todo al hombre. Parece absurdo pensar en la mujer en alguna otra forma. Recuerdo una observación que madame Curie hizo cuando vino a América. Preguntada a quien consideraba más fuerte, si al hombre o la mujer, contestó: “Esto no es nunca una cuestión de sexo, sino una cuestión de carácter”.

En el matrimonio, uno debe ser el más fuerte, y debe dirigir, lo mismo que sucede en todas las relaciones comerciales. Nunca he creído que una mujer que aprenda a vivir ha de ser menos romántica, al contrario, creo que ha de ser más romántica porque hay menos hipocresía, ningún deseo de ser secundada en cuanto ella decide sobre el matrimonio. Toda esta cuestión es muy difícil de contestar, es algo más

¿Opina usted que el matrimonio como una institución necesita una reorganización?

serio que jugar al bridge, y debe ser juzgada sabia e intensamente y sin engaño.

“El matrimonio considerado como institución, ha es-

La Joya única

Cruzando el desierto un viajero inglés vió a un árabe muy pensativo sentado el pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos, pesadamente cargados, por lo que el viajero comprendió que se trataba de un mercader de objetos de valor, que iba a vender sus joyas, perfumes y tapices a alguna ciudad vecina.

Como hacía mucho tiempo que no conversaba con nadie, se aproximó al pensativo mercader y le dijo:

—Buen amigo, ¡Salud! Perecéis muy preocupado. ¿Puedo acaso ayudaros en algo?

—¡Ay!—respondió el árabe con tris-

teza.—Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¡Bah!—replicó el otro.—La pérdida de una joya no puede ser gran cosa para vos que lleváis tesoros sobre vuestros caballos y os será muy fácil reponerla.

—¡Reponerla! ¡Reponerla! —exclamó el árabe.—Bien se ve que no conocéis el valor de mi pérdida.

—¿Qué joya era?—preguntó el viajero.

—Era una joya—le respondió el interlocutor—como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la vida y había sido he-

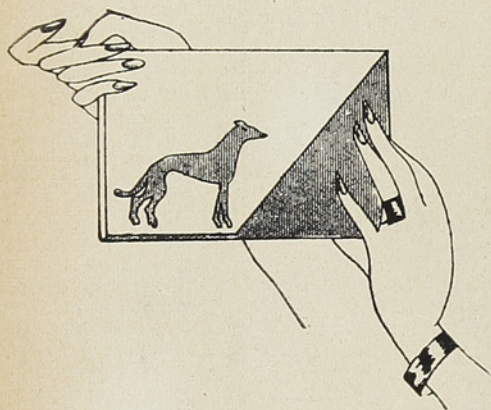
cha en el taller del Tiempo. Adornabanla veinticuatro brillantes alrededor de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños. Ya veis como tengo razón al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

—A fe mía—dijo el inglés—vuestra joya debería ser preciosa. Pero puede hacerse otra análoga.

—La joya perdida—respondió el árabe, volviendo a quedar pensativo—era un día. Y un día que se pierde no vuelve a encontrarse jamás.

RABINDRANATH TAGORE.

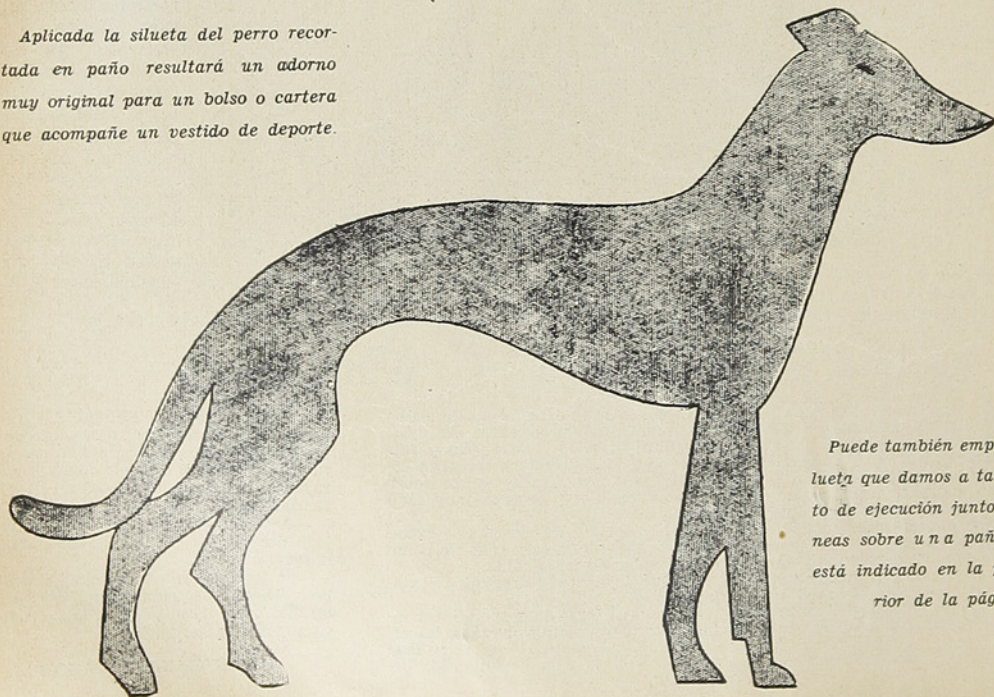
Un Bordado de Moda para hacer en Paño



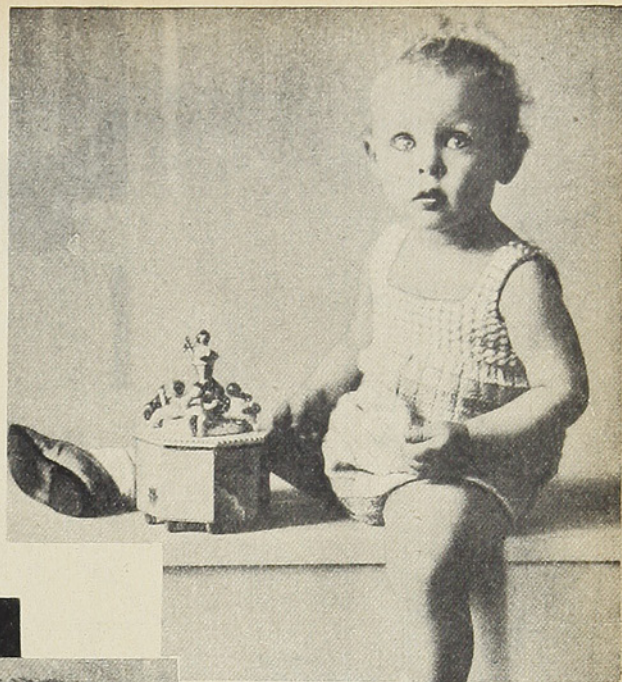
Aplicada la silueta del perro recortada en paño resultará un adorno muy original para un bolso o cartera que acompañe un vestido de deporte.



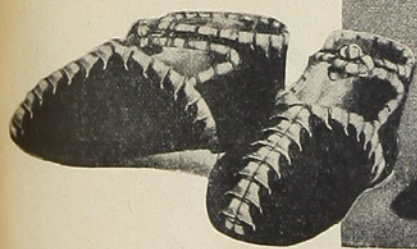
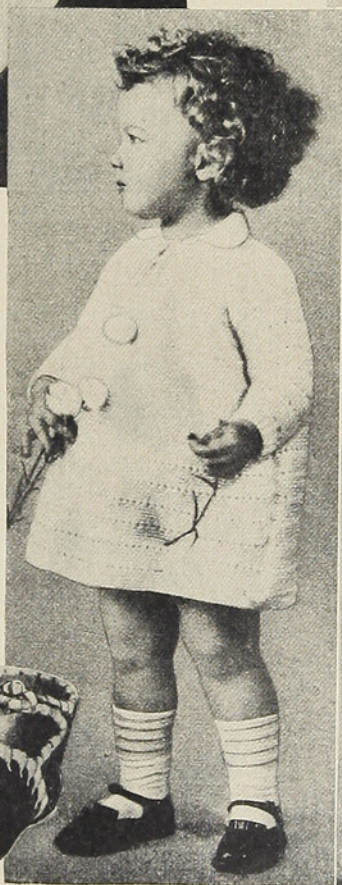
Para adornar nuestras prendas resulta muy encantador y de buen gusto, a la par que de gran moda, aplicar sobre ellas siluetas recortadas en paño y pensando en ello he dibujado en esta página, para las amables lectoras, la silueta de un perro y dos aplicaciones de ella.



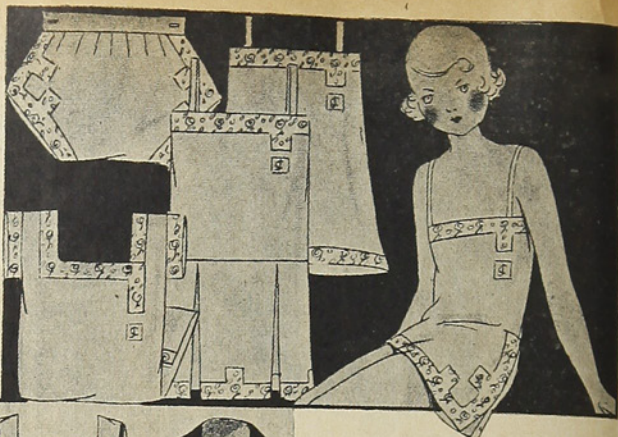
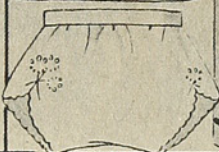
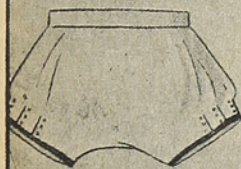
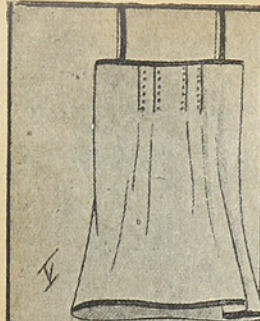
Puede también emplearse la silueta que damos a tamaño exacto de ejecución junto a estas líneas sobre una pañoleta como está indicado en la parte superior de la página.



*Lindos
Modelos
de Tejidos
para Niños*



Ropa Interior



1.— Un bello adorno consiste la combinación, calzón, camisa de día, camisa de noche, calzón y combinación en batista lisa, adornados de sesgos y floreados.

2.— Bata de levantarse en género grueso rayado, cuello y puños lisos.

3.— Pijama en género lavable, sesgos de toille de seda en color.

4.— Camisón y calzón en batista fileteados, adornados de ramitos bordados.

5.— Camisa y calzón en batista, sesgos de colores adornados de pequeñas alforzas que le dan más amplitud.

6.— Camisa para niño, en toille de seda verde, borde fileteado en el mismo tono.

7.— Camisa y calzoncillo en zéffro azul pálido.

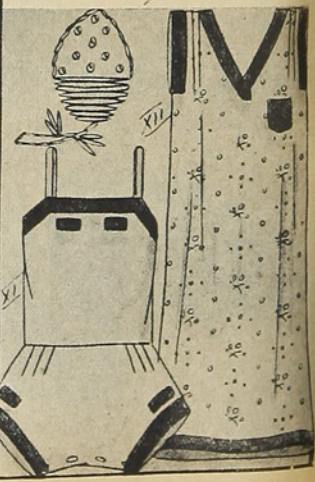
8.— Bata de levantarse en Vichy, cuadrado rosa y azul, botones de nácar, cuello y puños rosa.

9.— Camisa para niño en batista blanca.

10.— Combinación enagua para niña, en batista adornada de encaje, la amplitud es dada por dos pliegues.

11.— Combinación calzón en batista de dos tonos.

12.— Camisa de noche, toille de seda liso y floreado.





HA PASADO MEDIO SIGLO

Por si alguien no se ha dado cuenta de lo que ha cambiado la mujer en los últimos cincuenta años, estas dos encantadoras artistas de la Metro, nos presentan la transformación con una deliciosa mezcla de gracia y realismo. Ni qué decir que la gracia está en Leila Hyams, que es la de la izquierda, y el realismo en las "inferioridades" coquetamente cruzadas de Dorotea Sebastián, que es la de la derecha.

El tocador tiene una relación tan estrecha con la mujer, que es casi un símbolo de ella. Cualquiera de ustedes, caballeros lectores, conocería a una mujer con sólo conocer su tocador. ¿Verdad? Lo que sucede es que lo último que suele conocer un hombre, de una mujer, es el tocador.

El talento de estas dos jóvenes artistas ha sabido captar ese detalle y, al proponerse representar a dos mujeres separadas por el último y revolucionario medio siglo, no se han contentado con vestir cada una el traje de su época, sino que se han sentado an-

te el tocador correspondiente. No queremos preguntar a los lectores por qué parte de la "foto" votarian. En el lado derecho hay elementos que atentan contra la imparcialidad masculina. Por eso nos limitamos a pedir el parecer de las lectoras. Pero tampoco. ¿Para qué, si adivinamos la respuesta? A la izquierda un quinqué de llama amarilla y mal oliente, a la derecha, una primorosa lamparilla eléctrica. La elección no es dudosa. A la izquierda un vestido bajo el cual se presiente el refajo; a la derecha un vestido fino, gracioso y leve, bajo el cual queda demostrado que no hay nada de punto inglés ni de bayeta.

Tampoco dudaréis en la elección.

A la izquierda una borla y una caja de polvos por todo elemento de belleza; a la derecha, varios cajoncillos donde se encierran los secretos de la belleza y de la juventud.

Elegida la derecha por unanimidad.



El Quickstep como el Slowfox, son variantes del propio One Step, que se reproduce con pasos análogos en todos los bailes de hoy. En todo caso, en los bailes nuevos hay escasas novedades, que hagan olvidar los antiguos bailes.



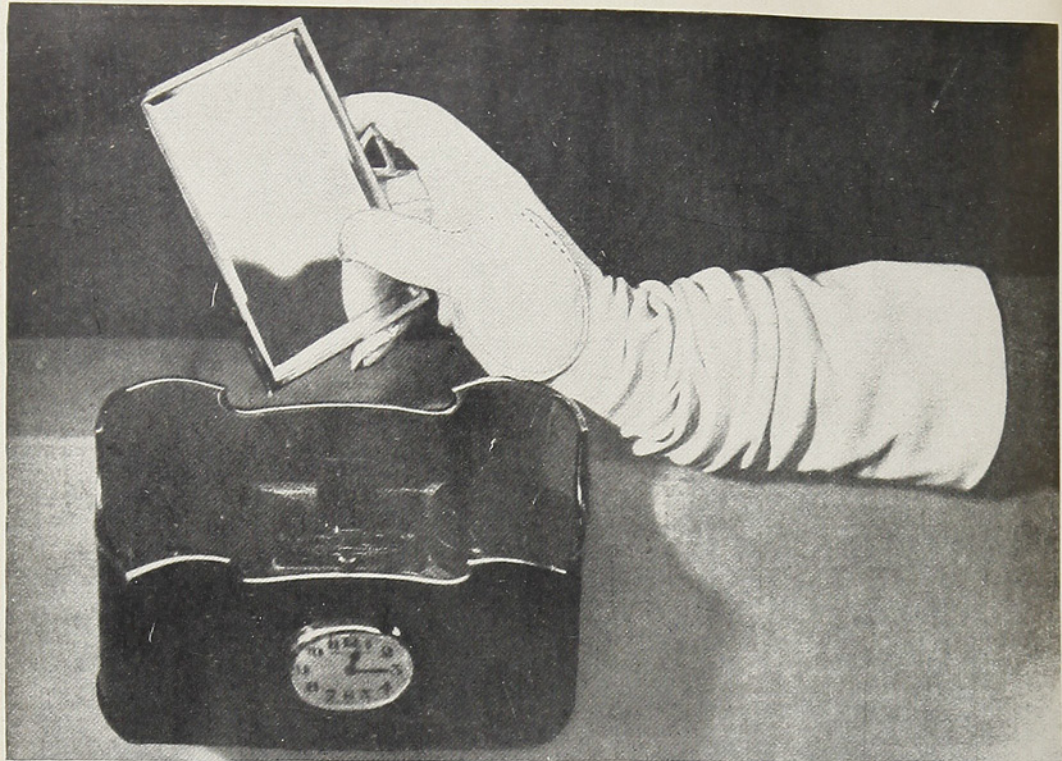
En un salón, estas parejas que danzan un vals actual, recuerdan buenos tiempos de antaño, cuando los vestidos Imperio hacían la gloria del siglo XVIII.



Comienza a hacer furor en Europa, el Quickstep, algunas de cuyas figuras pueden verse en este grabado, que se comparten con las del tango.

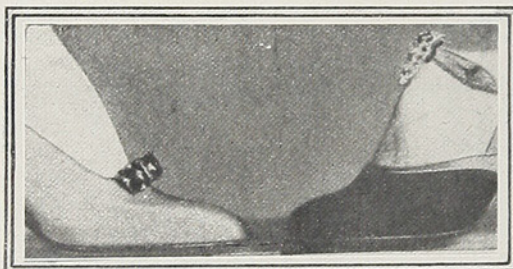


Suavemente, la mano del caballero se apoya en la espalda de su compañera, mientras la izquierda toma con fuerza la mano de su pareja.

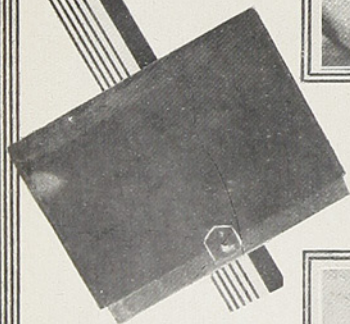


Guante de tarde hecho de antilope lavable cosido a mano; obsérvese que es muy largo, según quiere la moda. En la misma fotografía, neceser para el auto, en el que va todo lo necesario para retocar vuestra belleza.

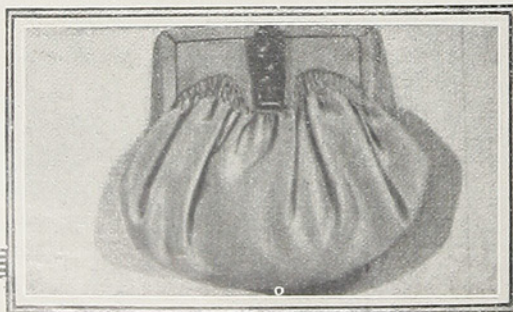
Los detalles de la toilette



Los zapatos de crespón de China, actualmente son los únicos que se admiten para la noche. Junto a estas líneas se ven las puntas de dos zapatos de dicho material, uno de color beige y otro negro, adornado con incrustaciones y cabritilla dorada. Debajo, bolso de noche para acompañar el zapato de la izquierda.



Los bolsos este año son muy sobrios de línea y de adorno; los de mañana se hacen de cocodrilo, charol o bozal. El que está sobre estas líneas es de charol y no lleva asa, según recomienda la moda actual; el cierre es de metal dorado.



Los bolsos de tarde se hacen rigurosamente en negro y de antilope o borozo, que es una especie de tiburón, este cuero está muy de moda actualmente. Sobre estas líneas, cartera hecha con este cuero, ribeteado de antilope.

Los bellos modelos

5.— JANE REGNY. Encantador ensemble en crepe de Chine grueso cuadrillado azul marino y blanco, se compone de una falda y una casaca corta, cinturón de cuero azul y cuello blanco, paletó tres cuartos rayado de bandas blancas. 6.— BERNARD Y CIA. Tailleur en raykaska beige. La chaqueta, ligeramente ajustada al talle, está adornada de cortes respuntados, la blusa es en crepe de Chine rosa claro. 7.— FRANCIS. De forma clásica, el tailleur es en género breitschwanz negro. La falda en forma godet sobre una blusa en crepe mongol amarillo Zorro aparte. 8.— PAQUIN. Tailleur en raykasha gris, ricamente adornado de astrakán negro dispuesto en forma muy original. Un aruno de tablonos a un lado le dan la amplitud a la falda.



Los Trajes de Hoy



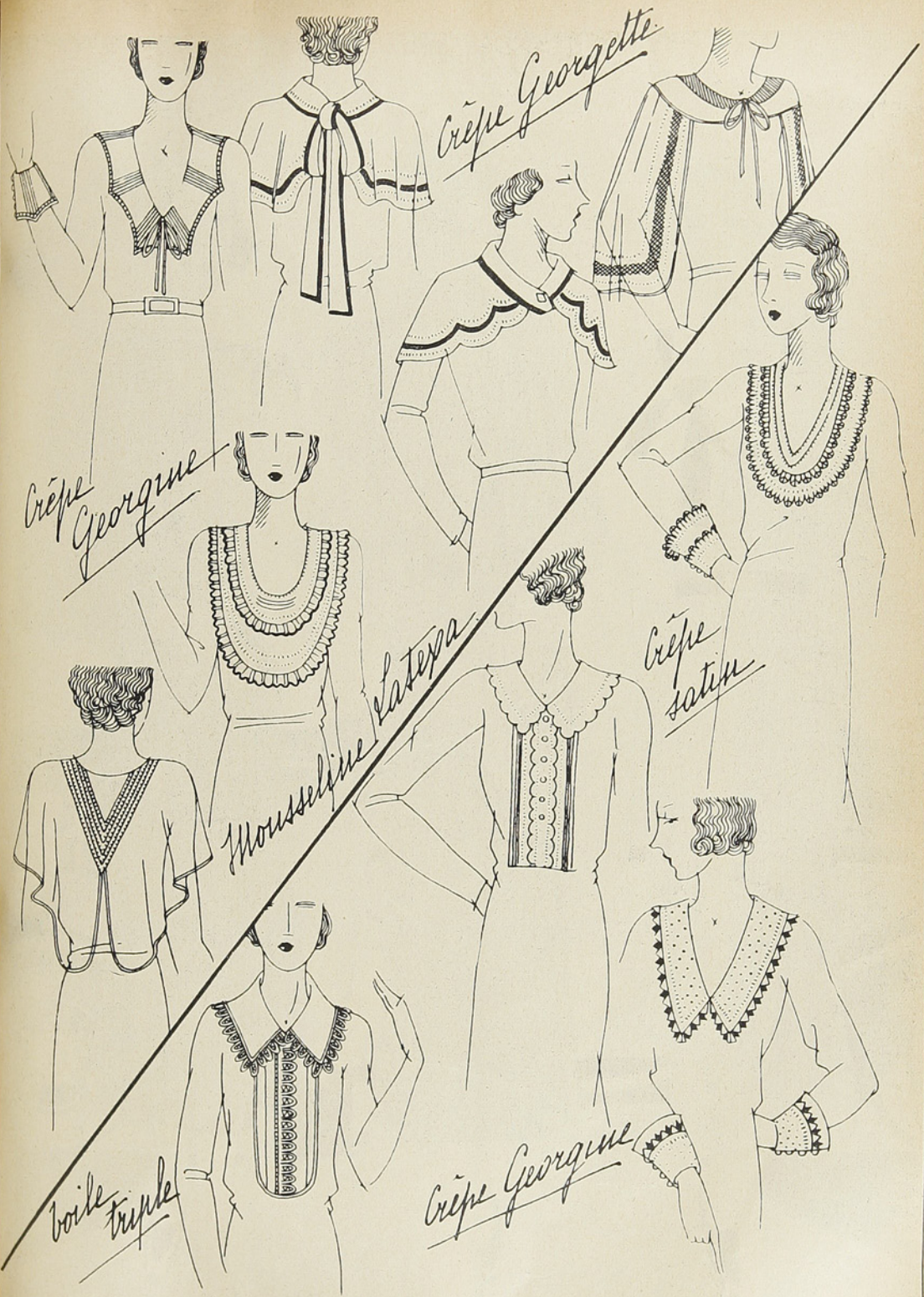
Traje de tarde en crepe-satín, empleando el lado opaco y brillante. Trabajo de cortes incrustados en forma de pechera y canesú en la cintura. Falda corte godet. Creación Cheruit



Traje de tarde en crepe Georgette «Ida». El corpiño es adornado de un canesú de tul incrustado en forma de picos bordados; las mangas son hechas de dos piezas: una en tul, incrustada en la misma forma del canesú, la otra en crepe Georgette. Trabajo de alforzas y un paño que cae adelante de la falda. Creación Martial y Armand.

Traje de tarde en reps de seda. Trabajo de alforzas en forma de un sol. Efecto de capa en la espalda del corpiño. Banda plisada en el medio de la falda. Creación Worth.

Traje de tarde en crepe Georgette. La falda tiene un corte formando un paño irregular. Un encaje bretón ocre, es incrustado en forma de canesú. Las mangas son enteramente de encaje. Creación Worth.



Crêpe Georgette

Crêpe Georgine

Mousseline Latexa

Crêpe satin

toile triple

Crêpe Georgine



Tres pequeños Modelos



Traje de tarde en «tulle jersey de seda» sobre fondo satiné. Creación Lenief S. A.

Traje de tarde en crepe de seda. Adorno de piel. Creación Maggy Rouff.

Traje de tarde en género de fantasía y crepe «Banjos». Creación Ardanse.

Para las noches en el casino



1.— HENRI PARIS. Traje de noche en crepe Georgette rosa, finamente bordado de perlas blancas y strass. La falda bastante larga en forma godet, es adornada de aplicaciones de raso en el mismo tono. Pequeño abrigo en chenille rosa. 2.— GORIN. Traje en crepe satin azul muy pálido. El corpiño es ligeramente recogido en los hombros; la gracia de la falda consiste en el drapeado de adelante. 3.— MARTIAL ET ARMAND. Muy elegante es

este traje en lama dorado, simplemente adornado de un vuelo en forma irregular. Una fantasía verde fada forma un drapeado en el corpiño, de un efecto muy encantador. 4.— JULIETTE COURTISIEN. Traje para comida en encaje lacre y crepe Georgette en el tono. El corpiño ligeramente drapeado, se abre adelante y en la espalda sobre un fondo de crepe Georgette rosa pálido.

ecran
M.R.



Nº 27

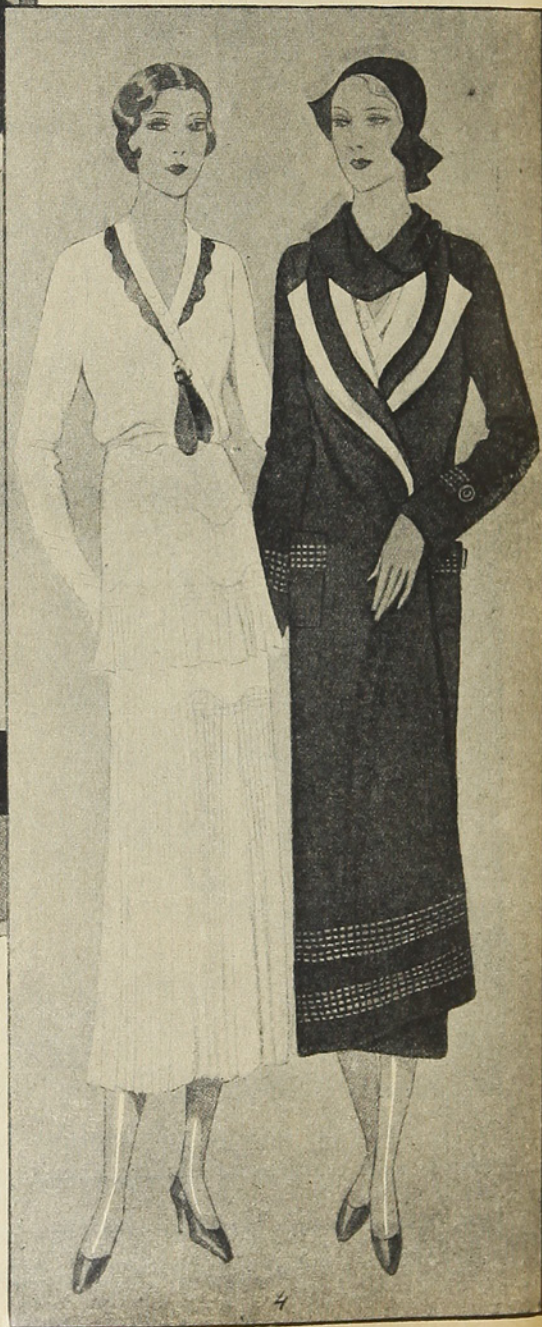
• PRIMER • ANIVERSARIO •

ES UNA REVISTA CHILENA, PERO SE HACE EN HOLLYWOOD

Los más famosos artistas de cine opinan sobre esta revista y declaran que es una de las mejores del mundo.

El número especial en celebración del primer aniversario será una maravilla.

“ECRAN” VALE SOLAMENTE UN PESO



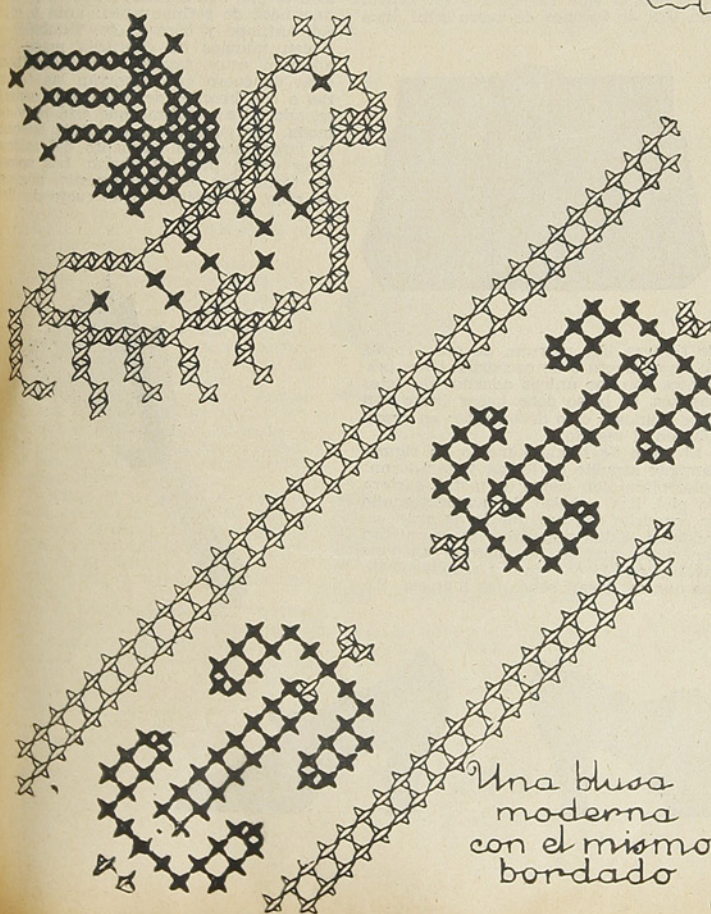
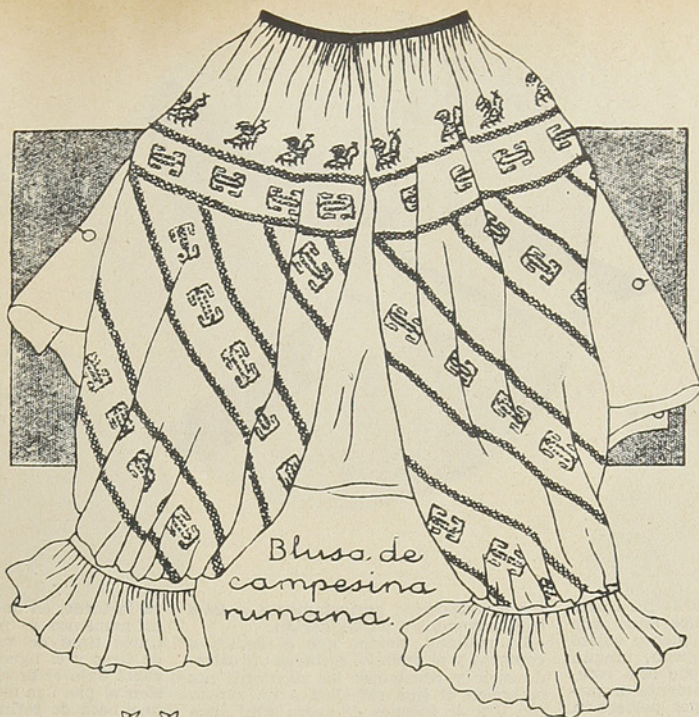
PARA LA TARDE

HEIM.— Este bonito ensemble negro y blanco, se compone de un chaleco sin mangas, de armiño, cerrado por cuatro botones, una blusa con mangas largas en crepe satin blanco, una falda en forma godet de terciopelo de lana negro, y por último una chaqueta tres cuarto del mismo terciopelo de lana, con adorno de armiño en las mangas y cuello.

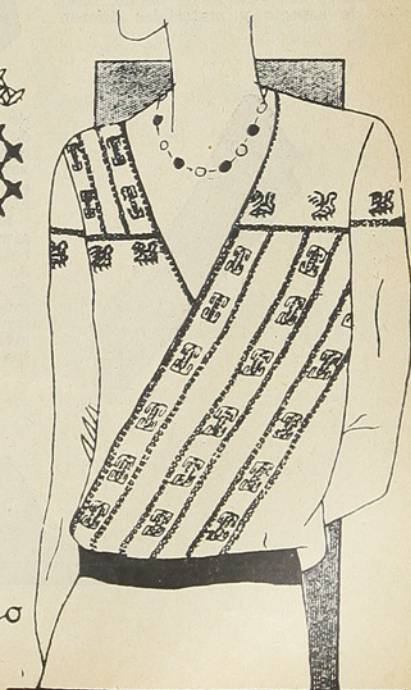
BENARD Y CIA.— Traje en crepella color marfil; falda adornada de dos vuelos finamente plisados, sujetos arriba por pespuntos. El escote está adornado de crepella tono café. El abrigo que lo acompaña es igualmente en crepella café y marfil, simplemente adornado de pespuntos.

Popular
bordado
rumano

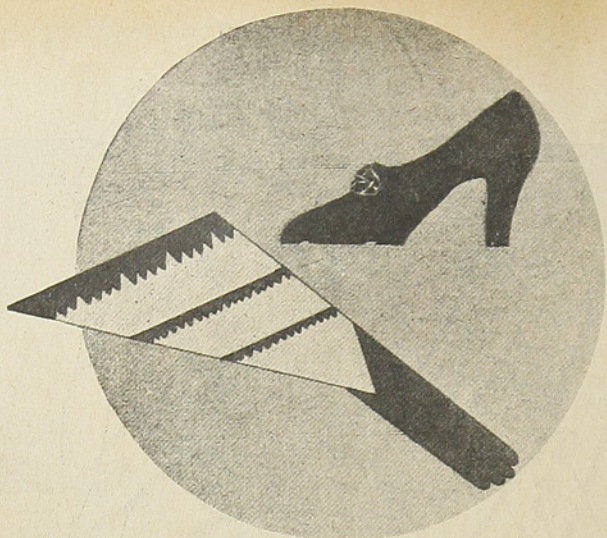
hecho
a punto
de cruz



Una blusa
moderna
con el mismo
bordado



Los Accesorios

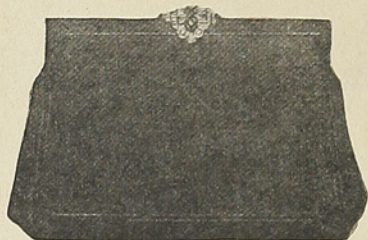


del Tocado

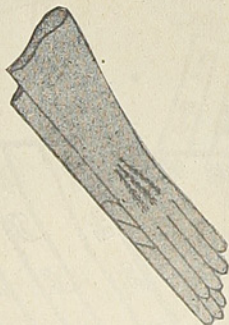
¿Habéis observado cómo se ha transformado desde hace algunos años todo lo referente al tocado? El menor objeto lleva la marca del buen gusto; ningún detalle se deja al azar, todo está estudiado, trabajado minuciosamente de modo que se obtenga la mayor perfección y no hablo solamente de los accesorios vendidos por las casas lujosas, sino también de aquellos por cuyo precio más abordable están más al alcance de todas las mujeres. Ante este progreso del trabajo consistente en escoger los accesorios en armonía con sus vestidos, resulta sumamente fácil. Todas saben que para estos objetos como para los vestidos existen tres categorías bien delimitadas y que no pueden sufrir entre ellas. Accesorios del vestido de mañana, del de tarde y del vestido de noche, todos ellos de aspecto y materiales diferen-

tes corresponden perfectamente a estos tres momentos o partes del día.

La mañana, tiempo que se dedica a compras y al trabajo, reclama un calzado serio y resistente; los zapateros nos proponen el tipo richelieu o un zapato con tira de tacones de cuero semi altos

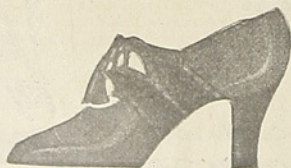
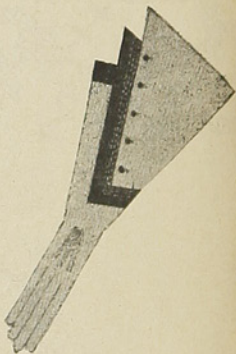


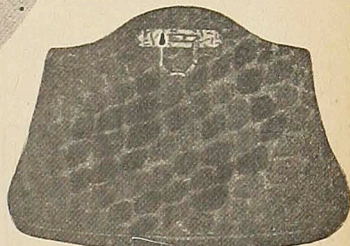
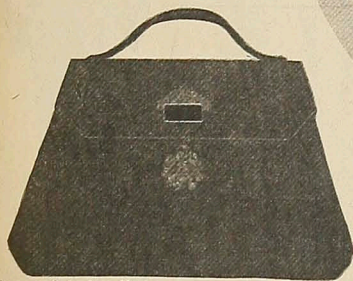
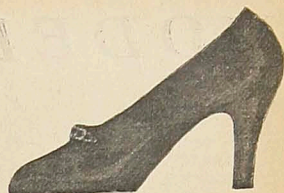
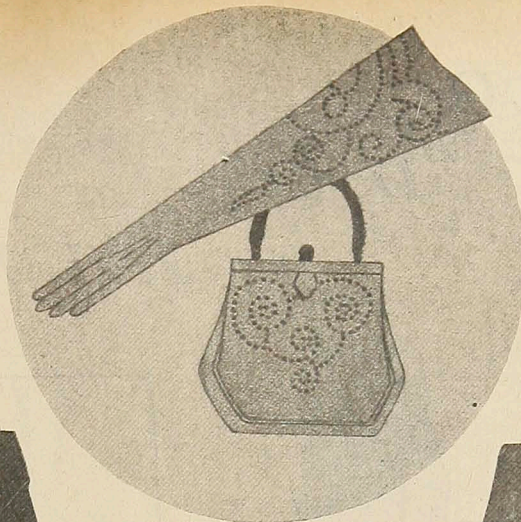
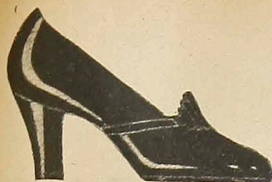
ra la tarde, en que toda fantasía y todo refinamiento se permite, se hacen distintos tipos de zapato: el escotado, el de tiras y el ligeramente alto que lleva goma bajo el broche para que se ajuste bien al pie. Las mezclas de cuero le dan una nota de refinamiento: ante y charol, antilope y borozo, etc. También se hacen muchos de cabritilla mate. Se adornan estos zapatos bien con finas tiras de cuero que subrayan las costuras o con broches de plata o de esmalte, adorno este último que está muy de moda. Los guantes de cabritilla bastante largos son generalmente del mismo color de la piel del abrigo. Los bolsos de tarde son invariablemente negros, de reno, de antilope o de cuero de Ru-



de ternera lisa marrón, de ante rojizo, de reptil negro o de cocodrilo. Unos pespuntos son los únicos adornos de estos zapatos. El bolso debe hacer juego con ellos y unos y otro deben estar en armonía con el vestido.

El bolso de tamaño medio, es rigurosamente sencillo de forma y de adorno: bolso plano con cierre de metal, cartera de piel, lisa o bolso de mayor tamaño de cocodrilo con asa que le da gran comodidad. Estos accesorios se completan con unos guantes de cuero o antilope lavable cosido a mano y amplias vueltas que se llevan sobre las mangas. Pa-





sia; casi todos llevan asa y una pequeña vuelta o solapa cerrada con un motivo de joyería.

Para la noche el crespón de China continúa encantando a los fabricantes y a las clientes; con él hacen zapatos que entonan muy bien con el vestido.

El zapato salón está en el primer plano y a él se le añade la nota brillante de un pequeño motivo de strass o de una piedra de colores a no ser que esté adornada con pequeñas incrustaciones de satén del mismo tono. Para acompañar los vestidos de gran lujo de noche

se hacen zapatos de lamé adornados con incrustaciones de cabritilla dorada o con un broche de strass. Los guantes deben dar una nota sobria y por lo general son muy largos, de cabritilla blanca, crema o negra y sin ningún adorno.

T e m a s m é d i c o s

En nuestro articulo de hoy vamos a tratar de un aspecto sumamente interesante: los baños.

Son muchas las personas que no pueden soportar lo que comúnmente se conoce con el nombre de hidroterapia, ya sea en baños frios de inmersión o duchas, y sin embargo, se encientan bien en baños un poco caliente. ¿Pero a qué temperatura se deben tomar?

También en esto hay gran diversidad de criterio. Mientras unos hablan de 30°, otros prefieren los de 35° y aun algunos llegan a decir que los de 38° son los que resultan más convenientes para el cuerpo por lo menos guiándose con su propia manera de sentir.

Cierto doctor francés, el doctor Delfou, recomienda, con todo acierto, que se deben tomar los baños a la temperatura que más convenga al sujeto, según el temperamento y el estado de su salud.

A pesar de la aparente peregrinada, conviene tener en cuenta que hay muchas personas que se dejan guiar siempre por la opinión de los demás y es a éstas a quien viene a referirse el médico francés.

No se trata más que de determinar el grado, que no tiene nada de constante, porque depende de muchos factores. Según el doctor Delfou se comienza por sumergir las piernas hasta las rodillas en el baño que se va a tomar. Si se siente una tibieza agradable, es que el agua está a la temperatura adecuada. Es necesario sumergirse en seguida y permanecer hasta que se encuentre uno "bien confortable", según su genuina expresión

francesa. Pero en cuanto el baño haya dado una impresión de enfriamiento conviene salir pronto. Sería necio suponer que ibase a entrar en calor haciendo llegar más agua caliente a la bañera. La sensación especificada es el sintoma de que el baño ha durado lo suficiente y que es necesario salir de inmediato.

Dr. Samot



**Ya los ves
van
alegres
y dichosos.**

No arrastran lastre consigo.

Y todo por haber hecho una cura con **HELMITOL**. Ahí tienes el resultado de emplear las **TABLETAS DE HELMITOL**. Ya sabes que, las vías urinarias son los órganos de nuestro cuerpo que ofrecen terreno más propicio para toda clase de gérmenes de enfermedades, además en los riñones y en la vejiga se forman cálculos y arenillas que son como las escorias en una fragua. Ese lastre que produce tantos dolores te lo puedes evitar gracias al **HELMITOL**, que impide su formación en las vías urinarias, y lo elimina debido a su acción desinfectante y purificante.

Tabletas de Helmitol

M. R.: a base de anhídrometilencitrato de hexametilentetramina.

BAYER

M.R.

MODELO

D E

K I M O N O

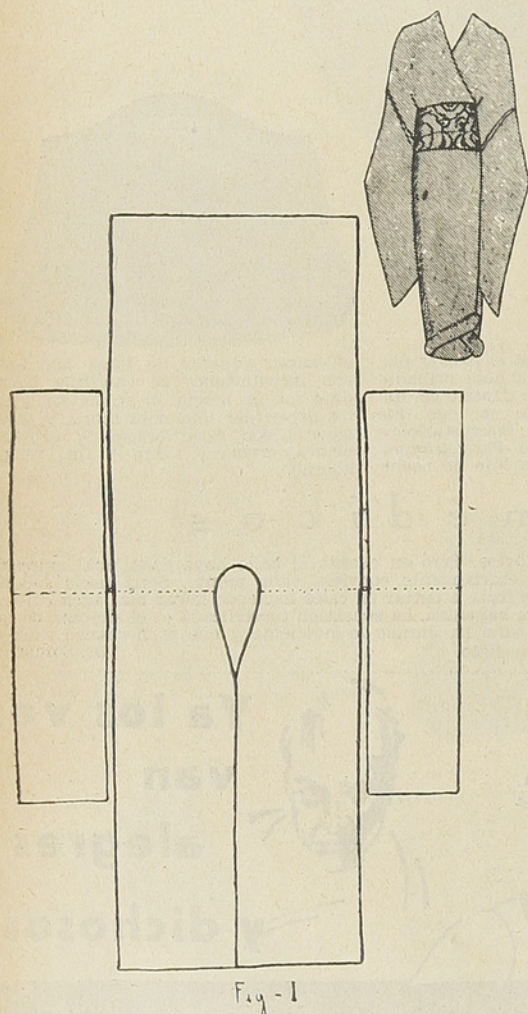


Fig. 1

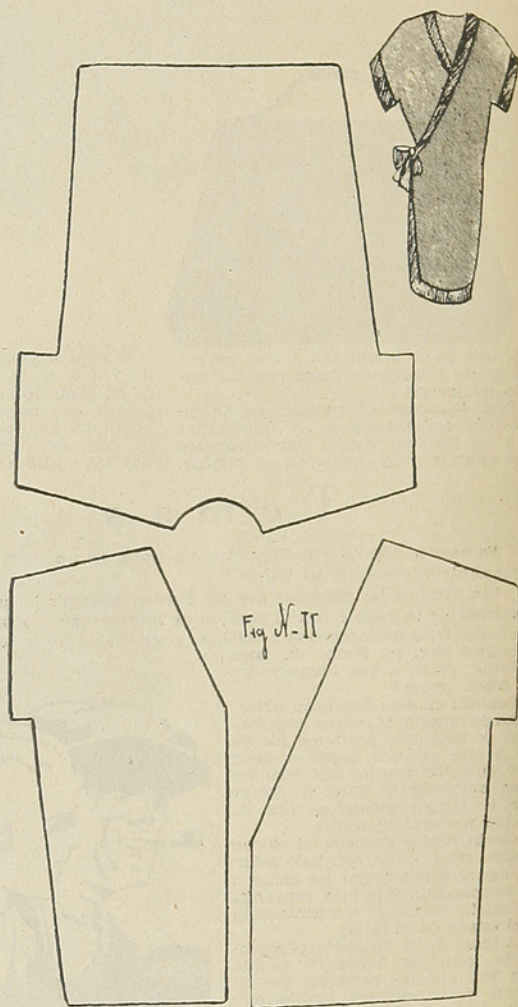


Fig. N-II

El kimono puede hacerlo en tela de cualquier clase y precio según sus posibilidades, desde el terciopelo chiffon, hasta la cretona pasando por las sedas y telas lavables. Para confeccionarlo tiene suficiente con la tela precisa para cubrir los dos largos del delantero y la espalda si lo desea con manga corta y con un poco más si se lo hace con la manga larga. Puede hacerlo si la tela tiene carácter o se trata de una seda lisa y cara de forma auténticamente japonesa cortándolo conforme al dibujo patrón número 1, que para su más fá-

cil comprensión le adjunto en esta misma página, o bien si más lo prefiere en forma más moderna y usual como en el dibujo número 2, que también va adjunto. En el primer caso las mangas amplísimas llevan la tela doble y van separadas del hombro que cae muy bajo sobre el brazo, sobre el codo y solamente están unidas al cuerpo por unas puntadas a modo de presillas en la mitad exactamente del hombro y coincidiendo con el doblez; en la cintura lleva una faja ancha de la misma tela o de una seda en

colores vivos que haga juego con ella, y que se anuda con una gran lazada a su capricho; el conjunto no puede ser más favorecedor. También puede, si quiere, ribetear el borde inferior con un jaretón relleno de guatina. El modelo número dos, mucho más sencillo, no lleva más que un ancho bias de tela haciendo juego con la del fondo o negra que rodea el cuello y borde exterior de la falda y las mangas, se anuda al lado izquierdo con un lazo de la misma tela empleada para este bias.

LAS APLICACIONES

Todo el contorno del dibujo, por la parte que se haya de cortar la tela, se cubrirá de un festón muy igual, hecho con algodón de bordar del mismo color que aquélla. Entonces se aplican los trozos de color, cuidando de que sus contornos coincidan con los del dibujo e hilvanándolos así. Después se embastan todo alrededor con puntos largos dados con algodón de bordar de un tono igual al de las aplicaciones, y se cubren de un menudo punto de cordoncillo, procurando, como es natural, que las aplicaciones queden bien planas y evitando las arrugas.

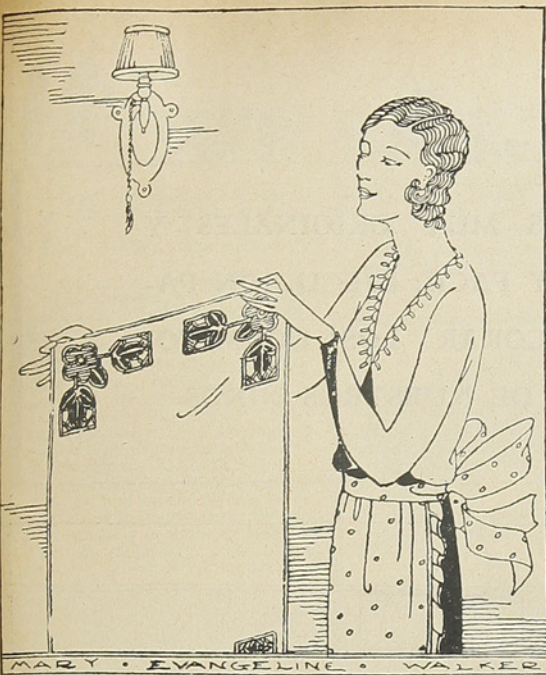
FIBRAS Y TALLOS

Las fibras o rayas que tengan por encima las aplicaciones, se harán a punto de costado o de cadeneta y los tallos igualmente, a menos de que sean muy gruesos, en cuyo caso es preferible cubrirlos con tela aplicada y festón a cada borde.

ELECCION DE COLORES

Los colores que se han de escoger para las aplicaciones, han de ser suaves y no chillones. El verde jade es el preferido para el follaje, y respecto a las flores, pueden hacerse artísticos conjuntos, empleando varios tonos de rosa, grosella, lila y limón, con algunos retoques de ocre o naranja. Además de estos colores pueden emplearse otros, siempre que armonicen con la combinación dominante en el decorado del comedor. Este género de trabajo puede emplearse igualmente para tapetes o caminos de mesa, aplicables a despacho, gabinete o vestíbulo, y tanto en unos como en otros, ha de tenerse muy en cuenta la armonía de los colores, con el tono general del decorado en la habitación.

Le Baron Walker Lydia



EL BORDADO RICHELIEU Y LAS APLICACIONES DE COLORES SE COMBINAN EN EL ADORNO DE LA LENCERIA

Entre las muchas novedades que actualmente nos brindan las grandes casas de lencería, ninguna produce tan sorprendente efecto como la combinación del bordado richelieu, con las aplicaciones de colores. El tipo de labor a que nos referimos, difiere mucho de las vulgares aplicaciones en colores, con que hasta el presente adornaban las mantelerías de té y de campo. Esta nueva combinación es digna de figurar entre los bordados más artísticos.

Escójase un crepe blanco, crema o crudo de calidad superior, dando la preferencia al que tenga un hilo muy igual y redondo, como suele ser el que se emplea en Italia para esta clase de labores. Para las aplicaciones se ha de escoger un género más fino, de tejido muy apretado y por supuesto de color inalterable. Los motivos ya recortados se hilvanan donde indica el dibujo, y se sujetan los bordes haciendo sobre ellos varias pasadas con algodón de bordar del mismo color, que se cubren después, con un apretado e igual punto de cordoncillo.

BORDADO RICHELIEU

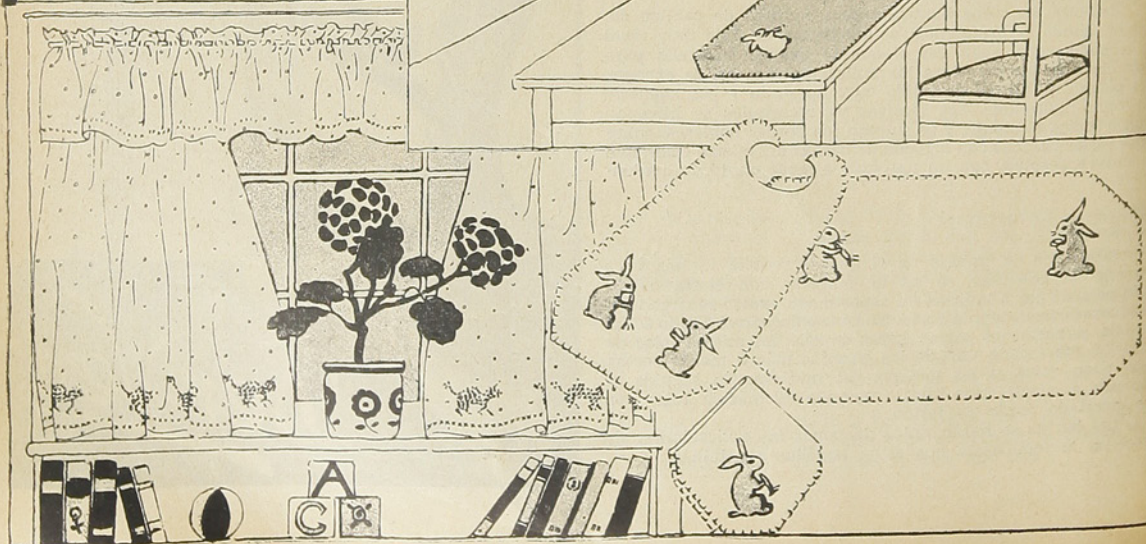
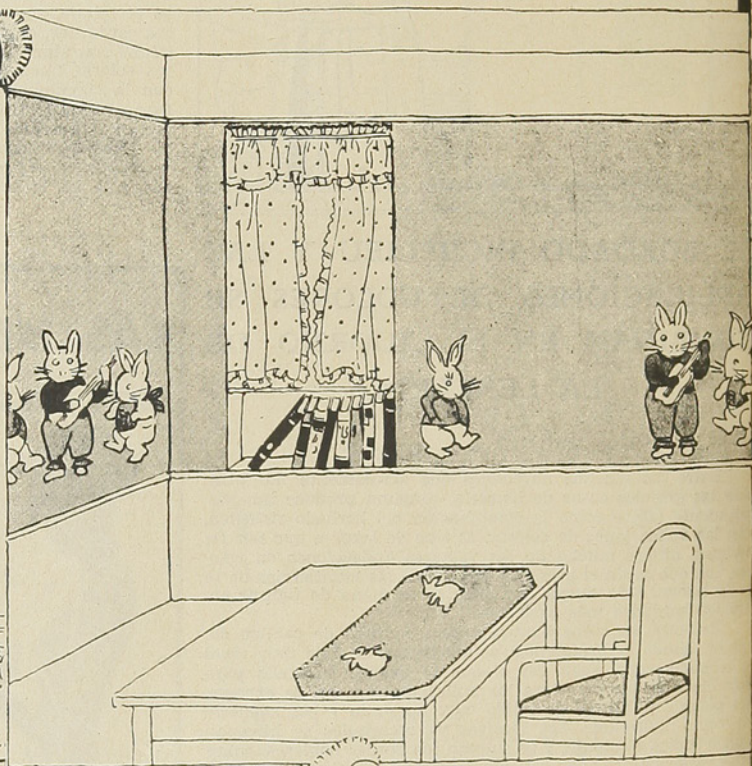
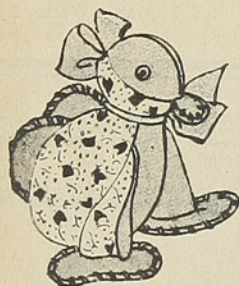
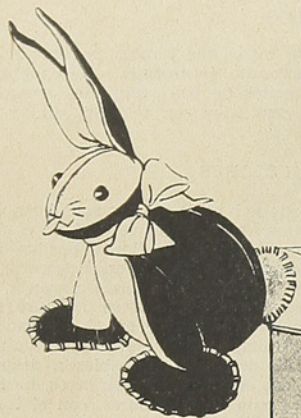
Esta clase de trabajo en el que se recorta la tela para hacerla transparente, se ha de emplear con cierta discreción para no dar a la pieza un aspecto con exceso recargado, y por consecuencia de mal gusto. Una vez colocado el dibujo sobre la tela, se pasan un par de heras de hilo del mismo color de aquélla, sobre cada una de las barritas más o menos cortas, que unen entre sí los motivos del primero. En seguida se procede a cubrir estos hilos (cogiéndolos además la tela) con un apretado punto de festón.

Las barras se harán antes de poner las aplicaciones, sin recortar la tela, hasta que estén aquéllas concluidas.

LAS MEJORES MEDIAS



DIBUJOS MUY ORIGINALES Y
DE MUY FACIL EJECUCION PA-
RA DECORAR LOS DORMITO-
RIOS DE NUESTROS NIÑOS



UÑAS BONITAS

Para tener las uñas bonitas sin que se dañen o rompan con facilidad, conozco un medio de resultados eficacísimos hasta el presente. Sencillo y módico puede usarse.

Acete de palma una cucharada sopera. Acete de almendras dulces, una cucharada sopera.

Acete puro de oliva, una cucharada sopera.

Se mezclan bien las tres cucharadas de aceites diferentes aceites que hará calentar en una jicara, al baño María. Cuando esté bien caliente, (todo lo que pueda aguantar) sumerge en ella los dedos, dejando las uñas en este baño un cuarto de hora más o menos; después se lava las manos con un buen jabón de tocador, y una vez secadas se da un masaje en las manos con glicerina y zumo de limón a partes iguales. Por último saca brillo en las uñas, puliendo con el «polissoir».

Para evitar las arrugas prematuras del rostro corrigiendo al mismo tiempo la sequedad del cutis, le recomiendo aplique antes de acostarse y después de haberse quitado todo rastro de cosméticos o pinturas que en él pudiera llevar, la siguiente preparación:

Agua de rosas.....	400 gramos
Agua de azahar.....	400 gramos
Aceto de almendras dulces.....	100 gramos
Glicerina.....	100 gramos

Lo mezcla bien todo, teniendo cuidado de agitarlo bien cada vez antes de usarlo, y se lo aplica en abundancia en todo el rostro, dejándolo secar sobre la piel. Si no le iba bien, (cosa que dudo, pues a mí me lo único entre tantas y tantas maravillas de belleza que se anuncian, que me ha dado resultado positivo), puede decir-

melo y con mucho gusto le daré otras fórmulas.

¿Esmalte para las uñas? Usted misma en una droguería de confianza compra un barniz de color amarillo muy claro al que aplica la cantidad suficiente de carmin, todo lo claro o subido de tono que lo quiera. No me cansaré de desaconsejar el uso de esmaltes en las uñas, es la causa principal de que éstas se vuelvan quebradizas.

Yo para tenerlas reluciente, sin perjudicar su belleza, he usado siempre los siguientes polvos:

Oxido de estaño pulverizado.....	5 gramos
Acido bórico.....	2 gramos
Polvo de talco.....	1 gramo
Esencia de violeta.....	2 gotas
Tintura de carmin.....	3 gotas

PARA BUENAS IMPRESIONES

UNIVERSO
SOCIÉTÉ IMPRIMERIE ET LITHOGRAPHIE

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

SI SU ESTOMAGO LE ATORMENTA

es necesario averiguar la causa de su afección. La mayoría de los tormentos digestivos son debidos a un exceso de acidez en el jugo gástrico. Este exceso de acidez es la causa de las acedias, sensaciones agrias, flatulencias, vómitos y una infinidad de molestias derivadas de una mala digestión. Tome usted media cucharadita de las de café de Magnesía Bisurada en un poco de agua después de cada comida y logrará usted una cura segura y rápida. La Magnesía Bisurada neutraliza los efectos perjudiciales de un exceso de acidez y regulariza las funciones del aparato digestivo. La Magnesía Bisurada suaviza los tejidos irritados del estómago y asegura una digestión normal, sin molestias ni dolor. La Magnesía Bisurada (M. R.) se halla en todas las farmacias.
Base: Magnesía y Bismuto.

\$ 735

ofreció en su N.º 17 la excelente publicación de novelas y obras universalmente escogidas:

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

¡Aún es tiempo que usted participe! Adquiera hoy mismo el N.º 17 y Tomo I de la famosa e inolvidable obra de PIERRE LOTI:

LAS DESENCANTADAS

y el próximo Viernes adquiera el N.º 18 y Tomo final de la obra, por sólo

\$ 1.40



A la izquierda, conjunto compuesto de un «fourreau» de terciopelo marrón oscuro y de una túnica de crespón satén verde claro adornado con un cuello de color marfil. Un volante ligeramente ensanchado termina la parte baja de la túnica.

LAS TUNICAS

En el centro, conjunto compuesto de un «fourreau» de lana diagonal beige y de una túnica de satén color marfil adornada con nervaduras y una chorrera pequeña. El tercer modelo muestra una túnica de crespón marroquí azul vivo terminada por un volante en forma; la falda, cortada en forma, es de satén negro.

(Continuación de la página 23)

EL HOMBRE QUE ODIABA A LAS MUJERES

che. Cuando hubo terminado la fiesta, John le dijo a la señora Batley:

—Sé, por la señora Harris, que la señorita Linda ha recibido una invitación urgente para ir a Penfield Hall; si a usted le parece bien, puede ir su hija en mi coche. Yo voy allí ahora.

Asintió, encantada, la señora Batley, y Linda, por su parte, tampoco hizo ninguna objeción.

Al subir al auto Linda, le dijo Spencer:

—Puede sentarse a mi lado, si quiere, señorita; voy a conducir yo el coche. He enviado al chofer con el equipaje a Penfield.

La joven hizo una mueca de indiferencia y sentóse a su lado.

—¿Sabe usted guiar un automóvil, señorita? — preguntó él.

—Sí; aprendí en el coche de mi amiga Constance.

Partió el coche en dirección a Penfield y John y Linda se pusieron a conversar como si fueran dos antiguos amigos.

—He aprendido mucho desde que he regresado a Inglaterra — le dijo él. — Pero..., sentiría molestarla habiéndole de mi.

—Puedo soportarlo. Más bien dicho: me gusta oírle. — Yo creía que el dinero era lo más importante del mundo; es decir, lo creía cuando carecía de él.

—¿Y ahora?

—Ahora que lo tengo, veo que por sí solo no labra la felicidad de nadie. Y en cuanto a mis poemas... Yo creí que me los rechazaban por ser obra de un desconocido, pero ahora conozco que me los rechazaban porque eran muy malos. Son pésimos, ¿no es cierto?

—No lo sé; a mí me gustan — respondió la joven.

—También he modificado mi opinión respecto de las

mujeres — continuó el señor Spencer. — Ya no las creo a todas interesadas y torpes.

—¿Y repondrá en sus cargos a las empleadas que despidió del *Daily Telegram*? — preguntó Linda, sin poderse contener.

—Haré eso y más si con ello logro que rectifique usted el concepto que de mí tiene formado.

—¿Qué le puede importar mi opinión? — dijo la joven. — ¿Qué le puede interesar mi persona?

—¡Mucho! ¿A qué atribuye usted mi interés en llevarla a Penfield? ¿Supone que nos encontramos tan frecuentemente, por pura coincidencia? ¿Cree que mi coche pasó casualmente frente a su ventana el día que arrojó el zapato?

Como el motor trepidase de modo que le pareció raro, a él, poco docto en mecánica, John detuvo el coche y se apeó para ver la causa de aquel ruido.

En aquel momento, una motocicleta que descendía velozmente la pendiente que en aquel lugar formaba la carretera, le dio un tremendo golpe y lo derribó al suelo. La motocicleta describió un zigzag y estuvo a punto de volcar, pero su ocupante logró recobrar el equilibrio y, sin duda con el ánimo de eludir responsabilidades, aceleró la marcha y se perdió en las sombras de la noche.

Linda saltó apresurada del "auto" y corrió hacia John, que yacía en el suelo sin sentido.

La blanca carretera estaba desierta y silenciosa; no se podía impetrar el auxilio de nadie.

La joven tomó uno de los faroles del coche y examinó el rostro de su compañero de viaje. John tenía una herida en la frente, de la que manaba un hilo de sangre.

—¡Oh! — pensó Linda. — Si mi madre me viese en estos momentos, se apresuraría a encargarme el vestido de novia.

Y con una energía que era su característica, vendó con un pañuelo la frente del herido. Después, con un sostenido esfuerzo, metió John en el coche y lo acomodó de

(Continúa en la pag. 67)

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima



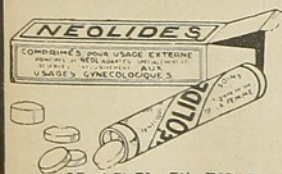
PARA LA HIGIENE ÍNTIMA DE LA MUJER

NEOLIDES

M. R.

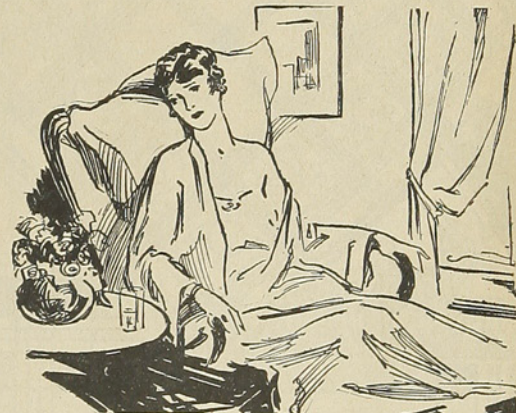
antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.



Previenen y alivian demuchas dolencias femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarse a sus tareas domésticas y sociales. Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con las tabletas de FENALGINA se quitan en seguida. Toda mujer que experimente dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTE SUSTITUTOS.

ELIJA QUE LE DEN

PHENÂLGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoníada.

Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile



Práctico, sólido, cómodo, alegre

Así resulta este juego de lencería de mesa para té o desayuno, hecho con un tejido rayado en fajas relativamente anchas que forman cuadros y dejan entre ellos espacios libres de color liso, en los cuales se borda a punto de cordón, punto de tallo o de cadeneta, un motivo de flores o de frutos diferentes en cada uno de ellos o repetido regularmente de modo tal que en cada una de las líneas no se vea dos veces el mismo dibujo.

El camino de mesa cuyos detalles damos en la parte superior, termina por ambos extremos en un fleco de la anchura de los cuadrados en que va bordado y entre estos trozos se coloca un borlón. Las otras prendas del juego de lencería se terminan con una labor de ganchillo sencilla cuyo modo de ejecución se ve sobre el detalle del bordado que está a la izquierda de estas líneas.

(Continuación de la página 65)

EL HOMBRE QUE ODIABA A LAS MUJERES

forma que llevase la cabeza apoyada en el cojín del asiento. Por último, empuñó el volante y una hora después llegaba con el herido a Penfield Hall.

John Spencer fué trasladado al lecho y curado por un médico llamado con toda urgencia.

Linda permaneció dos días en Penfield, pero ni siquiera vió al herido. El médico había prohibido en absoluto que recibiese visitas.

Todos los periódicos, con la sola excepción del *Daily Telegram*, relataron detalladamente el accidente de que había sido víctima el millonario John Spencer y publicaron la fotografía de Linda, dedicándole toda suerte de elogios.

Veinte días después, el *Daily Telegram* daba la noticia de que su propietario había partido para el extranjero.

— ¡Ese hombre es un desagradecido! — le dijo la señora Batley a su hija. — ¡No tiene ni una sola buena cualidad! A mí nunca me ha gustado y creo que así te lo he dicho repetidamente; pero como eres tan testaruda...

Transcurridas seis semanas, Linda recibió el siguiente telegrama urgente:

"Llegaré al aeródromo de Croydon a las dos de la tarde. Ruégole que me espere allí. — Spencer".

En el aeródromo nadie conocía la próxima llegada del viajero; pero a la hora indicada llegó el aeroplano y John, presuroso, corrió al lado de Linda, que le aguardaba.

— ¿Puedo esperar que vuele usted conmigo? — le preguntó con la misma naturalidad que si la hubiese visto el día anterior.

— No le conozco a usted — respondió Linda.

— ¿Ni después de las cartas que con la imaginación le he escrito durante estas semanas?

— Esas cartas carecen de eficacia.

— Tiene razón. Sin embargo, deseo que hablemos extensamente. Suba conmigo al aeroplano.

— Pero...

— Venga, Linda, se lo suplico.

Accedió la joven de buena gana, y a dos mil pies sobre el espeso bosque, John le declaraba su amor y solicitaba el honor de convertirla en su esposa.

A cuatro mil pies sobre el Canal de la Mancha, Linda le confesaba que desde el primer día sintióse atraída por él y, conmovida, le concedía su mano.

— ¡Al fin mi hija se ha guiado una vez por mí! — exclamó la señora Batley al saber que Linda se había casado en Roma con Spencer. — Ya le decía yo siempre que John reunía las mejores cualidades. ¡Pero ella era tan testaruda!...

N. V.

(Continuación de la página 7)

EL AMOR DE LOS AMORES

que la que también es madre. No hay sacrificio, ni tormento que por ellos no seamos capaces. ¿Hay algo que atemorice a una madre si hasta la misma gallina es valiente para defender a sus polluelos? ¿Retrocedería usted, señora, por salvar a su encantadora hija, ante el incendio, la guerra, el hambre o la peste?

Y después de esto empezó una larga serie de recuerdos heroicos de madres sacrificadas por sus hijos. No me había parecido una mujer de gran cultura, sin embargo, la historia la tenía al dedillo y desde la de los gracos no dejó de citar ninguna madre que por su heroísmo o amor acendrado había pasado a la inmortalidad.

Su hijo la escuchaba sonriendo complacido, pero en todo el tiempo no desplegó los labios más que para lo preciso. Bien es verdad que no era posible hablar mucho ante la verbosidad de aquella señora. Yo disculpaba sus extravagancias porque todo me parecía lógico en las manifestaciones de su amor maternal. Empleaba frases tan patéticas, sabía comunicar de un modo tan expresivo y apasionado su emoción, que mi hija y yo no podíamos menos de participar de ella.

Me hizo recordar el culto que rendía a su decadente belleza, marchita a pesar de los afeites, o quizás por ellos mismos,

(Continúa en la pág. 69)

Una mujer que sufría de Reumatismo y no le importaba la vida.

Dice la señora Aurelia Pérez, que le era imposible la vida con el dolor reumático continuo y que el hogar no tenía ningún aliciente para ella.

Pero ahora, curada con el ADROSIL, se siente tan feliz, que lo recomienda a todas las personas que sufren de reumatismo.

ADROSIL

es un producto glandular y probado científicamente como la última palabra para combatir el reumatismo.

ADROSIL se encuentra de venta en Boticas y Droguerías.

Para más detalles pida el folleto TRATAMIENTO GLANDULAR DEL REUMATISMO, a los distribuidores en Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO, S. A.,

Suc. de Daube & Cía.

Casilla 28-V. — VALPARAISO

Base: Adrenal, Tiroides. M. R

¿POR QUÉ MUCHOS NIÑOS NACEN ENFERMOS?

Cuando la madre sufre de reumatismo o se resfría con frecuencia, la causa consiste en que su sangre está saturada de toxinas, y mientras no logre eliminarlas, de tal suerte que en el periodo del embarazo su organismo se encuentre debidamente purificado, correrá el peligro de engendrar hijos de salud frágil y de vitalidad escasa.

EL CITROLITOL

es para las madres un recurso profiláctico y terapéutico de suma importancia, porque no solamente impide la incorporación de las toxinas, sino que alcaliniza la sangre, y de este modo evita la producción de todas las enfermedades originadas por la presencia de ácidos en la sangre y hace que la criatura nazca en condiciones orgánicas favorables.

En cuanto a los resfríos, débense, indudablemente, a precipitaciones de las toxinas que se alteran en la sangre por enfriamientos bruscos, y de su localización dependen los diversos efectos que causan. Un organismo en que la sangre está pura, esto es, exenta de toxinas, se mantiene constantemente en equilibrio y ninguna perturbación puede sufrir bajo la influencia del frío o con los cambios de temperatura.

EL CITROLITOL Fleischmann

disuelve el ácido úrico y lo transforma en uratos de sodio y de litio, sales muy solubles que se eliminan por la orina y demás vías naturales. A esta virtud depurativa y alcalinizadora de la sangre debe su eficacia para prevenir y curar el reumatismo, la arterio esclerosis, la neumonía, bronconeumonía y demás enfermedades por el estilo.

EL CITROLITOL Fleischmann

debe tomarse todos los días, después de las comidas, en agua caliente azucarada. La dosis es una cucharada de las de té: cinco gramos, más o menos.

Puede tomarse con entera confianza, porque, como dice el doctor don César Martínez, «no tiene ninguna contraindicación y mejora cualquiera perturbación digestiva».

Concesionarios para Chile de este producto, son los señores A HOCHSTETTER & CIA., Santiago, Casilla 959, y para la venta al detalle se encuentra en todas las Boticas y Farmacias del país.

A base de: Citrato de sodio, 95% y citrato de litio, 5%

JUAN FLEISCHMANN.

Algunas prendas sencillas para abrigarnos por la noche

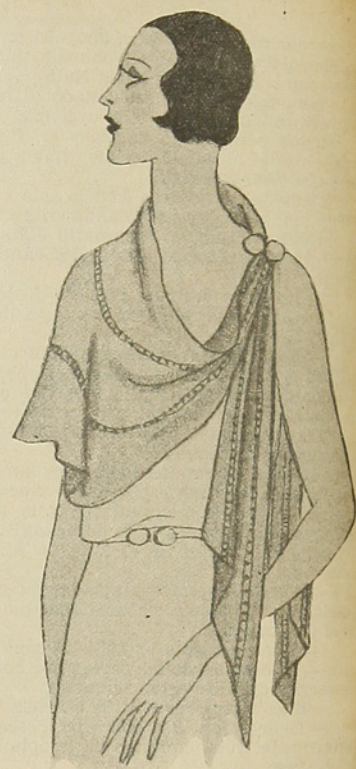


En estas páginas encontraréis, queridas lectoras, la forma más en boga para estas prendas, cuya ejecución es sencilla y que con poco gasto podréis confeccionar vosotras mismas.

En la parte alta de esta página podréis ver dos prendas para llevar sobre un vestido de noche, las cuales haréis

Es muy útil y casi indispensable, cuando se tiene un vestido de noche, tener también una sencilla y ligera prenda que pueda echarse sobre los hombros apenas se note un poco de frío y que permita también llevar un vestido de noche en una reunión de tarde. En el primer caso la prenda, que es una capa echarpe, una esclavina, un bolero o una chaquetita, puede ser de color y de tejido absolutamente diferentes del vestido; pero si ha de poder servir para transformar un traje es necesario que sea de los mismos tonos que éste, aunque el tejido ha de ser diferente, sobre todo si el vestido es ligero, pudiéndose combinar así el terciopelo con el crespón y el encaje con la muselina.

No hay regla que precise la forma de estas prendas, pues se ven chaquetas cortas ceñiendo estrechamente las caderas y dejando libre el busto, blusas hechuradas al talle y ensanchándose en godets por las caderas, chaquetas sueltas que caen verticalmente, boleros, esclavinas cortas de aspecto antiguo, capas y gran número de pequeñas prendas sueltas que a la vez son capa y echarpe.



con muselina de seda o crespón georgette. La dibujada a la izquierda está cortada en dos partes: un gran rectángulo y dos tiras estrechas y rectas que se incrustan en él; unas puntas de encaje se incrustan en las extremidades de cada una de las partes que componen la prenda, adoptando ésta la forma de triángulo. La echarpe de la derecha está sencillamente hecha con tres bleses de muselina o de crespón, unidos entre sí por medio de calados. Como podréis observar, cada uno de los bieses va disminuyendo de ancho y se sujeta en el hombro por un broche.

La esclavina de abajo se puede hacer de satén, crespón, marroquí o terciopelo de seda.

¿Yo? Tengo
la colección completa de
"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

(Continuación de la página 67)

EL AMOR DE LOS AMORES

porque no desperdiciaba ocasión para contemplarse y estudiar sus gestos en cuantos espejos encontraba al paso. También la profunda impresión que mi hija había causado en Gabriel, su hijo.

La despedida de la madre fué patética. El hijo, emocionado, abrazaba y besaba a la señora en silencio, pero ella le daba besos estrepitosos y abrazos frenéticos como si la despedida fuese eterna. No quiso que el hijo fuese a la estación por temor, según dijo, de dar un espectáculo, marchó sola.

Cada dos o tres días recibía Gabriel carta de su madre, y todas las semanas recibía yo otra llena de recomendaciones y encargándose en ellas que al menor síntoma de indisposición de su hijo, la avisara en seguida.

Pasó el tiempo, y el hermoso corazón de Gabriel, que se manifestaba sin alardes y espontáneamente hasta en los menores detalles, se apoderó pronto del mío. Mis ilusiones de madre hubieran sido tener una parejita, y vi en aquel muchacho noble y bueno, el hijo que yo hubiera querido tener. ¿Acaso el corazón pide permiso para sus adopciones?

Yo veía con gusto su inclinación hacia Charito, pero no pude hacerme ilusiones porque me di cuenta de que mi hija, demostrándole mucho afecto, no sentía por el muchacho correspondencia. Yo lo lamentaba, pero no estaba dispuesta a contrariar las inclinaciones de mi hija. No se me habían olvidado las amarguras de mis primeros años de casada, y el dolor que causa la muerte de una ilusión.

Un día Gabriel me habló de los sentimientos que le inspiraba Charito, y me pidió autorización para decirse a ella si yo era gustosa. Mucho me hubiera complacido darle esa autorización, pero creí más prudente ser yo la que hablara con mi hija, y así se lo dije.

Charito no se manifestó sorprendida. Como toda mujer, se había dado cuenta del efecto que desde el primer momento había causado en el muchacho, y como yo me temía me habló.

—Comprendo, mamá — me dijo, — que te agrade la idea de esa unión y dispuesta estoy a obedecerte porque tengo libre el corazón y a nadie, ni aún a mí, traicionaría con ello, pero aunque reconozco las bellas cualidades físicas y morales de Gabriel, y que su posición social es para hacer perder la cabeza a cualquier muchacha que busque un negocio en el matrimonio, yo no me siento inclinada a él en este concepto. Lo quiero mucho, como creo que querría al hermano que me hubieras dado, pero me parece que para unirse a un hombre esto no es bastante, y una unión sin amor me haría desgraciada.

—¡Eso nunca, querida hija mía! Tu felicidad ante todo, pero el pobre muchacho te quiere tanto, que me parece una obra de caridad y hasta de gratitud, como se merecen lo que nos quieren, que busquemos un pretexto para aplazar la contestación definitiva. Como esperaba lo que me has dicho, tengo pensado lo que debemos hacer y voy a ponerlo a tu criterio. Le diré que tú agradeces su cariño y que le correspondes en la medida que aconseja la prudencia para evitar un posible y casi seguro desengaño, pues su madre no consentirá en unión tan desproporcionada de su hijo único. Le diré que tanto tú como yo, creemos lo mejor que las cosas sigan como hasta hoy, porque tampoco nos parece prudente, hasta por su misma madre, un noviazgo dentro de casa. Así damos tiempo al tiempo y puede estudiar mejor la firmeza de sus sentimientos. Cuando termine el doctorado y se vea al lado de su madre, si entonces está seguro de su corazón, consulte con ella, y en el caso de que sea gustosa, entonces que se dirija a ti. Entre tanto tú también puedes meditar sobre este asunto. Yo jamás te violentaré, hija mía, y aunque es mi deber aconsejarte y dirigir tus pasos en la vida, siempre serás libre en tus determinaciones.

—¡Ay, mamá! Eso es jugar con fuego y podemos vernos presas en nuestras propias redes. ¿Has calculado lo que puede pasar si Gabriel insiste en sus pretensiones y logra convencer a su madre?

—¡No la convencerá, y creo que Gabriel una vez lejos de tu hechizo, y acostumbrado a no hacer más voluntad que la de su madre, la obedecerá sumiso y la ausencia hará lo demás, pero si temes, siempre está a tiempo para desengañarle antes de que marche junto a su madre. Ahora sería cruel en visperas, como quien dice, de exámenes, y siendo el definitivo de su carrera.

—Conforme contigo, mamá. Yo también quiero mucho a Gabriel. ¿No sabes cuánto me duele no poderlo querer de otra manera! ¿Por qué será tan rebelde el corazón?

(Continúa en la pág. 70)



¡Qué fea se encuentra!

Su cutis no tiene hoy su frescura y encanto que todos admiran en él. Las preocupaciones de ayer y la falta de sueño anoche, han dejado marcadas huellas en su rostro. ¿Por qué no tomó Vd. las Tabletts de ADALINA? que sin causar efectos nocivos proporcionan un sueño sano y reparador, fiel guardián de su hermosura.

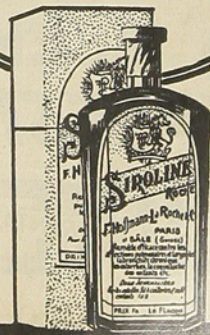
Tomando las Tabletts de ADALINA, se levantará Vd. contenta, con nuevos ánimos, y verá todo de color de rosa.



Tabletts de
Adalina

La cruz Bayer M.R. — Adalina M.R.:
a base de Bromodietilacetilurea!

La
Siroline
“ROCHE” M.P.
es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente :
Catarros
Resfriados
Bronquitis
Asma
Tos
Precave la **Tuberculosis**



(Continuación de la página 69)

EL AMOR DE LOS AMORES

Al día siguiente hablé con Gabriel, y después de escuchar mis razones en silencio, con la gravedad que ponía en todas sus cosas, cuando terminé, me abrazó con esa noble impetuosidad de la juventud, diciendo:

—¡Acepto el plazo! Convenceré a mamá, no lo dude usted, pero si no logro convencerla, es lo mismo. Le daré ese pequeño disgusto que se pasará como una nube de verano cuando venga el primer niño, y luego se alegrará mucho cuando vea que el alma de Charito es tan bella, cuando menos, como su cuerpo. ¡Seremos muy felices!

Aquella noche no dormí pensando en aquellos dos corazones que tanto se merecían uno al otro, y pidiendo a Dios que inclinara hacia Gabriel el de mi hija. ¡Pero sería aquello su felicidad! Parecía que sí, pero ¡qué difícil es acertar el camino cuando la vida se bifurca ante nosotros! ¿Qué debía hacer, Dios mío? Creí lo más diplomático no hablar más de esto ni a uno ni a otro.

Se acercaban los exámenes de Gabriel, y por lo tanto el término del plazo fijado por mí para la solución de aquel estado de cosas. Charito parecía tranquila; Gabriel contento; yo andaba pensativa, aunque lo disimulaba. ¿Qué iba a suceder? ¿Cuál sería la actitud de mi hija? De la de Gabriel no dudaba. Era el mismo muchacho respetuoso, apasionado y leal. ¿Saldría el sol o vendría un nublado? Pero el hombre propone y Dios dispone. Gabriel tuvo que guardar cama, según él, ligeramente indisputado, pero inquieto por el brillo de sus ojos y el color febril de sus pómulos, llamé al médico.

Las frases del doctor me llenaron de inquietud. Los síntomas, dijo, no eran tranquilizadores, y aunque nada se atrevía a decir en concreto, porque no se veía claro, había que tener en cuenta los casos de viruela ocurridos, aunque oculta su gravedad para no alarmar al público, y pudiera muy bien ser éste uno de ellos. Quedó en volver a la tarde. Recetó y se fue.

Inútil me parece decir la inquietud y la ansiedad con que esperé al doctor. Al oscurecer volvió. El rostro del enfermo, rojo por la fiebre, presentaba un aspecto extraño. El médico cambió conmigo una significativa mirada, a la que el enfermo contestó:

—Sí, la viruela. Me lo figuraba. Hay varios casos.

—Pero no creo que vaya usted a amilanarse por eso, compañero — contestó el doctor mientras le tomaba el pulso.

—Amilanarme no, pero suplicarle que disponga que me saquen de aquí, si.

—Usted hará lo que se le mande — dije yo sonriendo, — los enfermos no tienen voluntad.

El me agradeció la frase con una mirada y una sonrisa.

Aquel día escribí a la madre. Era una carta difícil, un tira y afloja entre el temor y la esperanza, procurando que al mismo tiempo que le iniciara algo en el peligro, no fuese una crueldad para su esperanza. Cuando la cerré pensé que si yo recibiera una carta así me pondría inmediatamente en camino. Ese era el resultado que yo esperaba. No le di el nombre de la enfermedad. ¿Para qué?

Contestó con un telegrama diciendo: «Téngame constantemente con noticias.—Luisa» Su pasividad me sacó de quicio, y más recordando sus dramáticas manifestaciones de cariño. Perdida toda consideración le contesté con estas palabras: «Gabriel agravado. Venga usted.—Carmen».

Contestó con otro que decía: «Salgo inmediatamente».

Yo entre tanto temblaba por mi Charito. ¿Qué hacer? El médico me dijo la conveniencia de sacarla de la casa, ¿pero a

dónde la enviaba saliendo de la casa de un apestado aunque la epidemia aun no se había declarado oficialmente? Tuve el pensamiento de alquilar una casa en los barrios extremos y mandar allí con la cocinera, que siendo la misma de cuando yo me casé, y habiendo visto nacer a mi hija, podía tener en ella absoluta confianza, pero Charito declaró firmemente que no se separaría de mí pasase lo que pasase.

Por el telegrama de la madre de Gabriel, el médico opinó esperar la llegada de esta señora; entonces vendría una enfermera para que la ayudara, y yo me iría con mi hija a un hotelito que el doctor tenía en Chamberí, y que puso generosamente a mi disposición.

Creí oportuno, para no alarmar al enfermo, darle cuenta de la llegada de la madre.

—Como sabe usted que es tan vehemente — le dije, — como le escribí que estaba usted indisputado en cama me ha contestado con un telegrama diciendo que viene.

Sonrió dulcemente el enfermo y contestó con una calma que me heló la sangre:

—No se acerque usted mucho a la cama, pero óigame con atención. Soy médico y no me olvido de los rumores que por ahí corrian antes de caer yo enfermo. Desde el primer momento, lo sospeché. Por los rumores que hasta aquí han llegado, también he comprendido que algunos huéspedes, si no todos, se han ido. Mi madre la recompensará a usted. Cuando venga el médico hablaré con él para que me saque de aquí a donde sea. Yo no puedo consentir tanto trastorno ni la exposición en que está Charito.

—Todo está previsto — le respondí. — Tengo el deber de mirar por mi hija y sólo espero la llegada de su madre para marchar con ella, pero en cuanto a usted, yo no consiento que se mueva. ¡No faltaba más! Ni por usted ni por su madre deben salir de aquí. Vendrá una enfermera para su descanso, y Virginia, la cocinera, también se quedará para atenderles.

—¿Por qué no se marchan ya? — preguntó con una lágrima en los ojos.

—¿Vamos a dejarlo solo? ¡No sea usted criatura!

—¿Qué buena es usted!

—Cumpla con mi deber nada más.

—Usted no tiene para conmigo el deber del sacrificio.

—En ciertos casos todos los tenemos.

—La generalidad no lo cree así.

—Peor para ellos, pues con eso demuestran la bajeza de su corazón. Si todos somos hermanos como nos enseña la religión, y como la razón natural nos dice, todos tenemos un deber filial colectivo que debe demostrarse en las ocasiones.

Llegó doña Luisa, la madre. Entró hablando a gritos como de costumbre, haciendo sus habituales aspavientos. Me costó trabajo hacerle comprender que el médico había ordenado quietud y silencio. Moderando cuanto pudo su carácter, entró en el dormitorio. La penumbra del aposento no dejó ver el enrojecido y tumefacto rostro del enfermo, cuyos grandes ojos casi desaparecían bajo la hinchazón de los párpados, y se echó sobre él olvidando mis recomendaciones empezando de nuevo sus gritos mezclados ahora con sollozos y exclamaciones de dolor:

—¡Hijo de mi alma!... ¡Corazón!... ¡Tesoro!... ¡Vida de tu madre! — y entre exclamación y sollozo, le daba frenéticos besos.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... — decía el infeliz a quien los extremos de su madre habían sacado de la postración en que estaba sumido hacía unas horas. — ¡Ya estás aquí!... ¡Ahora que sea lo que Dios quiera!

—¿Qué ha de ser más que ponerte bueno?... He tenido un viaje horrible!... ¡La calle de la Amargura!... ¡He sufrido como la Dolorosa!... Por eso ella me oirá y me dará la salud de mi hijo... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...

Era tan patético su dolor, que yo lloraba olvidando sus descompasados gritos.

—Si, mamá, me curaré — dijo con angustia el enfermo, — pero no me beses tanto, no te acerques tanto.

—¿Pues qué tienes? — dijo ella apartándose un poco.

—¿No lo sabes?

—¡No!... ¡Nadie me ha dicho nada! — exclamó recelosa, apartándose un poco más.

—¡Mal hecho! — protestó el enfermo. — Tengo la viruela.

Un grito espantoso que nada tenía de humano salió del pecho de la madre.

Con movimiento nervioso encendió la lámpara eléctrica, y al ver el rostro desfigurado del enfermo retrocedió bramando de coraje:

—¿Y me lo dices ahora? ¿Después que te he besado?... ¿Así quieres a tu madre? ¡Ya no hay remedio para mí!... ¡Estoy contagiada!... ¡Oh, qué infamia! — y encarándose conmigo vociferó frenética: — ¿Y usted por qué se ha callado?

PARA BUENAS
IMPRESIONES
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

¿Por qué no me lo dijo antes de entrar?... Antes de entrar... Antes de venir. En el telegrama, y no cuatro palabras que nada decían.

Quedé atónita. ¡Nada dijo mi telegrama al corazón de aquella madre!

—¡Mamá, mamá! — sollozaba el enfermo. — No me dabas tiempo... No me dejabas hablar...

—Si tú no tienes la culpa, sino esta mujer. ¿Para eso la pago a usted espléndidamente? ¿Así me sirve usted?... ¡Pone tu dormitorio a oscuras para que yo no vea lo que tienes!

—¡Mamá!... ¡Mamá! — suplicaba Gabriel.

—No es esta ocasión de contestarle a usted por respeto a su hijo — le dije — pero aplazo la contestación.

Con los ojos secos se dirigió al armario de luna y empezó a mirarse detenidamente la cara mientras susurraba con acento dolorido:

—¡Horrible!... ¡Feísima!... ¡Repugnante!... ¡Es preferible la muerte!... ¡Y morir tan joven aun!... ¿Por qué haces estas cosas, Dios mío? — y volviéndose hacia mí, continuó: — ¿Pero por qué no me dijo usted la verdad en el telegrama?

—La verdad dije.

—Pero sin detalles.

—Quise evitar esa angustia a su maternal corazón — dije con una ironía que no pude reprimir.

Un gemido de Gabriel me hizo arrepentir en seguida de mis palabras. Su madre se había dejado caer en una butaca y sollozaba mientras enumeraba todos los horrores que podían venirle de la viruela, de la que, según ella, ya estaba contagiada.

—¡Espantosa!... ¡Deforme!... ¡Quizás ciega!... ¡Quizás sorda!... ¡O morir!... Estoy perdida...

Hubo un largo silencio en el que no se oían más que los sollozos de la madre y del hijo. Por fin éste suplicó:

—¡Cálmate, mamá!... No estás contagiada, te lo aseguro, y como ahora mismo te irás...

—¡Pues claro que me irá! — gritó poniéndose en pie de un salto. — ¿Has creído ni por un momento que iba a quedarme? No puedo quitarte lo que tienes y el quedarme es

Usted no los ve

pero allí están—allí están los destructores gérmenes que arruinarán su dentadura y le privarán de aquella encantadora sonrisa.

Combátalos! Es muy fácil! La Pasta Dentífrica EUTIMOL mata en 30 segundos de contacto los gérmenes de las caries dentales. Úselo a mañana y noche. Conserva la boca limpia y fresca.



FORMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar,
Jabón,
Raíz de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos.

Pasta Dentífrica

EUTIMOL
M. R.
PARKE - DAVIS



Mándenlos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Dept. 102), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....

Dirección.....

Ciudad..... Provincia.....

exponerme tontamente. ¡Ya pago para que te cuiden! — añadió mirándose ceñuda.

—¡Te esperaba con tanta ansia, mamá!... ¡Un enfermo necesita tanto cariño!... ¡Si que pensé que me cuidarías!

—¡Eres un sensiblero ridículo! — le contestó mientras arreglaba nerviosamente su semblante con la borla de los polvos.

—¡Todos me dejan!... ¡Todos me abandonan!... ¡Hasta tú, mamá!...

Aquel reproche dejó muda a la culpable que quedó inmóvil y pálida sin saber qué decir. Tan hondo llegó al fondo de mi corazón la exclamación dolorida del enfermo, que olvidándolo todo, hasta el peligro de mi hija, no oyendo más que la voz bendita de la santa caridad, rodeé con mis brazos la deforme cabeza del enfermo, tuteándole, sin darme cuenta de lo que decía, exclamé con toda mi alma:

—¡No, hijo mío!... ¡Yo no te dejo!... ¡Desde hoy tu madre soy yo!...

—¡Gracias, doña Carmen! — respondió con tristeza infinita el enfermo — pero no acepto. Usted tiene a Charito y yo...

—Charito está muy orgullosa de la madre que tiene, y quiere ser digna hija suya. Charito tampoco saldrá de aquí.

Me volví estremejada. La voz de mi hija heló en mi corazón todo sentimiento que no fuera mi egoísmo de madre y ya estaba arrepentida de mi irreflexiva promesa, cuando al ver a mi hija, erguida, tranquila y sonriente junto al lecho, como la encarnación del ángel de la caridad, me quedé sin saber lo que pensaba ni lo que sentía. ¡Mi hija estaba entonces más hermosa que nunca la vieron mis ojos! La admiración y el respeto me dejaron muda. Si; yo sentí respeto ante mi hija, porque vi en ella algo divino que difícilmente podemos comprender los humanos.

—¿Cómo? — exclamó la madre de Gabriel. — ¿No teme usted quedarse?

—Creo que no es incumbencia de usted, señora — contestó Charito secamente.

—¿Sabe usted a lo que se expone?

—Tampoco creo que le interese.

—Me interesa su juventud y su belleza. ¡Tenga piedad de sí misma!

—¿Cómo puede usted hablar de piedad, señora?

Se detuvo mi hija al ver los brazos de Gabriel extendidos

(Continúa en la pag. 72)

TANLAC

un correctivo estomacal



NO puede existir belleza en un organismo que no está sano. Miles de señoras se quejan de su mala suerte, de que su piel está manchada, llena de barrillos, de que su mirada es opaca, sin brillo ni belleza, de que se sienten fatigadas; de que no digieren bien los alimentos que toman, de que sufren de eructos, acedias, jaquecas y otros muchos padecimientos, todo lo cual podría a menudo corregirse tomando uno o dos frascos de TANLAC.

Millones de personas han tomado TANLAC, medicina compuesta solamente de hierbas, raíces y hojas, y de la que se han vendido más de cincuenta y cinco millones de frascos. Es de gran mérito en casos de esa naturaleza y las señoras que sufren de tales enfermedades están en el deber, para con ellas y para con sus familias, de probar en seguida este famoso correctivo estomacal.

Su boticario vende TANLAC, lo mismo que las Píldoras Tanlac, el laxante por excelencia. Cómprelos hoy mismo, tomelos según las instrucciones adjuntas y en poco tiempo se sentirá mejor.

A base de: Extractos fluidos de quina, gmelana, cáscara sagrada, berberis, pereira brava, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes. azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R.
A base de: Extracto Cáscara Sagrada, Aloin, Podophyllin, Ext. Belladonna, Leaves y Capsicum. M. R.

Píldoras TANLAC

(Continuación de la página 71)

EL AMOR DE LOS AMORES

hacia ella en demanda suplicante. Aquel mudo pero elocuente dolor, nos dejó a las tres como petrificadas. La madre fué la primera que recobró su presencia de ánimo para decir con verdadero acento de terror:

—Me voy, Gabriel... me voy... no puedo vencer mi miedo...

—Si, mamá, véte — dijo él desviando de ella la mirada, y añadió ocultando su rostro con las sábanas: — ¡Te perdono!

Acompañé hasta la escalera a aquella madre que huía con terror sin una frase de amor para el hijo, y me volví al dormitorio donde Gabriel trataba de disuadir a Charito para que siguiera el ejemplo de su madre. Charito sonreía e inclinándose sobre el rostro peligroso el suyo, preguntó con dulce acento:

—Cuando el amor une, no une para todo?

—¡Sublime hija de mi alma! ¡Cómo sabía con el optimismo levantar el espíritu decaído del hijo mortalmente herido por el desamor de la madre!

No voy a hacer interminable esta experiencia con el relato de la inagotable abnegación de Charito. Paciente y amorosa, endulzaba los sufrimientos morales y físicos del enfermo al que lograba comunicar esperanzas e ilusiones. Hasta para la conducta de la madre supo encontrar disculpa diciendo que hay cosas insuperables para nuestra voluntad. Pero después de estas disculpas ya no volvió a nombrarla para hacer olvidar al hijo el dolor recibido, pero el hijo no olvidaba. Jamás la nombró, más algunas veces, de sus ojos casi ocultos por los párpados tumefactos, salían algunas lágrimas.

Una noche pareció quedar sumido en un profundo sueño, y sin interrupción pasó del sueño a la muerte.

No dejó que mi hija velase el espantoso cadáver, pero quise cumplir hasta el final los deberes de la madre ausente, y con la cocinera velé toda la noche. Mirando el aspecto del muerto, es cuando comprendí toda la magnitud de nuestra acción y pensé que la caridad bien aplicada, sin reservas ni vacilaciones, como debe ser la caridad, como la predicó Cristo y la practicaron muchos santos, no deja de ser una *santa locura*. ¡Pero qué sería sin ella el mundo? Son pocos los *atacados* de esta noble *enfermedad del alma*, pero, ¡qué grandes, qué sublimes son, y cómo se desprenden de la tierra!

Me falta valor para relatar lo que sigue. Mi hija cayó también con el mismo mal, y tardó poco en seguir a Gabriel. ¡Perdí a mi hija idolatrada! ¡El ángel para cuyo ignorado heroísmo no hay en la tierra recompensas!

Cuando telegrafí a la madre de Gabriel el fatal desenlace, también estaba enferma de la epidemia. Personas indiferentes y asalariadas la cuidaban, y no tuvieron la caridad suficiente para ocultárselo. Desde que lo supo, según me dijeron, cesó en sus gritos y lamentaciones, cayendo en un profundo mutismo del que no salió más que momentos antes de morir para llamar a su hijo y pedirle perdón.

Desde entonces, siempre que oigo la tan repetida discusión sobre la primacía de los amores humanos, amasados con la escoria de nuestra triste condición, sostengo que todos son pequeños y deleznales, porque todos, aunque haya excepciones pueden vacilar; todos pueden retroceder; todos pueden fundirse en otra pasión. El único que merece el supremo calificativo de *amor de los amores*, es la Santa, la Sublime, la Dulcísima Caridad. No la caridad oficial y reglamentada, dura como un mecanismo; fría como la limosna que dejamos caer indiferentes en la mano del mendigo, sino la intensa y apasionadamente sentida; la que ingenua y espontánea sale de lo más profundo y tierno de nuestro corazón; la que inspiró la vida sublime de un Juan de Dios, de un Vicente de Paul, de una Isabel de Hungría. Hecha de todos los resplandores divinos, jamás se contaminó con el egoísmo, bajo fondo del alma humana, la más grosera, innoble y miserable de las pasiones del hombre.

Sólo la Santa Caridad, es el *amor de los amores*. Las almas que saben sentirla, son almas elegidas del Señor. Ellas flotan ungidas sobre todas las miserias de la vida, y siguen el camino más corto, más recto y luminoso que une a la criatura con su Creador.

C. de L.

(Continuación de la página 8)

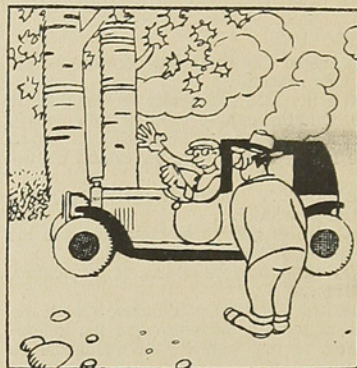
EL DESTINO

pienso por qué pudo ser aquello! ¡Cosas de la suerte del hombre! — va y dice: "Pues yo, pa que no nos escubran, aquí en tu sitio me escondo". Y se cuele en mi cama, y sube la colcha como yo, igualito...

Voy al cobertizo, me yego a la Pulia, me enzarzo con ella, me clava los dientes en este brazo, me saca un peazo e pellejo — ¡lo que son las madres pa defender la cría! —, agarro uno e los perriyos, ciegos aún, un canelo precioso, cierro la cancela y a escape me vuelvo a la cocina. En la puerta me paro clavado e susto; ¡tia Tecla estaba ahí! Me quedo estatua. Con la perra, bueno; pero con la mujer... Y así, agachaito, la veo que tienta mi cama, y el primo callao. Entonces, ¡Virgen los Llano!, la veo que agarra por las asas el caldero e la lejía hirviendo a tó hervir, que lo alza en peso, que se vuelve, que se acerca a la cama, y de pronto... ¡záz!, lo suerta encima de golpe... ¡Si viesse usté lo pasó antes de morir aquella criatura, escaldá viva!

Y ahí tié usté por qué luego he creído que lo que está de allí... — añadió Matías con relampagueo de espanto en las pupilas al recuerdo de la tragedia.

EMILIA PARDO BAZAN



—Haga el favor de esperar que en seguida vuelvo.

EL TAXISTA.
— ¡Eso sí que no! Lo mismo me dijo una vez un cliente y se estuvo tres años, dos meses y un día.

Resultado de un sondeo

En uno de los sondeos que el Instituto Geológico está practicando en Valencia en busca de agua, ha sido cortado un manto a la profundidad de 650 metros próximamente. El agua es artesiana y brota un metro por encima de la superficie. La cantidad que actualmente se obtiene es muy pequeña; pero es posible que se corten otros niveles acuíferos y además este encuentro pueda servir de dato y de buen augurio para nuevas investigaciones, situando los sondeos en otros lugares.

Las aguas obtenidas contienen sales que hay probabilidades de que con el tiempo desaparezcan. Otra hipótesis es que esta salinidad provenga por estar reunidas en profundidad las aguas artesianas con el mar y la salinidad de éste influya en los sondeos que, como en el de Valencia, se hallan situados muy próximos al mar. El sondeo lo practica el Instituto Geológico con carácter de exploración para facilitar datos al público e investigar las posibilidades artesianas del distrito, y el hallazgo anima a proseguir las investigaciones, pues la dificultad de la profundidad a que se halla puede ser muy reducida en otros sondeos, donde el agua puede encontrarse a niveles más altos.

Después del Vermífugo...

Cuando el médico receta un vermífugo para las lombrices, por lo general recomienda que se tome una purga después. Laxol es ideal para después del vermífugo: su eficacia está probada, porque Laxol es aceite purísimo de ricino. Y, sin embargo, Laxol, a causa de su combinación con esencias aromáticas, es grato al paladar y carece de sabor y olor repulsivos. Hasta los niños lo toman sin refunfunar.

Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.



LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acetate de Ricino Purificado	88.96 gramos	Sacarina	0.14 gramos
Esencia de Menta	0.90 gramos	Total	90.00 gramos

consultorio sentimental

A los simpáticos chunchos Miguel Etche-
pare y García: ¿Recuerdan las chicas con
las cuales se retrataron a orillas de la pis-
cina en Talca? Somos cuatro de las me-
joritas del grupo. Nos acordamos siempre
de los entusiastas universitarios, y les agra-
decíamos nos mandarían una fotografía a
cada una, como recuerdo. Por favor, el que
vea este aviso, dígalos a los de arriba nom-
brados—Carmen Guevara, Correo Talca.

Cansada de la soledad, deseo encontrar un
jovenito de Llay-Llay, Santiago o Valpara-
iso, que sea simpático, posea un noble
corazón dispuesto a amar hasta la muerte.
Si hay por ahí en un rincón un lector
que se interese por estas cualidades con-
teste a casilla 18, Llay-Llay, a Ch. V.

Elena S. B. e Inés M. L. son nuestros
ideales desde que las conocimos de vista,
atrayendolos especialmente sus parecidos
con Dolores del Río y Mary Duncan res-
pectivamente. Nosotros somos dos román-
ticos, los adoramos en silencio y queremos
correspondencia. Fernandui la desea con la
primera. Es moreno, pelo rubio y ojos ver-
des; Blacamán que lo desea con la segun-
da, es moreno, de ojos negros. Contestar a
este consultorio.

Para Amante Vagabundo.—Th. Only, chi-
lena, moderna, amante de la música y via-
jes. desea practicar jugando amor con us-
ted.

Joven, 26, pequeña fortuna, desea cono-
cer señorita extranjera, pobre, bonito cuer-
po, prefiere alemana, 14 a 20. Ojalá del
campo. Fines matrimoniales.—V. U. 20
Brenby, Correo Magallanes.

Solteronica, 31, no fea, distinguida, cul-
ta, sentimental, desea amistad sentimental
con caballero 35 a 40, mismas cualidades.
—Elena Watson, Correo 2, Santiago.

Joven 18, alta, morena, buena educación,
buena familia, pero pobre, desea encontrar
amigo con quien cambiar ideas sobre el cine.
—Ninón de Lenclos, Lota Alto.

Señorita Rosa, Correo Concepción: Su
ideal H. T. P. del Prat, es casado y tiene
3 niños.—Una amiga.

Marido y mujer casados por equivocación
y molestos por esta razón, desean cambiar
de situación con análoga pareja.—R. A., Ay-
sen. Enviar foto.

Mi ideal sería señorita de 15 a 25, buena
dote, fines matrimoniales. Tengo 21 y estoy
desilusionado de la vida. Foto sin compro-
miso a J. L., Correo 3, Valparaíso.

Para John Bull: Creo reunir las condi-
ciones que usted desea. Correo 2, Valparaí-
so. Mande foto a Nina Richter.

Para John Bull: Le comprendo tan bien,
que aunque no llevo exactamente las cua-
lidades exigidas por usted, me permito es-
cribirle para desearle de todo corazón al-
cance sus anhelos ya que yo no puedo darle
esta alegría por no ser alta ni alegre como
una primavera, sino desgraciadamente más
bien baja y triste por la nostalgia de en-
seños que creo no vendrán nunca para mí.
—Enseños.

Para Emilia, en la continua soledad de
mi vida, en la constante tristeza de mis no-
ches de insomnio, recuerdo tu imagen que-
rida, por lo cual sólo logra dibujarse una
dulce sonrisa en mi rostro. Tú que fuiste y
lo eres aún mi constante recuerdo, tú que
supiste comprender y como yo he sufrido
tanto y conocido los desengaños, deseo que
tu alma hermana comparta conmigo tus ho-
ras de alegría o de pesar. ¿Me conoces?
Soy Alejo.

Dos primitas de 17, familia honorable,

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no
viene acompañado de un Cupón por cada
25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio
las cartas que traigan tres veces el nú-
mero de Cupones exigidos anteriormente.
Ejemplo: una carta con 50 palabras de-
be venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida
a Casilla 3518, Santiago.

almas espirituales, amantes del cine y los
paseos, menos del baile, y que cuentan con
una buena dote en terrenos y algo de di-
nero, desean despertar el fuego del primer
amor en dos jóvenes ojalá amigos de 20
arriba, no importa físico, pero sí educados,
alma noble y corazón dispuesto a amar sin-
ceramente. Preferimos de los alrededores,
ojalá foto. I. C. A., 160, ojos negros, boni-
tas piernas, muy alegre; M. A. E., 155, muy
carinosa, ambas morenas, siluetas no mo-
dernas.—Correo 2, Talcahuano.

Raquel Wilson, Correo Concepción, desea
correspondencia con Juan Valenzuela, em-
pleado en la Casa Duncan Fox de esta ciu-
dad, pues lo ama en silencio mucho tiempo.

Estoy solita y con pena, y quisiera co-
rrespondencia con hombre bueno, leal y sin-
cero, que sepa querer y comprender a un
corazón que ha sufrido mucho.—María Ace-
vedo, Correo 21.

Morena, alta, simpática, ojos claros, de-
sea correspondencia con extranjero de 30 a
35. Lo desea serio y trabajador.—Morenita.

Soy rubia, alta, buena moza y simpática,
chilena descendiente de alemán y español.
Hablo inglés, y deseo correspondencia con
joven de esta nacionalidad, buena familia,
no mayor de 28. Yo, 18. Ha de ser formal,
culto y muy caballero. Pertenezco a la bu-
na sociedad. Si algún lector corresponde a
mi exigencia, enviar carta y foto a L. F. B.,
Beaucheff 768, Valdivia. También acepto
chileno descendiente de extranjero.

Laura La Plante, desea correspondencia
con joven serio, 35, buena situación, educa-
do, simpático, sincero, cariñoso, sin preten-
siones Casilla 63, Lota.

Morena, ojos negros, 20 años, dispuesta
a querer sinceramente, desea corresponden-
cia joven nobles sentimientos, cariñoso, 23
a 30 años. Casilla 63, Lota.

Soy artista, tengo 25 años, y un físico no
espartable. Desearía conocer porotita de 20
a 25 años (de 15 a 20, quien dijo miedo),
que le guste el cine, el baile y sea buena
compañera. Contestar a C. C. D., Recoleta
110-B, Santiago.

Morenita simpática, Correo Collipulli:
Manifesté hace tiempo por intermedio de
este mismo consultorio, deseo de relacio-
nes con el joven R. M., de la Oficina El
Globo, por lo que insisto una vez más en
ello, rogándole no sea tan apático a mis
suplicas.

El ideal de un gordito de 23 años es C.
Müller, simpatiquísima persona. Si su co-
razón está libre le ruego conteste por la
revista a Nenette del Valle, Correo Victo-
ria.

Enfermera 19 años, alta, gordita, sencilla,
nobles sentimientos, cariñosa y sincera de-
searía encontrar joven marino de 20 a 25,
alto, no importa físico ni condición, sólo se
exige cultura y seriedad. Dirigir carta a Al-
ma Peregrina, Correo Central, Talcahuano.

Enfermera 23, morena, regular estatura,
nobles sentimientos, conocedora de las mi-
serias humanas y los crueles desengaños, de-
sea amistad con joven que le ofrezca franca
y espontánea amistad. No importa físico ni
condición, sólo exige cultura y seriedad, y
más edad de la mía. Dirigir carta a Luz
Mortecina, Correo Central, Talcahuano.

Con fines de matrimonio deseo encontrar
amigueta profesional, buena, capaz de com-
prender lo que es la vida de un marino con
quien la naturaleza es cruel. Esa amiga se-
ría para mí el hada buena que con su vari-
ta mágica calmaría mi alma que está a
punto de naufragar. —Ingeniero mercante,
carnet 020842, casilla 121, Valparaíso.

Extranjero 22 años, pronto a partir a Eu-
ropa en vía de estudio, desea encontrar en-
tre las simpáticas chilenitas una que posea
sentimientos sublimes para hacerla su com-
pañerita. No importa que sea del norte o
sur del país. Dirigirse a Correo Ritter, Co-
piapo.

A gitana le pido que se guarde su quin-
ta, viña y vino, ofrezca su poca delicadeza
a quien lo merezca y no tenga dueña. Igual
cosa pido a todas las gitanas que haya por
ahí que no se molesten en vano.

El ideal de mis ensueños es el simpatí-
simo ingeniero agrónomo Alejandro Ibarra
Loring. Es actualmente subdelegado de Lle-
po y también de Yancamo arriba. Si lee
estas líneas que se acuerde de la compa-
ñera de baile en la fiesta estudiantil. Y de
la misiva que después le envío correspon-
diéndole sus atenciones.—Juanita la Larga.

Josep Eric Roestengant, Correo, Linares,
abogado, de 45, representa mucho menos
desea conocer fines matrimoniales, señorita
o viuda hasta 35, buen físico y familia ho-
norable, distinguida, situación social y eco-
nómica. Los niños de quienes tiene el co-
razón nunca serían inconvenientes. Corres-
pondencia formal. Nada de diversión. Pro-
mete y exige reserva.

Soy un alma que camina tras un im-
posible ideal. Deseo un profesional mayor de
30 años, buena familia y presencia, que ten-
ga una alta idea del deber y de la moral,
sincero, buenos sentimientos, serio, idealis-
ta, capaz de comprender y amar un alma.
—Germana Neri, Correo Central.

Mi ideal es el gringuito que viajaba a
Concepción el 19 de enero, y que me acom-
pañó a calle Lincóyan. Si su corazón está
libre, conteste a Katie Beltrán, Correo Cu-
ranlahue.

Deseo correspondencia con señorita de 20
25, para dueña de casa, regular cuerpo, no
importa físico. Yo, 22, sin vicios.—Armando
Campisano, Correo Potrerillos, La Mina.

Deseo correspondencia con señorita de 20
a 25, seria, prefiero de Coquimbo u Ovalle,
fines serios. Yo, 26. No importa físico, sino
seriedad.—Armando Tabillo, Potrerillos, La
Mina.

Morena, alta, simpática, ojos claros y ex-
presivos, desea correspondencia con extran-
jero de 30 a 35, serio y trabajador.—Mo-
renita.

“LESANCY”

\$ 1.—
\$ 1.60
\$ 2.50

PASTA PURA — MEDICINAL — AN-
TISEPTICA Y SUAVE. EL MAS NEU-
TRO — FINO Y PURO DE LOS
JABONES

Desee saber del abogado Acevedo que viajaba a fines de febrero del año pasado a Santiago, ¿se acuerda de la chiquilla que iba a Valparaíso?—Licena.

Desee encontrar joven alto, rubio o moreno, no importa físico, indispensable de Quillota, buena posición, sincero, leal y buen amigo. Yo, morena, simpática, regular altura, buena familia. Ruego seriedad a quien solicite correspondencia. Correo 4, Playa Ancha, Valparaíso.—Bernarda Ahumada A.

F. A. M., 24 años, rubio, alto, buena presencia, desea correspondencia con señorita de 18 a 25. La Mina, Potrerillos.

Anhele encontrar gringuito de 24 hasta 30, buen físico. Yo, morenita, trabajadora y muy simpática. Contestación por la Revista.—Ojos Soñadores.

Desearía saber de la señorita Olga Ortiz, que fué mi único ideal y hoy es mi único pensamiento.—Pototero Sentimental.

Para G. M. G. M., Potrerillos, La Mina: Le ruego se sirva contestar mi cartita para saber si ha aceptado mi sincera amistad.—Puertomontina Despreciada.

Lidia Vicuña H., Correo La Granja, desea amigo sincero, bueno, comprensivo, serio, de Santiago, mayor de 30 y menor de 40.

Abogado, desea casarse con señorita o viuda de 28 a 35 años, honorable, alta y blanca, con algún capital. Dirección por la revista.—Benito.

Desee correspondencia con oficial de 25 a 30. Yo, 22, alta. Al que me conteste le daré detalles de mi persona.—María Panquilemu.

Anita Page, 17 años, familia honorable, nada fea, desea amiguito buena familia y buen porvenir. Correo 2, Temuco.

Para Corderita Triste, he leído su llamado a "Para Todos" del 20 de enero. Escriba a Pe Efe de Concepción. Ojalá seamos amigos.

Soltero, 36, profesional establecido, desea conocer señorita profesional 23 a 28, que esté dispuesta a formar hogar de trabajo. Si alguna lectora de "Para Todos" está dispuesta a la vida matrimonial, puede contestar indicando dirección por esta revista a Carnet 005126.

Desee correspondencia con joven serio, 25 a 30, moreno, alto. Soy triguena, alta, ojos verdes. Desee un corazón noble, que me sepa comprender. Si algún lector se interesa, escriba a Mabel Sweet P., Correo 3, Valparaíso.

Sería feliz si lograra correspondencia con rubita o morenita de 15 a 20, simpática.—Hugo D., Potrerillos.

Desencantadas de la vulgaridad masculina, buscamos dos "hombres" inteligentes y comprensivos para cambiar impresiones, y así salir de nuestra apatía. Casilla 13159, D. N. y N. D. Djenana y Nedjibia, Santiago.

R. Muñoz, de 16 años, desea correspondencia con marinero pobre de 18 a 20. Ella morena sin bienes. Sólo tiene un corazón noble. Correo Concepción.

Morena, educada, sencilla, 21 años, con el alma hondamente triste, busca cariño para llegar a la felicidad. Mi ideal es un ser que reúna mis cualidades. Pido peruano joven que con la dulzura de su afecto, me haga olvidar el pasado. ¿Habrá alguno capaz de amar a una chilena que se encuentra casi en el último rincón de su país?—Amor Bohemio, Correo Puerto Montt.

Desearios saber de las simpáticas señoritas Ana E. y María Alarcón, que hace poco se alejaron de esta ciudad. Recuerden los tenientes de aviación. El Bosque.

Dos amigas desean encontrar jóvenes altos, de 20 a 28, físico no importa, sentimientos nobles, educados y cariñosos, que sean capaces de comprender almas buenas y sinceras. ¿Será posible encontrar por medio de estas líneas jóvenes con fines se-

rios?... Ellas, 18, altas, serias, profesionales, dueñas de casa excelentes. Mayores datos por correspondencia.—Inés P. Barrera, Correo Quillota.

Desee correspondencia con joven de 19 a 23, de Parral a Talca. Soy una morena amante del cine y baile. Garantizo absoluta reserva. Contestar dando dirección a Incógnita, Cauquenes.

Mi único ideal lo constituye un simpático marino del vapor "Tarapacá", que se apellida Ortiz, no sé su nombre. (Recordará a la chiquilla con quien bailé en Ancud y le ofrecí visita en febrero cuando viniese de vacaciones a Villa Alegre? Conteste por esta encuesta a Correo Linares.

Señorita simpática, 18 años, formal, desea correspondencia con simpático joven de ojos verdes, que viaje de San Felipe a Santiago, de 20 a 23, con fines matrimoniales. San Felipe.—Rosa del Prado.

Para Lucho Arriagada, quiero saber por qué no me has contestado mi última carta, o dime si no estás en Cauquenes. Contéstame a mis iniciales, Valparaíso.

Soy un joven de 16. Curso segundo año de comercio. Gusto del baile y cine. Físico regular. Mi anhelo es amistad con chiquilla de 15 a 16, ojalá rubia, simpática y decente. Correo Central o Encuesta, a E. Contador.

Desee conocer a la encantadora morenita que se llama Julia. Vive frente a la Plaza en Lloileo.—Julio Chilton, Correo 2, Santiago.

Para Quennie, creo reunir las condiciones exigidas. Sirvase dirigirse a Correo 2, Casilla 5449, Santiago.

Desee encontrar joven marino o militar soltero que resida lejos de la capital, para cambiar correspondencia con él. Yo, joven, buen carácter. Mi única entretención es el cine y mi afición la lectura, pero sobre todo mi inseparable seriedad. Si algún marino o militar se interesa por mí, diríjase a Cristina del Campo, por intermedio de esta revista, o al Correo Central, Santiago.

Charles de Recourt, belga, 27 años, rubio, desea madrina. 8 Bandera 29, Compañía. La correspondencia ha de ser mantenida en francés o alemán.

Me agrada amistad con joven de traje azul, que viajaba de Constitución a Talca el día 18 de febrero en la mañana, acompañado de un moreno que bajó a comprar uvas en una estación. Dijo ser santiaguino y estar tres meses en Talca.—Inés Melo C., Correo Talca.

Desee correspondencia con joven de Parral al norte, que sepa amar de verdad. No quiero riqueza ni hermosura, sólo amor para que endulce la vida a una morenita huérfana de amor que no ha amado nunca. Correo Chillán.—B. A. O. T.

Desee conocer santiaguina viva en barrio Estación, de 16 a 18, simpática, espiritual y femenina, y que desee amar ardientemente. Debe remitir foto que será devuelta al no aceptar.—Amante Solitario, Correo 2, Santiago.

Al señor que tuvo la gentileza de contestar al Correo 3, Valparaíso, a las iniciales J. R. V., le ruego escribir al nombre completo a Rosa Vega, al Correo 1, pues debido al nuevo reglamento de correos, no me fué entregada la carta.

Joven conocí primero febrero expreso noche. Fuiamos hasta las Vegas coche especial Concurso Natación. Trabaja Piscina. Vive cerca San Cristóbal. Escriba encuesta Últimas. Iré 25.

Mi único ideal eres tú, Carlitos Muñoz. Te amaré hasta la muerte. Mi corazón polipista sólo por tí. Contesta a Elsalve Alvarez, Correo 2, Temuco.

Joven moreno, alto, delgado, ojos verdes, 33 años, fortuna, desea compañera rubia o morena, simpática, delgada, 19 a 28, educada, para casarse, con fortuna para dar más impulso a negocio. Seriedad.—G. C., Correo 2, Temuco.

Yo, joven de cualidades excepcionales, ansio correspondencia con señorita de buena presencia que sepa mantener amistad constante y en especial a las señoritas D. Rovegno que vive en Freire 10 y tantos. Ruego a la interesada se sirva contestar a Correo Concepción a Rodnek Sweetter.

A John Bull, contestando a su ideal: Es usted mi ideal por tanto tiempo soñado. Reúno casi todas las cualidades por usted exigidas, menos una: desgraciadamente soy fea.—Alma Naufraga sin suerte.

Bertha G. D., simpática, morena, desea mantener correspondencia con joven no mayor de 17 años. Preferible ojos verdes o azules. Correo Quillota.

Tengo 18, morena, ojos grandes, un poco educada, trabajadora, humilde. Desee conocer fines matrimoniales joven de 25 a 45, serio, sin vicios, buena situación, porvenir seguro, no importa que sea viudo sin hijos, ojalá foto. Contestar: Correo 7, Pimpelina Escarlata No 15.

Joven 25, buena presencia, comerciante establecido y pampino aburrido, desea conocer señorita seria y de buena familia. Fines serios. Escribir a Guido, Correo María Elena.

La monotonía de las salitreras abruma nuestras jóvenes almas y pedimos a dos muchachitas, 18 a 20, de buenos sentimientos alegren nuestras existencias con una amena y sincera correspondencia. Nosotros 21 y 22 años. Contestar por la Revista a Tito y Rubén, Oficina Pedro de Valdivia.

Desee saber de mi amigo Alfredo Rodríguez S., que hasta hace pocos meses trabajaba en Potrerillos. Ruego a las personas que sepan su dirección se sirvan enviarme a Carnet 146537, Correo 4, Santiago.

Solicito correspondencia con joven de 20 a 22 años, alto, buena familia, sin vicios, capaz de querer a una joven buena, cariñosa y alegre. — L. L., Casilla 49, Traiguén.

Para Quennie: Poseo más o menos la figura que desea y describe en su párrafo del No 88. Además, como usted, sé música. Como por intermedio de este consultorio sería difícil conocernos bien, le ruego se sirva escribir a Rolando Salabert, Correo Central.

Germán Arancibia, nada te pido, sólo quiero que sepas que a pesar de tu marcada indiferencia tu recuerdo me será eternamente grato.—Y. M. E., Concepción.

Moreno de 25, cansado de admirar la vida amorosa, deseo ansiosamente encontrar por medio de esta favorita revista un alma semejante a la mía para adorarla y contemplarla. Desee una humilde campesinita que con sus dulces caricias y amor venga a consolar a este triste prisionero. La deseo educada, trabajadora, no amiga del lujo, dueña de su voluntad. La que me conteste lo ha de hacer con el decidido fin y propósito de acompañarme hasta la tumba. Ojalá sea del sur y de 20 a 30 años. Mande dirección completa y nombre para yo mandarle los datos que de mí desee. Ha de ser morenita. Conteste por la Revista a Infinito Amor.

Para Muñequita de Trapo: Creo reunir condiciones pedidas por usted en el "Para Todos" 87. Si fuese tan gentil de darme su dirección particular por intermedio de esta misma revista, le sería su eterno agradecido.—Gaucho, Correo Tocopilla.

A Capercueta Roja: Ruego enviarme su foto por carta certificada Correo Concepción y darme su dirección efecto respuesta. Desee nos conozcamos íntimamente.—Conductor.

Señorita seria, 29 años, buena familia, con cualidades para hacer la felicidad del hogar, desea conocer caballero de 30 a 50, desea conocer caballero de 30 a 50, viudo, con una o dos hijitas menores de 6 años. Agradeceré foto del interesado si lo

hay y ojalá de las niñas. Contestar a Marisa Noel, Correo Maullín.

Esa mujer que mora no sé donde, ni su edad, ni aún su estado civil. Esa mujer que veo cruzar por mi cerebro, ¿dónde está? Sé que entregándose a su tenaz melancolía, a su pesimismo amargo, ama. Y en medio de un sin fin de pretendientes donjuanes no encuentra la figura del amor desconocido. Y espera como el doliente poeta la sentencia que le dictan las altas horas de la noche. Y se oculta en su semblante cándido una felicidad nunca hallada, escucha palabras de amor barato. Sin embargo sé que ella, odiando esas estupididades y falsas confesiones, espera... ¡Ah! si yo pudiera encontrarla...—Carnet 4909, Correo Central.

Joven alto, moreno, 30, desea encontrar chiquilla dispuesta a ser fiel. Si llegamos a comprendernos enviar foto. Carnet 102502, Correo 2, Valparaíso.

Negra triste desea correspondencia con joven serio y cariñoso de 25 a 30 años.—E. S. G., Correo 2, Santiago.

Mi único ideal es y será siempre la señorita Adelina N. B., de la colonia israelita de Concepción. Si su corazón está libre, ruego conteste a Judío Triste, Correo Central, Santiago.

Mi único ideal es la señorita que se encuentra en el centro del Mercado de Concepción, puesto N.º 11, Panadería la Europea. ¿Se acordará del joven de azul que el Sábado 7 a las 7.30 P. M. tanto la miraba? La amo; si su corazoncito está libre le ruego me escriba a John S. F., Correo Talcahuano.

Dos campesinas lateadas, muy amantes de los deportes, desearían amistad con huastacos educados. Los queremos altos, delgados, morenos, patulillos y querendones. Si hay interesados contesten sin demora a Sirénas del Changaral. Dirección: Cocharcas a San Nicolás.

Saludo atentamente por intermedio de esta simpática revista al señor Manuel Troncoso A., de Potrerillos, y le participo que mantengo de él un alto concepto y que siento el mismo cariño que me inspiró. Sea esta encuesta un medio de llevar mi pensamiento hacia ti, que deseo esté siempre contigo y te sirva de aliciente en la vida que llevas en ese mineral. Cuenta siempre con el cariño de tu Ana.

Bebita Palogrosso, desearía mantener correspondencia con un joven serio, sincero, de noble corazón. La Serena, casilla 222.

Morena, simpática, gordita, buen cuerpo, educada en buenos colegios y excelente dueña de casa, busca su sueño dorado en un joven profesional u oficinista, de familia sencilla como la mía. Edad 25 a 35. Conteste por la revista a Cariñosas.

Mi ideal es un joven alto, moreno, ojos grandes, iniciales A. G. F., que pasa todos los días por Santo Domingo a Teatinos. Si sus hermosos ojos leen estas líneas y su corazón no está comprometido, ruego contestar por este consultorio a Rado R.

Mi ideal es Sr. Martínez hijo, vive en Matía 244, Temuco. Si está su corazón libre, ruego contestar a Nora Ramirez, Correo 2, Deseo mucho ser su amiga. Vivo cerca de su casa.

Mi soledad abrumadora me hace necesitar una verdadera amiguita. La deseo alta, simpática, sincera y educada, de 17 a 20 años. Yo estudiando, muy dispuesto a amar, moreno, alto y muy sincero. Si alguna de las lectoritas cree ser mi ideal, le ruego escriba a Guillermo Livers, Correo 3, Santiago.

Deseo correspondencia con joven culto y de nobles sentimientos. Conteste al Correo Talca.—Emmy Percy.

Los ideales de 2 talquinas son 2 inseparables amigos: Octavio A. y su amigo Rómulo R. Si el señor O. A. quiere saber quién soy, ruego conteste a Correo Talca, a Dolly. Si el señor R. R. quiere saber, ruego conteste a Correo Talca, a Margot.

M. L. Casilla 49, Traiguén: Soy una buena dueña de casa, buena estatura, 22 años. Busco hombre que desee lo que yo: amar y ser amada, y formar un hogar tranquilo con una mujer que está segura de hacer feliz al más exigente. Debe tener empleo o profesión, para formar hogar modesto, modelo y ordenado.

Quisiera amistad con rubiecita simpática que sea amante de su casa, ojalá extranjera. Indispensable foto y nombre.—Rudy, Coronel, Población Maule.

Joven desea querer a nenita simpática, hija única de alma pura, que no se haya enamorado pero que lo desee, que venga a hacer sus estudios a ésta. Así nos podemos ver y amarnos si nos gustamos. La deseo alta y muy sincera, con algo de fortuna sus padres.—C. E. D., Concepción.

Deseo correspondencia joven serio 25 a 30, moreno alto. Soy trigueña, alta, ojos verdes. Deseo corazón noble que me sepa comprender.—Mabel Sweet P., Correo 3, Valparaíso.

Ardentemente desearía que algún muchacho alto, moreno, muy cariñoso y con fines matrimoniales, quisiera mantener correspondencia conmigo. Soy pobre, 19 años, alta y dispuesta a amar sinceramente, y según me han dicho, muy simpática.—Ethel, Correo Dinguin.

Para Atorante Vagabundo: Una chica de 15 está pronta para escuchar las penas que lo atormentan y hacerle oír dulces palabras propias de su ardiente corazón que tanto desea amar.—Liliana, Linares.

A Hulano de Tal: Es usted mi Ideal y he

Limpia

Bañaderas . . . Azulejos
Ventanas . . . Espejos
Cobre . . . Bronce
Hojalata . . . Níquel
Artículos de Aluminio
Las manos • Zapatos blancos



¡Facilísimo con Bon Ami!

LIMPIAR los vidrios de un balcón o ventana ha dejado de ser una labor desagradable—si se usa Bon Ami.

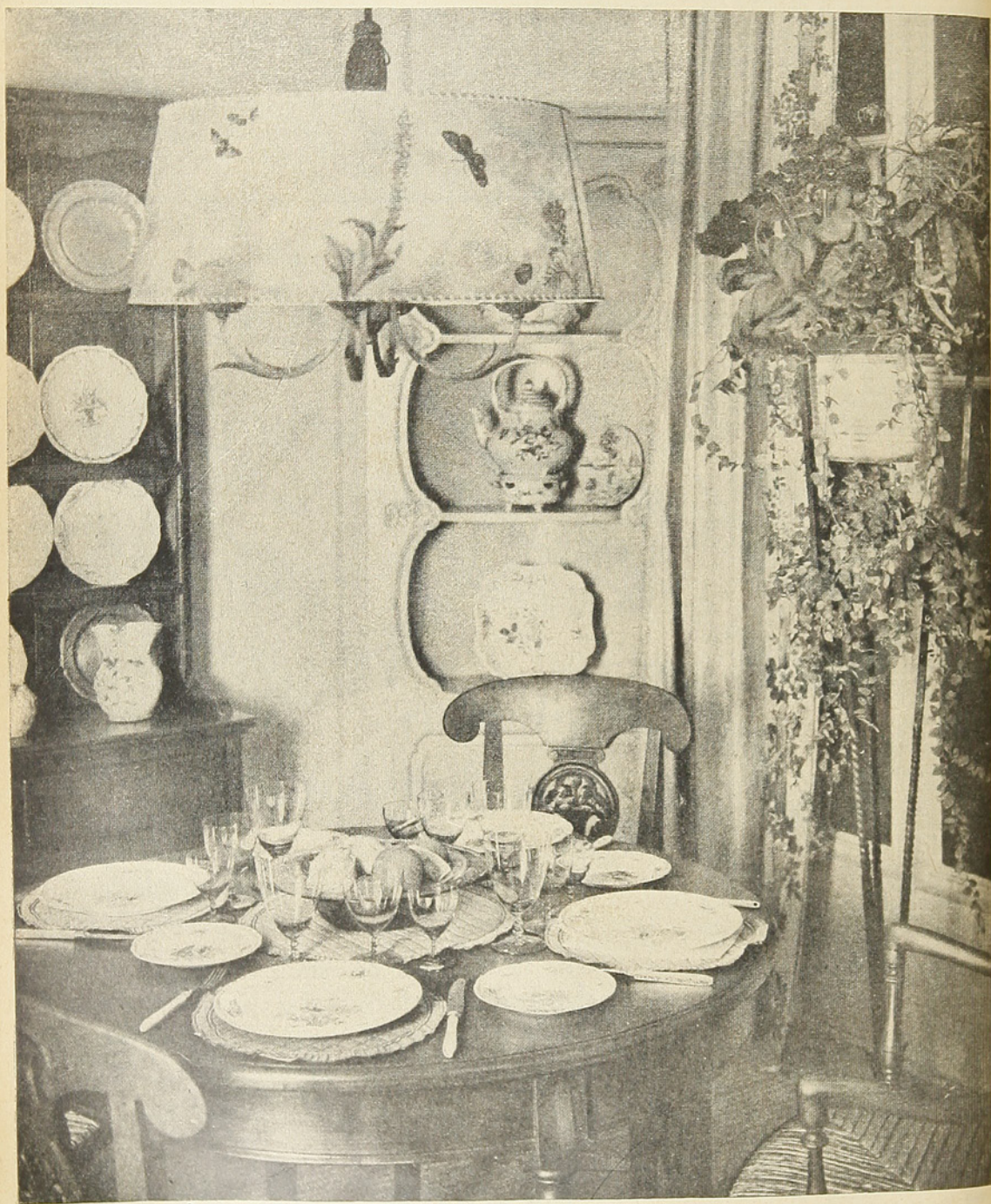
Una ligera capa de espuma del Bon Ami absorberá toda la suciedad. Con sólo pasar un trapo seco, después, por encima, el vidrio queda sin una marca, sin una mancha.

De venta por todas partes

Bon Ami



El Comedor Comfortable



En las esquinas se ven vitrinas formando ángulos, con preciosas porcelanas finas. Encantador conjunto de plantas en las ventanas.

quedado encantada de su manera de expresarse. Si desea correspondencia conmigo conteste a Lillian D., Correo Peltaco.

10, 20 y 30 de Tomé recuerdan cariñosamente a sus respectivas y simpáticas amigas de Angol. ¿Y ellas? ¿Les molestaría sostener correspondencia?

Deseo amistad con joven estudiante leyes, mayor 21, familia honorable, nobles sentimientos, buena presencia. Blanca, pelo castaño, ojos pardos.—María Romeral, Correo Central.

Soy muchachita de 18, optimista, alta, buen cuerpo, ojos azules, tez blanca y sonrosada, gordita y amante de la música. Deseo chiquillo hasta 25, alto, físico bueno, educado, comprensivo y cariñoso. Preferiría de Potrerillos. Dirigirse adjuntando foto, a Gloria Miller, Correo Copiapó.

Charles Queen, Correo 4, chileno, mayor 30, bajo pero buena figura, serio, independiente, con situación formada debido a su esfuerzo personal, desearía casarse pronto con señorita alrededor 25, buena moza, distinguida, ojalá familia acomodada, residiendo Santiago.

Mi eterno ideal es un profesor alto, sin vicios. Yo, 23, profesional, sin pretensiones. Contestar por la revista a Ada, indicando dirección postal.

Deseo amigo serio, generoso, para hacerlo dueño de mi corazón. ¿Me aceptará alguien? Dirigirse mandando foto a Isolina Flores A., Correo Concepción.

Deseo correspondencia con joven culto y amante de las bellas artes, alto y moreno, de Concepción, Temuco o Valdivia. Ojalá profesional como yo, pero no importa siendo de posición. Soy alta, cutis mate con una cicatriz imperceptible, pelo negro ondulado y ojos negros. Luz María Montsenz, Correo Chillán.

Deseo para amigo, viudo o solteroncito de más de 35, buena figura, rubio, muy educado, respetuoso con el bello sexo y sobre todo que sepa comprender a la mujer para cambiar ideas con él. Yo, morena, de 150 m., un poco gordita, pero no demasiado, excelente dueña de casa. Contestar a Temuco.—María M.

Todo mi ideal lo constituye un viudito que hace ocho meses que es viudo. Tiene dos hijos y una hijita que es su regalona. Actualmente es jefe de una firma argentina de cigarrillos. Su nombre es Jorge F. Yo soy una mujercita todo corazón, muy preparada para la vida. No soy atrayente pero simpática y de buena familia. Contestar a M. A. R., al Correo 2 de ésta.

Para Hulano de Tal: Yo no pido tanto. Contestar a Sonia de la Rosa, Correo Serena.

Marinero, 23, alto y delgado, regular físico, desea amiga sincera. La deseo culta y educada. Dirigirse a casilla 71, Viña del Mar.—Adanef Marihard.

Mi ideal por su talento, su figura, sus ojos, su boca, su chiste, su nariz, su simpatía, es Elías Letelier F.—Muriel.

Soy romántico, y como tal vivo abandonado en la vorágine materialista del siglo. ¿No ha de existir un alma comprensiva que me aliente en la dura lucha de la existencia? Soy joven, culto, amo la música y la poesía apasionadamente. Espero una hermana espiritual que endulce mis horas amargas dando a mi corazón la paz que ansia. Amiga desconocida: si deseas mi amistad, contesta a Carnet 14236, Copiapó.

Desearía correspondencia constante con teniente aviador o militar de 25 a 30, rubio, moreno, alto.

Deseo amistad sincera con joven alto, moreno, 24 a 30, Yo regular estatura, delgada, 19 años. Lo quiero serio, sin pretensiones. Quien conteste no se arrepentirá. Tanto mejor si enviara foto. Lucy Murillo, Santa Cruz.

Me encantaría conocer al teniente Guerrero, de Carabineros de Concepción. Me

muerdo por él.—Natcha Urrutia, Concepción.

Me agradaría correspondencia con militar o marino. Dirigirse mandando foto a Josefina M. Pacheco, Correo Concepción.

Deseo correspondencia con lector de esta revista, dispuesto a hacerme olvidar un doloroso desengaño. Mandar foto a Josefina M. Pacheco, Correo Concepción.

Mi ideal es un joven serio, educado, muy caballero en su proceder y de buena familia. Físico no importa. Edad 23 a 27. Tengo 19 años. Lo quiero serio, sin pretensiones. Rori Hesse, Correo 3, Santiago.

Chiquilla de 16 a 20, que seas sola. Si eres bonita, espiritual y buena, escribeme. Tengo 23, ilustrado, regular simpatía.—Somerville, Correo 15.

Para Caballero Audaz: La dirección de Antonio Maury es: Potrerillos, La Mina, Correo.—Un camarada.

Lizíe es una simpática y encantadora triguena de 19 años. Su carácter alegre le impide creer que haya en este mundo tanta tristeza. Y para demostrar que en su cora-

zón no ha anidado el egoísmo, quisiera dar a marino o futuro lectorcito una lección de alegría. Correo Talca.

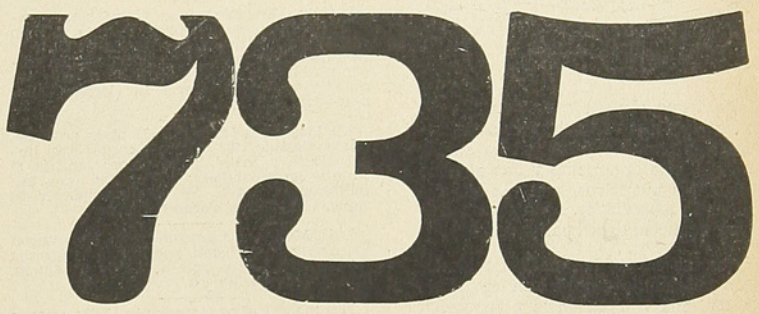
Para Atorrante Vagabundo: Me interesa su ideal y ofrezco mi amor leal.—One day, ferr, 19 años.

Jovencita de 17, desea correspondencia con joven marino de buena familia. Contestar Correo Talcahuano.—Sonia Blas.

Julio Abril. Joven 23, simpático, sin vicios, trabajador, desea amistad con campesinita que reúna las siguientes cualidades: 18 a 22, simpática, dueña de casa, ojalá sepa algo de sastrería y de un amor sin pecado. Deseo formar hogar. Si alguna lectorcita reúne estas cualidades ruego enviar foto o contestar por esta revista. Prefiero de Machali, Donihue o sureña. Potrerillos. Mina.

Mi único ideal es la señorita Blanca Jerez Vargas, de Coquimbo, que está en Pedro de Valdivia. Si su corazón es libre, espero contestación. Soy el joven de 23 años que usted llamaba el dinamite.—Coquimbo, A.B.

Mi ideal es un jovencito que vi por pri-



735

• PESOS •

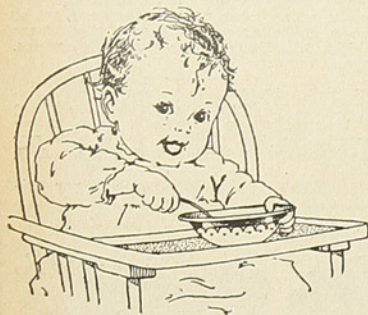
P A R A U D .

El próximo viernes aparece el N.º 18 de «BIBLIOTECA ZIG-ZAG», Tomo II, de la inolvidable ficción de Pierre Loti «LAS DESENCANTADAS», novela que no debe dejar de leer ninguna mujer. Adquiera el N.º 18 y también el 17, pues en él se ofrecen

\$ 735.--

¡Apresúrese! El sorteo se efectuará el lunes 23 de marzo.

¿Está usted orgullosa de su nene?



Para que el nene sea el orgullo del hogar hay que verlo siempre sano, robusto, alegre. Lo principal es cuidar ese delicado organismo y dar al nene alimentos nutritivos, a la vez que fácilmente asimilables. La Maizena Duryea reúne ambas cualidades.

Por eso es que las madres cuidadosas del mundo entero han empleado la Maizena Duryea en la preparación de todos los platos nutritivos y fácilmente digeribles para el nene.

Infinitud de estos platos se describen en la sección especial del librito de recetas que se mandan gratis a solicitud. Gustosos se lo enviaremos al recibir su nombre y dirección. Escríbanos hoy mismo.

WESSEL DUVAL

Casilla 96-V

VALPARAISO

MAIZENA DURYEA



mera vez en Panimávida este año. ¿Se acuerda de la chiquilla que miraba tanto? Si le intereso conteste a M. Díaz, Villa Alegre, casilla 30. Ojalá foto.

Solicitan madrinan los siguientes Bombardeos Aéreos: Ricardo Guerra, Julián de Francisco, José María Fuenzalida, y los pilotos aviadores Aurelio López y Francisco Ramón. Grupo de Bombardeo N.º 31, Aeródromo Militar.—Getafe, España.

Para Hulano de Tal: Sé música, pero me interesa usted. Le ofrezco mi amor.—Write your, 20 años.

Amamos desde hace tiempo a dos señoritas, sus iniciales son: H. G. y D. R. Tuviéramos la dicha de verlas en Penco el 25-I-30, vestían iguales. ¿Recuerdan a los jovencitos que les dijeron no nos invitan a jugar? Si sus corazones están libres rogamos contesten a C. S. A. y F. M. E., Correo Concepción.

Morena saluda atentamente al simpático y muy amigo Raúl Gallardo y le desea que la felicidad sea la compañera de su hogar el día que reciba la respuesta que espera impaciente de la morenita que camina con la serenidad que imprime la conciencia de obrar siempre con rectitud.

Lector: ¿Encontraré en ti un correspondiente? Tu físico no me importa, sólo te pido que seas simpático y que tengas de 20 a 25 años. Si tienes interés de saber de quién viene este llamado y de tener una amigueta sencilla y sincera, escribe a Correo Valparaíso.—Ana del Río.

Mi ideal eres tú, H. L. C., vives en Viña, Cerro Castillo. Te quiero porque eres linda, alegre y jovial. ¿Qué placer sentiría si tú me correspondieras! ¿Por qué eres tan indiferente? Daría mi vida por poseer tu amor. Contesta a Corazón herido.

Luis Muñoz, Panimávida, me encantaron tus ojos y tu seriedad, por lo que te ofrezco mi amistad leal y franca.—Nelly T. Quiero, San Javier, casilla 41.

Moreno, 20 años, estudiante, 1.60, amante literatura y música desea correspondencia señorita 16 a 18, educada, pocas amistades, sincera.—Eduardo Concha, casilla 178, Linares.

Chiquillas de 17 a 18 años desean amistad con jóvenes de buena familia, serios y educados. Contestar a Sonia Guerrero y Carmen Guerrero, Correo Concepción.

Mi único ideal es y será eternamente la simpática morenita de ojos negros que vive en Rengo entre Carrera y Heras. Sólo sé su apellido que empieza por J. Si su corazón es libre y no le soy indiferente conteste a Mirasol del Triste Amor, Concepción.

El 27 de diciembre de 1930 conocí a E. Valdés V. Hicimos juntos el trayecto de Calera a Santiago, él seguía a Talca a visitar a su familia. Mucho conversamos admirándonos de las coincidencias en nuestra conversación. ¿Se acordará de la señorita que iba a Valdivia y a quien pidió fuese su maestra de amor? (Ocurrancia que mucho celebré y que espero cumplir). Ya es tiempo de matricularse y espero que sea mi alumno por medio de una correspondencia franca y sincera. Conteste o mande dirección a Maestra Amor.

Dos amigas deseamos correspondencia con dos oficiales de marina de Valdivia, una 17 y la otra 16, rubias y simpáticas. Contestar a Perfume de rosas y Perla de Oriente, Correo Sewell.

A John Bull: Creo reunir las cualidades que usted desea. Escriba a Lillian L., Correo Peltaro.

Este llamado va para alguna chiquilla que quiera despertar un corazón que todavía no despierta de un largo sueño de 18 años. Yo soy alto, visto bien, tengo mi porvenir asegurado. Mi compañera ha de ser de las mismas condiciones, buena familia y que esté ocupada. Contestar a esta encuesta a o al Correo N.º 8.—F. B. J., 116.

A Gennie: Yo soy el joven de las condi-

ciones que usted exige y creo que nos comprenderíamos muy bien. Aquí van los datos de rigor: altura 1.70, moreno, simpático, ojos claros, pelo castaño, sabe amar y dar en el gusto en lo más mínimo a ella. Tengo 21 años y mis colegas me apodan Scaramouche. Dentro de poco seré dibujante. Si soy de su agrado le ruego conteste por esta revista a Scaramouche, dando cita o autorizando correspondencia y demás pormenores.

Solita y con pena busca caballero de 35 a 50, de alma comprensiva y libre de prejuicios, que sea capaz de endulzar mi triste y solitaria vida. Tengo 32 años, físico poco atractivo, pero un corazón franco y sincero. Buena dueña de casa. Si alguien se interesa, conteste a Carnet 146537, Correo 4, Santiago.

Mi ideal eres tú, R. H. E., que vives en la calle Juana Ross, ciento y tantos. Hace tiempo que te quiero, aunque tengo un rival. ¿Adivinas, Rosita, quién soy?—Valparaíso.

Señorita morena, de 20 años, simpática, educada, desea conocer joven no mayor de 25, alto, cariñoso y agradable. Contestar a Berta Ruch, Correo Central.

Desearía correspondencia con un joven que según supe es del submarino "Johnson". Sus iniciales son A. D. Ruego conteste a Nena Cofré, Correo 2, Valparaíso.

Mi ideal es y será un joven que estudia en el Instituto de T. y D., de Chillán. Se llama René H. ¿No te has fijado en una morena que te mira mucho? Si tu corazón está libre contesta a Lila del Valle, Correo Chillán.

Desearía saber de mi amigo Bolívar Rojas. Si no está casado conteste al Correo de Talca a una amiga que mucho lo recuerda.—Maggie Zambrano.

Estas líneas van dirigidas a un hombre serio que tenga 30 a 40, muy decente y que piense casarse. Yo, 18, simpática, excelente dueña de casa, hija de extranjeros.—Raquel Zambrano, Correo Talca.

Para Húsar Imperial: Creo ser la chica que busca, 19 años, simpática, buena, cariñosa y sencilla. Si le interesa y desea más datos conteste a Teresa Huerta M., Correo Concepción.

I wish a sincere friendship with a noble and good englishman. Please answer me M. C. P. M., Valparaíso, Correo 3.

Busco un alma que conozca el sufrimiento. Una amiga espiritual es la que anhelo. ¿Acudirá? la espero. Contestar por la encuesta a Bismarck.

Minerito rubio busca su ideal en una rubia que sepa querer de verdad. Conteste Correo Sewell a L. G. G.

Joven 27 años, desilusionado de la vida ha llegado a esta capital en busca de un corazón hermano. La deseo culta y de buenos sentimientos. Belleza física no me importa. Dirigirse a Carnet 0031366, Correo 5, Santiago.

Deseo correspondencia con Francisco Filipensky, oficial de Carabineros de Valparaíso. Le ruego que si sus lindos ojitos azules leen esta revista conteste dando su dirección porque no sé en qué comisaría está.—Esperanza.

Virginia Garobella y Lucía Montenegro desean tener amistad con el jovencito que trabaja con Luis Moltedo. Si no nos equivocamos, sus iniciales son J. T. G. y vive en el Cerro Yungay. Conteste al Correo N.º 3, Valparaíso.—Virginia Garobella.

Luis Ossa, el amigo que conocí en Linares en 1914, era profesor del Colegio Patroquial. Vivíamos en la misma casa-colegio. En enero de 1915 partí a mi nuevo destino y él también sin poder despedirme. Ruego a sus amigos avisarme su dirección.—María Treselma Abraham, Correo Cauquenes.

Para L. de C. W. El que te escribía desde una ciudad del sur desea devolverte correspondencia.

Wilhem: Chue. ¿Te has olvidado de mí? Recuerda lo que prometiste enviarme. No seas cruel. Escríbeme a la misma dirección. Concepción. Teres.

En vano te he buscado en el paseo. ¿Dónde te encuentras H? Ahora que te he perdido sufro y lamento mi cobardía. Cuando quise exponerte mis sentimientos supe po- leabas con A. Pantoja, ¿por eso eres tan indiferente a pesar de mis insinuantes miradas? Contéstame por la revista, no seas cruel, yo te querré como lo mereces.—Enamorado sin suerte.

Para Nena P. Mi única ilusión es usted, simpática chillaneja. Su seriedad y tristeza con que miran sus encantadores ojos verdes me cautivan. Quiero que sepa que hay un ser que la adora en silencio. Concepción. Ingeniero esperanzado.

Mi ideal es y serás tú, Francisco Araya. Sé que poleabas, pero te quiero con todo el corazón. Si tus ojos leen estas líneas, ruego contestar a Ramillete de Flores, Correo Sewell.

Moreno de 25, estatura 1.65, cansado de combatir en esta penosa vida sin gran beneficio, lanzo mis suplicas al espacio infinito. ¿Habrá en este pequeño átomo de tierra una mujer abnegada que se apiade de mí? Me imagino que no. Ha de ser de cualquier edad. Es mucho lo que pido y sólo ofrezco un noble corazón y mi aprecio hasta más allá de la tumba.—Pródigo corazon.

La primavera de la vida me ha sorprendido sola y triste. Ni una palabra dulce y leal he escuchado todavía. Alma piadosa, recíbeme en tu cariño y proporcióname el calor sincero que mi espíritu necesita. Si algún corazón se encuentra libre, contéstame a Gladys Ferrey, Correo 3, Valparaíso.

Espero que entre los lectores de esta revista haya alguno tan compasivo, que quiera atraer con sus cartas un poco de alegría a mi espíritu huérfano de afectos. Si algún lector se interesa, contéstame a Lucia Honeyman. Correo 3, Valparaíso.

Para Colirio, si desea un amigo, deme su dirección.—Solitario.

Mi ideal sería joven profesional o empleado, 23 a 27, que sepa respetar fines serios. Indispensable foto.—Tita Cornejo, Chimbarrongo.

¿Mi ideal? Lo encontré un domingo a bordo del "O'Higgins" en la estadia de éste en Valparaíso (Semana Porteña y Viñamarina), en el simpático marinero R. A. Sólo quiero que sepa Ramoncillo, que hay una chiquilla que te recuerda con nostalgia. No me olvides.

Sally Muller, quiromancia, "Zig-Zag" 7 de febrero, reúne condiciones de simpatía. Correo Puerto Montt.—Guillermo Peter B.

Viuda joven, extranjería, que desee simpatizar con profesional sureño que próximamente visitará la capital, dirijir foto y correspondencia a Correo Central, Santiago.—Alfredo Wilmer R.

Tres encantadoras morochas, una gordita, dueña de casa. La segunda alta, pelo negro y ondulado, y buena nadadora, y la última alta, delgada, cuerpo colosal, también muy atleta, buscan entre los lectores, tres simpáticos galanes, que sepan comprenderlas. La primera exige, moreno simpático, lindos dientes, buena situación, pues ella es rica; la otra no exige físico con tal que tenga buena situación y sea buen atleta. La tercera, quiere joven rubio, alto, ojalá descendiente de alemán, que pertenezca a algún centro de sport, como ser el Stade Français.—Marcela, Luciana y Panchita, Correo 11, Providencia.

En un viaje que hice en noviembre último conocí a una señorita muy simpática. Vestía traje café de lana y boina de paja del mismo color. Es morena, no sé de qué color son sus ojos. No me los dejó ver, al despedirme de ella en Antihue. Me contestó muy altanera. ¿Por qué lo hizo? Si lee estas líneas, contéstame a la encuesta. La he buscado en Valdivia donde ella iba, sin poderla encontrar. El joven del abrigo plomo.

Modas masculinas

Las camisas.

La camisa en los hombres, no se reduce a ser una prenda de lencería; es algo que entra por mucho en la elegancia del conjunto, puesto que el cambio de la pechera y los puños, que son las partes visibles de aquella, pueden dar una nota diferente al mismo traje.

Además se ha de tener en cuenta que para cada clase de ropa se ha de llevar adecuada camisa. La que se usa con americana o traje deportivo, no es admisible para la levita o el smoking.

Un hombre que pretenda vestir bien, ha de fijarse mucho en esos detalles, y no está de más que las señoras los conozcan, a fin de que puedan dar buenos consejos a los hombres de su familia, sobre la elección de sus indumentos.

La camisa.

No nos hagamos ilusiones sobre el advenimiento de la camisa flexible con cuello algo escotado y blanco. Si durante algún tiempo ha sido tolerado tan anti-elegante atavio, ya hemos llegado a convencernos de que en la ciudad resulta francamente incorrecto, y con justicia lo hemos relegado a la caza o los deportes. Esa clase de camisas suelen ser en etamine o seda cruda, con cuellos y puños de lo mismo, cerrados por botones de nácar.

La camisa que debe llevarse con los trajes de americana, es de percal a rayas o con dibujos menudos, con pechera corta y ligeramente almidonada. Este género de camisas, para sentar bien han de estar hechas a medida; sólo así la pechera guardará perfecta relación con el escote del chaleco. El cuello puede ser blanco o de la misma tela, pero en ambos casos, bastante bajo y vuelto, y los puños rectos y almidonados, o flojos y vueltos.

Con chaquet lo más elegante es la camisa de percal blanco, a plieguecitos, o con pechera almidonada. Su cuello ha de ser de pajita y medianamente alto.

Para traje de etiqueta, la camisa no puede ser más que blanca, de percal o piqué. Con smoking se prefiere la camisa cuya pechera la forman plieguecitos, ligeramente almidonados, y para el frac corresponde la de pechera corta, almidonada y con un solo botón.

Estas breves indicaciones bastan para dar idea de la importancia que tiene la camisa en el guardarropa masculino. A esta indispensable prenda se le añade una nota de elegancia, si, al igual que los pijamas, se marca por medio de un monograma, en el lado izquierdo del pecho.

Los calzoncillos.

Los de invierno deben llegar hasta la canilla y se hacen en céfiro, franela y género de punto de seda o lana. Si se lleva camiseta, los calzoncillos deben for-

mar juego con ella, y en el caso contrario, si son de la primera de las telas citadas, habrán de armonizar con la camiseta. Los de verano, cuyo largo no excede del que tienen los calzones de foot-ball, suelen hacerse del mismo percal que las camisas.

EMPAREDADOS DE QUESO

Ingredientes: Cucharada y media de harina, vaso y medio de leche, dos huevos, seis cucharadas de queso de Parma, un pan de molde, aceite o manteca de cerdo.

Se deslie la harina en la leche, se pone al fuego, sin dejar de moverla cuando se haya cocido bastante; se retira del fuego, se añade el queso y los huevos, dejándose enfriar.

Se corta el pan en cuadrados de medio centímetro de grueso, se humedecen ligeramente en leche, se van formando los emparedados, poniéndoles bastante bachabel entre los dos cuadrados del pan; se pasan por huevo y pan rallado y se frien en aceite muy caliente.

¿Asperezas de la piel?

La piel áspera que atrae a la mujer y esto ya no se tolera desde que en cualquier parte y al alcance de todas, se halla la Crema Hinds. Unas ligeras fricciones con esta admirable preparación, es cuanto basta para que la piel (aun en los lugares más afectados, como rodillas y pies) se torne suave, fresca, flexible.

Use Crema Hinds a diario y sus admirables resultados le sorprenderán.



BUENAS IMPRESIONES
HACE
UNIVERSO

CREMA
de miel y almendras
HINDS

Bonito Juego de Lencería Personal



A todas nos gusta completar el gracioso y perfecto corte a la par que depurada ejecución de nuestra lencería personal, con una labor que aumente su belleza y efecto decorativo, pero como el adquirir las prendas completamente terminadas es excesivamente costoso, para evitar el gasto debemos recurrir a adornarlas por nosotras mismas, lo que a la par que economía produce

la satisfacción del justo y noble amor propio por poder llevar lo que salió de nuestras manos. Con este fin damos en esta página los modelos de un moderno juego de lencería y el detalle del adorno cuya descripción considero innecesaria ya que estoy segura que todas lo sabréis hacer apenas veáis el dibujo

Casada por Dinero

Por
CONCORDIA MERREL

—¡Maldición!— exclamó, y la violencia estaba ahora en el tono de su voz.— ¿Cómo iba yo a suponerlo? ¿Cómo, en nombre del cielo?

—¿Suponer qué?— interrogó Linney, que no podía explicarse aquel asombroso ex abrupto.

—¿Saber que tú sentías lo que decías!

—Mal podías suponerlo. Lo sé bien. Yo no pido ni espero nada semejante de usted. La opinión que le merezco la he formado yo misma con mi propia conducta, imposibilitándola a usted para juzgarme capaz de ninguna emoción o sentimiento.

—Pero ahora parece haber cambiado completamente... ¡Pareces pensar en él con una intensidad de afecto tan grande...!— exclamó la señora Braid, como si semejante cosa le condujese efectivamente un pesar.

—No hay en el mundo nadie como él!— gritó casi la muchacha con voz que temblaba.— Y ahora que ya le he dado a usted eso, quiero cortar con usted en absoluto. No quiero tener nada más que ver con ninguno de ustedes. Voy a empezar con él una nueva vida, en un nuevo ambiente, entre gentes nuevas. Comparados con él, todos aquí resultan pequeños y mezquinos. Apareció él en mi vida, vestido con su traje usado, de americana, y todos los otros hombres me parecieron estúpidos. Voy a darle todo cuanto pueda. Voy a hacerle feliz. Jamás sabrá lo repulsivo que fué el principio de nuestra relación.

Se detuvo, sin aliento. Sus ojos y sus mejillas estaban encendidos por la emoción.

—Rhoda, he obtenido ese dinero para usted, y me repugna hacerlo... Pero, en realidad, era por él más que por mí misma... Ahora que ya lo he hecho, ¿me dejará usted ir a él en paz y ser feliz? ¿Lo hará usted, Rhoda? Yo haré siempre cuanto honradamente pueda; pero Rhoda, no me pida usted cosas de esta clase otra vez... No me las pida, se lo suplico... No quiero tener jamás que decirle a él nada que no sea la verdad escueta y absoluta... Quiero que jamás haya entre los dos la sombra de un engaño. No por su dinero; iría a él lo mismo si no tuviese un céntimo. Déjeme ir a él con la tranquilidad de que no va usted a provocar ningún otro conflicto...

Se interrumpió, pero su mirada suplicante hablaba aún por ella. La señora Braid se volvió bruscamente y, de espaldas a Linney, dijo tras un momento:

—No te causaré ningún... otro... conflicto, Linney. Te lo prometo.— Y su voz tenía un tono indefinible.

—Oh, gracias, Rhoda. Gracias un millón de veces... Me quita usted un peso enorme de encima. Quiero que él nunca sepa toda la infame trama urdida para nuestro primer encuentro. No hay ninguna razón para que lo sepa. Yo puedo hacerle feliz; lo sé bien. Y nada hay de que yo no sea capaz por conseguirlo. ¡Oh, hace usted que yo me siento... con vida otra vez! He tenido miedo de usted, Rhoda... Miedo de que le dijese a él algo. Pero la creo si usted me afirma que no lo hará. Y le guardaré gratitud y la bendeciré por ello todo el resto de mi vida.

Le pareció que todas sus antiguas angustias, su vida antigua, pertenecía al pasado, y sintió que su corazón, dichoso, apresuraba los latidos.

Se volvió, dirigiéndose a la puerta, y estaba a punto de salir, cuando Rhoda, impulsivamente, la detuvo:

—Linney...— comenzó.

Linney se detuvo y volvióse.

—¿Qué...?— interrogó.

—Oh... nada; no era nada. Vete, vete con tu hombre maravilloso, y sé feliz.

Linney salió, sintiéndose libre de un pesado fardo, ligera como el aire y con una canción de triunfo en su corazón.

Pero lo que la señora Braid había ido a decirle era que, cuando se hallaron a la entrada de la casa, justamente venía del Correo, de depositar una carta de tan especial interés,

que se había creído en el caso de ir en persona a echarla en lugar de entregarla a una doncella. Y que aquella carta que había sido depositada con tan extraordinario cuidado por sus propias manos, iba dirigida a Adán Gault.

CAPITULO VIII

El día de la boda

El día de la boda de Linney amaneció con niebla, y Linney, que se despertó temprano, saltó de la cama y fué a la ventana, apartando las cortinas. Era el día más grande de su vida y quería ver con qué aspecto se presentaba.

Neblina. Pero no la niebla fría, pegajosa y densa de un día sin esperanza; sólo la gasa apoléscente que algunas veces envuelve el mundo, en la aurora, y que pronto se desgarrará y evapora al contacto de los primeros rayos de un sol triunfante. Brillaba ya la promesa de un tiempo luminoso. Para Linney aquella neblina matinal era como un símbolo de esperanza. Las neblinas iban a desaparecer: del día y de su vida.

Todo estaba silencioso, con el silencio de un mundo aún adormilado. El primer sonido del despertar de la ciudad a la vida lo produjo el carricoche de un lechero; después se oyeron los pasos lentos y ponderados de un policía. Un poco más tarde dentro de la casa, oyó los pasos ligeros y apresurados de las criadas, que acababan de levantarse y corrían escaleras abajo.

Y todavía Linney permaneció allí quieta, con los ojos abiertos y soñadores, hasta que el primer rayo de sol doró el día y ahuyentó la niebla. Entonces se volvió a la cama, contenta del presagio.

Más tarde la despertó la doncella al llevarle el té.

—¡Oh!— exclamó, incorporándose con la sensación de haber dormido largo rato y el temor de que la hubiesen dejado faltar a la cita más importante que había tenido en su vida.

—Son las siete y media, señorita— la tranquilizó la muchacha.— Pero el señor Gault está aquí y yo pensé que usted debía saberlo.

El corazón de Linney latió con violencia. ¿Qué podía Adán querer a aquellas horas? ¿Habría sabido algo? El angustioso recuerdo del cheque que él le había dado y de su entrevista con la señora Braid, dominó en su imaginación.

—Sí, muy bien. Bajaré en seguida— dijo, casi asombrada del tono sereno y convencional que dió a su voz, pese a la agitación de sus pensamientos.

—Ha dicho que no la molestemos,— continuó la muchacha,— pero he creído preferible decirselo.

—Celebro que lo hayas hecho así. Prepárame el baño, por favor, Parker. Después de todo, ya no puedo dormir más,— y perdió un poco el dominio de su voz.— Di al señor Gault que bajará tan pronto como esté vestida, ¿quieres?

—Sí, señorita.— Parker salió, preparó el baño y fué a dar el recado a Gault. Linney apresuró su toilette, dominada por la fiebre de saber qué podía haber hecho a Adán Gault ir allí tan temprano.

Pero cuando un poco más tarde le encontró abajo, en la salita de mañana, el cordial recibimiento que la hizo disipar todos sus temores.

—Adán— interrogó rápidamente,— ¿hay alguna novedad desagradable?

—No, dulzura— dijo, un poco avergonzado,— sólo que...

—Dí. ¿Qué...?

—Tengo la cabeza hueca— confesó.

—Pero, ¿por qué?— y los ojos asombrados de la muchacha buscaron y escudriñaron los de él.

—¡La... la dichosa ceremonia, dulzura! He estado haciendo memoria toda la noche, pero no estoy muy lejos de hacer un

montón de tonterías... — y se alisó el cabello, con gesto distraído.

Ella sacudió su áurea cabecita, riéndose.

— ¡Chiquillo querido! ¡Estás nervioso! — exclamó alegremente. — Nunca pensé que pudieses estarlo. ¡Qué bueno eres...! — No por mí — puntualizó él. — Estoy expuesto a hacer mal las cosas, decirlas mal y poner el anillo...

— ¿En un dedo equivocado? — concluyó ella.

— No te diría que no — acordó él.

— Y pensando en todas esas cosas agobiantes no pudiste dormir, y viniste aquí...

— No me proponía venir... pero me hallé aquí. Supongo que será la fatal atracción. Una de las muchachas me vió, desde la ventana del comedor y me abrió la puerta. Pero le dije que no te molestara.

— ¿Y no estás contento, sin embargo, de que lo haya hecho? — preguntó riendo.

— Es ciertamente muy agradable, muy dulce, el estar junto a ti, amor — admitió él, riendo también, — pero eso no es todo, ¿verdad?

— ¡Ni remotamente! Mas la idea de verte paseando en la niebla, solo y abandonado, al despuntar el día, es demasiado poderosa para borrar toda otra consideración.

— ¿Cómo sabes que había niebla? Levantó ya hace más de una hora.

— Tú no fuiste el único que no podía dormir esta mañana, Adán — confesó.

El le cogió las manos y la trajo hacia sí.

— Bendita mía, hoy es nuestro día grande, ¿verdad?

Libertó ella sus manos y le echó los brazos al cuello, obligándole a bajar a cabeza al nivel de la suya.

— Nuestro; sí, es nuestro. El más nuestro de todos... No te arrepientas nunca, querido mío... ¡Oh, no te arrepientas nunca! — murmuró, estrechada.

Los brazos de él la rodearon y ciñeron, turbado por una emoción demasiado honda para expresarla en palabras. Después, con un suspiro, la soltó. Apartóse ella lentamente, pero conservando sus manos en las de Gault.

— Ahora ya puedo afrontar la ceremonia, sintiendo que no importa nada de lo que pueda ocurrir, a condición de que nada la impida... — dijo él, riéndose con una risa un poco insegura. — Nada me preocupa, cuando tú me das tantas cosas y tan dulcemente.

Sonrió ella incierta, libertando sus dedos de la amorosa presión, y dijo, con una alegría no del todo natural:

— Voy a darte incluso algo más... ¡Voy a darte de almorzar! ¡Será un especie de "almuerzo de boda"! Para nosotros solos, ¿queres?

— ¿No debería ser esto después de ir a la iglesia? — inquirió él con gravedad.

— ¿Me vas a dar lecciones de etiqueta después de tu conducta de esta mañana?

— ¡Oh! — exclamó, — lo que digo es que el mundo es un lugar delicioso.

El "almuerzo de bodas" fué un éxito. Linney atendió a Gault, haciendo el papel de dueña de casa con un aire encantador de afectuoso interés. Ninguno de los sirvientes sabía del próximo matrimonio, así es que el almuerzo fué servido como cosa corriente.

Gault se dejó mimar por ella, demasiado intensamente feliz para formular una protesta. Era una modalidad que nunca había tenido; pasaba de la ternura a la alegría, y le daba cariñosas bromas, con alguna insinuación de vez en cuando; era algo casi material.

— ¿Un hombrón? ¡No es más que un niño grande! — pensó ella, cuando Adán Gault se apoderó de la mano con que le alargaba la taza de café y besó la punta de cada uno de los rosados dedos. Sus ojos reflejaban una dulzura afectuosa, mayor de lo que ella misma imaginara. Se sentía aliviada de un peso enorme y llena de gratitud a la suerte, que permitía todo aquello y que las cosas marcharan por tan buen camino.

Cuando apareció la señora Sheridan, se mostró debidamente escandalizada por aquellos procedimientos tan poco convencionales, pero echó a Gault un beso que aseguró ser "estrictamente maternal", y participó alegremente de la úl-

tima mitad del almuerzo. Cuando le contaron los sustos del novio, prometió echarle una mano en todo momento.

Gault, agradecido por su actitud, le dijo:

— ¡Es usted una mamita adorable! — Pero Linney, que observaba, sintióse moralmente angustiada por la farsa, y se preguntó cómo su madre podía disimular de aquel modo el verdadero fondo. Durante el resto del almuerzo, permaneció pensativa y silenciosa.

La sustrajo de sus pensamientos la voz de Gault, que decía:

— Supongo que yo no debía haber aparecido hasta la hora de ir a la iglesia...

— No importa, Adán, hijo — dijo la señora Sheridan, — las cosas no son ahora como en otros tiempos; las modas han cambiado, y puesto que usted ha comenzado ya el día con tan asombrosa originalidad, le permitiremos que lo continúe de la misma manera. Quédate aquí fumando, mientras ataviámonos a la novia, e iremos todos juntos a la iglesia. Ven, Linney querida, son las diez y media.

Gault lanzó una mirada a su traje azul.

— ¿Vas a ir muy compuesta, dulzura? ¿Raso blanco... y todas esas cosas? — inquirió ansioso. Ella movió la cabeza.

— Blanco, pero no raso. Un vestido muy sencillo.

— ¿Podré ir yo así?

— Perfectamente. Una sola cosa hubiera yo preferido.

— ¿Y es?

— Tu viejo traje de americana.

— ¡Chiquilla querida!

En la puerta, se detuvo la señora Sheridan.

— ¿Desde luego, tiene usted la sortija? — le preguntó.

Tras una busca frenética por todos los bolsillos, consiguió hallarla.

— Entonces, adiós por una hora — dijo riendo, y las dos se marcharon.

Cuando reapareció Linney, iba vestida con un simple trajecito de líneas sobrias, confeccionado con un vaporoso tejido blanco; un sombrero de fina paja blanca, ancho de alas, adornado sólo con una cinta; zapatitos blancos y guantes largos. Ninguna *toilette* de sedas, azahares y velos hubiese podido formar una más dulce imagen de desposada que aquella. Quédase ante él, pidiendo tímidamente con los ojos una palabra de aprobación que, dominada por sentimientos demasiado hondos, apenas podía él darle. Era suya, con toda su adorable fuerza y juventud. Suya completamente. El corazón se le estremecía de ternura, y sus ojos se empañaban al mirarla.

— ¿Y bien? — interrogó ella suavemente. — ¿No tienes nada que decirme?

— Demasiadas cosas, pero no puedo. ¡Chiquilla mía, qué adorable eres!

— ¿Y el vestido? ¿No merece ningún elogio?

— Todo lo tuyo estás siempre irreplicablemente bien. Eso es todo, y eso es siempre. ¿Es nuevo?

— ¿Es nuevo? — remedió ella, como una burla cariñosa. Y después, cambiando de tono:

— Todo es nuevo. No quiero llevar nada viejo conmigo.

— Y, sin embargo, deseabas la americana vieja.

— Para ti, sí; es distinto.

— Todo lo viejo para mí, ¿eh? — rió él.

— No, Adán; pero yo quiero que tú seas como eras, como has sido siempre. Y yo, como me propongo ser. Trajes nuevos, pensamientos nuevos, vida nueva, corazón nuevo.

— Dulzura, conserva sólo aquel traje blanco que llevabas cuando te vi por primera vez.

— ¡Oh, no! — y la frase diríase casi un grito de dolor.

— ¿No tienes buenos recuerdos para ti también, dulce amor?

— Si... sí... pero ¡oh!, bueno, si tú así lo deseas...

Interrumpiéndose con la entrada de la señora Sheridan, que llevaba un traje gris con adornos de su azul favorito.

— Será mejor que nos vayamos ya. Son las once y media; he encargado el coche — dijo con su tono conciso y práctico.

Luego, al salir, juntos al vestíbulo, llamó a la doncella de Linney.

— Parker, baje el equipaje del cuarto de la señorita Linney, haga el favor; y mientras estamos fuera, recoja todo lo que encuentre en la cómoda grande y en el armario del cuarto

de *toilette*, y bájelo. La señorita Linney va a casarse a mediodía.

Unos minutos más tarde se hallaban en el automóvil, camino de la iglesia.

Aquella ceremonia sencilla, sin pompa alguna, fué como un sueño para Linney, y jamás los rituales de un matrimonio fueron escuchados por unos oídos más a tono con sus bellezas, exhortaciones y advertencias; ni acogidos por un corazón más apasionadamente determinado a vivir de acuerdo con los más altos ideales predicados. Las respuestas prometidas le salieron del alma. Si su corazón hubiese estado lleno del amor más hondo hacia su marido, no hubiera podido darse a él con una más absoluta sinceridad. Gault, pese a sus temores de antes, hallábase ahora perfectamente dueño de sí, y se mostró tan sereno y correcto como si hubiera hecho ya la misma cosa una docena de veces, según aseguró la señora Sheridan cuando, concluida la ceremonia, les besó felicitándoles.

Luego, volviéndose a casa de la señora Sheridan para comer. Linney se sentía más y más agradecida por el modo irrefragable que Gault tenía de comportarse. Su madre mostraba una ligera tendencia a un humor caprichoso y voluble. Pero Gault se mostró impecable; tierno, atento, afectuoso, pero dentro de los más exactos límites.

Cuando después de la comida les dejó para ir a su cuarto e inspeccionar si todas sus cosas habían sido debidamente recogidas, y arregladas, la señora Sheridan se dirigió a Gault con las manos tendidas. Con una expresión de quien sonríe a través de las lágrimas, le miró murmurando:

—Adán, a ti te la doy... Y te la doy libremente... Pero hay siempre un dolor en una donación así... Cuidala... Eso es todo.—Había en su voz un ligero temblor, de gran efecto. No podía evitar el hacer comedias, y se felicitó a sí misma, juzgando aquella una de las escenas de su vida mejor representadas. El era demasiado sincero para suponer la insinceridad de ella, y le respondió con toda su alma, dándole las seguridades que pretendía solicitar con una fuerza de sentimiento que en él no era fingido.

Al reaparecer Linney, llegó el momento de la partida. La señora Sheridan la estrechó en su brazos y la besó ardientemente. Cuando el automóvil arrancó, volvió a entrar ella en la casa. Sintiendo que su magna empresa había llegado a un final satisfactorio, se sintió en paz con el mundo.

Gault y Linney—la mano de ella estrechamente apretada en la de él,—se dirigieron a su hotel.

—Señora Adán Gault—murmuró él a su oído.

—¿No suena deliciosamente?—murmuró ella, en respuesta; y era imposible que lo dijese con más sinceridad. La felicidad de haber dado a aquel hombre la dicha que anhelaba, apresuraba los latidos de su corazón; nada había venido a turbar la ofrenda, y el futuro, finalmente, aparecía diáfano ante sus ojos. Ella sabía cuál era su misión en la vida; y aunque no le amaba, sentía por él un afecto tan hondo que aquella misión le parecía fácil y dichosa. Su antigua vida de mezquinas y pequeñas intrigas, había concluido. Había ganado el amor de un hombre de veras. Harry Lovelace parecía haberse desvanecido en un remoto pasado y haberse reducido a algo insignificante. No le había amado. Lo comprendía ahora. Había sido seducida por su elegancia, su aire de afectuosa atención, su alegre frivolidad. Pero aquello fué en un tiempo en que ella no conocía nada más; en un tiempo en que su mundo aparecía poblado de seres frívolos, que vivían sólo para sus diversiones. Pero después, como había dicho a Rhoda Braid, aparecía Adán Gault, vestido con su viejo traje de americana, y todos los hombres conocidos resultaron estúpidos. No le amaba como él amaba a ella, pero en su estimación ocupaba un plano infinitamente superior a cualquier otro hombre; y tenía una maravillosa y dulce sensación de serenidad por haber hallado una senda en la vida que merecía la pena de ser recorrida; por haber encontrado que la vida misma, cuando estaba con él, era también digna de ser vivida. Y quizás—¿quién podría decir nada?—algún día también ella llegase a amarle con un amor tan grande como el que ella le inspiraba. ¿Acaso el sentimiento suyo no podría ceder su puesto al sentimiento supremo?

La voz de él interrumpió el curso de sus pensamientos.

—A mí me suena a música. dulzura. Una música loca, maravillosa.

—Es una música maravillosa para mí también; una música que significa una nueva vida—suspiró.

—Estás segura de que te gustará, chiquilla mía? Será una vida más simple, menos refinada... Una ciudad del norte, no es Londres, ¿sabes?...

—Pero tu casa... nuestra casa, quiero decir, no se halla dentro de la ciudad, ¿verdad?

—No; pero yo me refería a que no hay las elegancias de Londres, sus tiendas, sus fascinaciones...

—Adán, ansio ver la casa... Me parece, por lo que me has dicho, que ha de ser deliciosa. Grandes habitaciones, al estilo antiguo... y un ambiente de hogar... Creo que me dará la bienvenida. ¿No crees que tu ama de llaves estará resentida conmigo?

Y alzó para mirarle un rostro tan lindamente animado por la ansiedad, que él dijo:

—Mira hacia otro lado en seguida, dulzura, o te encontrarás besada en un automóvil abierto y en medio de una calle llena de gente...

—No me importa en absoluto—fué su respuesta; y en vez de mirar hacia otro lado, como él le indicó, se inclinó un poco más sobre su ancho hombro. Miróla él a su lado, con la amenaza de un beso en los ojos, pero no pasó de la amenaza.

—Adán, yo no soy una buena ama de casa ni nada de eso, ¿sabes? Te das cuenta, ¿verdad?—dijo tras un instante.

—Mi ama de llaves, la señora Bargood, buenaza y alegre, va a estar muy satisfecha de que así sea. Así podrá enseñarte una serie de cosas intrigantes. Pero no tienes que preocuparte de aprenderlas si no lo deseas. Ella puede ocuparse de nosotros dos como se ha ocupado de mí durante los últimos cinco años—añadió confidencialmente.

—Pero yo deseo saber también esas cosas. Hasta ahora nunca fué interesante que las aprendiese. Mi madre nunca me hizo ocuparme de ellas, y yo creí que tuviesen importancia. Pero ahora, la tienen...

—No seas tan dura para con la vida que has llevado, pues te ha hecho como eres...

Apretó ligeramente la mano de ella, pero la leve caricia no obtuvo respuesta, y la imaginación de la muchacha repetía como un eco: "Te ha hecho como eres..." No sabía por qué, algo parecía herirla siempre aquel día; era supersensible. Había sufrido una tensión y una ansiedad tan grandes, había tenido que soportar sentimientos y situaciones tan violentas... Reflexionó. El pasado no existía ya. Y el futuro estaba todo ante ella... Respondió a la presión de su mano.

—Amame por lo que soy—susurró,—por lo que soy desde el momento en que supe lo que tú eras...

Un instante después bajaban del coche ante el hotel de Gault.

Traspasaron el equipaje de Linney al gran automóvil de turismo de él, quien mandó también recoger el suyo y devolver a la señora Sheridan el pequeño automóvil. Recogió luego el correo de la mañana y subieron en seguida a las habitaciones para buscar los papeles de su mesa, que no quería confiar a nadie más que a sí mismo.

Al llegar a la salita, echó sobre la mesa el montón de cartas, se volvió hacia Linney y la cogió en sus brazos.

—Esto es un sueño, ¿verdad?—dijo, riendo inseguro.—¿Voy a despertarme ahora y a encontrarme con que sólo es un sueño, di, dulzura?

—¿Tan difícil es de creer?—le preguntó ella. Incluyó la cabeza bajo el ala del sombrero de la muchacha.

—Casi imposible. Si yo pudiese darme perfecta cuenta, creo que me volvería loco de alegría.

—Entonces acaso es mejor que aún te parezca a medias un sueño—respondió sonriendo, mientras él la besaba. Cuando se apartó, le dijo:

—¿No viniste aquí arriba a coger tus cosas, Adán?—Y su tono era medio tímido, medio alegre.

—Es precisamente lo que estoy haciendo. Coger besos. Todos son míos ahora, dulzura.

—Siempre lo han sido. Ningún otro hombre me había besado nunca. ¿No lo crees, Adán?

—Yo creo todas y cada una de las cosas que tú dices. Además, lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—No sé cómo. Supongo que de la misma manera que supe todo acerca de ti.

—¿Sabes tú todo acerca de mí... Adán?

—Todo lo que importa. Todas las cosas verdaderas.

—¿Qué es lo que no sabes de mí, entonces?

Solo cosas sin importancia. Cosas que no pueden causar ninguna diferencia.

Ella permaneció unos instantes silenciosa, y luego dijo, lenta:

—Adán, y suponiendo que yo hubiese hecho alguna cosa horrible, que hubiese sido embustera, traidora...

—Suponiendo que la luna estuviese realmente hecha del mejor queso verde— rió él; y, tras besarla de nuevo, volvióse para sacar todas las cosas de su mesa y encerrarlas en una maleta de piel. Después, en pie, echó una mirada a su alrededor.

—Parece que lo he recogido todo— dijo, volviendo. Junto a la mesa se detuvo.

—Mejor será hechar un vistazo a esto— dijo. Repasaba las cartas mientras hablaba, separando las que le parecían urgentes. —Esto es lo que ocurre por ponerse nervioso y asustado— añadió riendo— y vagar por las calles en la madrugada, en lugar de esperar tranquilamente la llegada del cartero. ¡Hola! Una de la señora Braid.

—¡Oh!— y a través de la habitación sonó el grito de Linney.

—¿Qué te pasa, dulzura? ¿Celos?

Ella consiguió reírse.

—No. Sorpresa nada más. Los latidos de su corazón casi le hacían daño, y una oleada de sangre le encendió el rostro. Le miró romper el sobre y sacar la carta. En pie, muda y con los nervios en tensión, esperó, con los ojos fijos en la cara de él. Vió que su expresión cambiaba, que su sonrisa se desvanecía, y que fruncía, perplejo, las cejas. Vió sus labios contraerse en una mueca hasta ser sólo una línea. Y no pudo soportar más el silencio.

—¿Qué... qué dice?— preguntó.

—Una tontería muy grande... Nada que importe... Ahora, dulzura, vámonos— dijo él, dando el asunto así por fácilmente concluido. Pero ella había llegado a la máxima tensión, mucho más de lo que ella misma creía. Había llegado al punto culminante y no podía dejar así las cosas. Necesitaba saber qué era lo que Rhoda Braid había escrito.

—¡Por favor... por favor... oh, dímelo! La duda es una tortura. Y su voz comenzó elevándose, se estremeció y murió en sus labios. El la miró, intrigado. Acercóse a ella y le cogió del brazo.

—¿No quieres decírmelo?

—¿Y tú no quieres creerme cuando te afirmo que no es nada... más que una especie de locura?— replicó gentilmente.

Pero el instante supremo había llegado. Ella soportó la tensión todo lo humanamente posible, pero se hallaba ya en un punto que aquel nuevo golpe fué la gota de agua que hace desbordarse el vaso, lleno ya. Comprendía que reducía a la nada sus más acariciados planes; comprendía que los derrumbaba y los hacía pedazos a sus pies; comprendía que con una o dos palabras podía hacer que la carta de Rhoda apareciese sólo como la palabrería infame de una mujer maligna. Había llegado al punto culminante y nada podía hacer para evitarlo.

—Entonces, Adán, te lo diré y a ti— murmuró. Su rostro estaba muy pálido; y sus ojos, extraordinariamente brillantes. Dejó caer la mano que aun tenía sobre el brazo de Gault, y permaneció erguida ante él.

La mirada del hombre era ahora un poco dura. Algo en la actitud y en la voz de Linney le chocaba hondamente.

—¿Tú me lo dirás? ¡Qué estás hablando!— exclamó.

—Digo que voy a referirte cuanto la señora Braid te ha escrito en esa carta... Voy a decírtelo... ¡Oh!, casi palabra por palabra...

—Entonces, dímelo— murmuró él, con palabras bruscas.

Lenta, dolorosamente, obligó ella a sus labios a formular las frases.

—Te dice que mi madre estaba agobiada de deudas. Te dice que necesitábamos hallar dinero con rapidez; te dice que ella ofreció presentarte... a nosotras... en la intención que si... tú llegabas... a amarme, tendríamos que pagarle a ella por la presentación... ¿No te dice eso, Adán?

—Sí— replicó él, sombrío— eso dice; continúa.

—Dice que nosotras trazamos el plan para que tú llegases a interesarte; para cazarte. Dice que el traje que yo llevaba, mis miradas y mis sonrisas, eran otros tantos... cebos. Dice que yo me forjé el plan y el propósito de hacer que tú me amases. Incluso antes de haberte visto siquiera. ¿No te dice todo eso, Adán?— Y alzó sus ojos angustiados.

—Sí, todo eso me dice— replicó él con brusquedad y mirando en los ojos a la muchacha, inquisitivamente. —Ahora, dime tú una cosa. Eso... ¿es verdad?

Durante un largo instante, sus miradas se encontraron y se sostuvieron; después:

—Eso... es verdad— respondió ella con palabras apenas perceptibles.

CAPITULO IX

La ley de la vida

Adán Gault permanecía ante ella con la carta en la mano, y la miraba con expresión de profunda incredulidad. Una expresión que hacia a Linney desear gritar la verdad de los hechos. Pero cuando habló, las palabras brotaban con dificultad, y su voz era sombría, monótona, apenas algo más que un murmullo.

—Eso es verdad— repitió.

—¡No sabes lo que estás diciendo!— interrumpió él.

—Sí, lo sé.

—¿Y eso es verdad?

—Sí.

Hizo una pausa, mirándola aun con aquella incrédula expresión.

—No puedo creerlo— dijo, al fin.

—Harás bien en creerlo, Adán— respondió, angustiada.

Pero esa carta dice que tú urdiste un plan para hacerme... quererte, para hacerme desear... casarme contigo. ¡Tú lo planeaste! Dulzura, eso no es posible. ¡Tú no has podido hacer semejante cosa! ¡No has podido!

—Lo hice— dijo ella.

De nuevo él hizo una pausa, mirándola.

—Pero eso quiere decir que todo ha sido falso. Toda nuestra felicidad. Toda tu dulzura.— Y continuó tras un momento: —Querida mía, hay algo aquí que yo no entiendo. Algo que todavía no me ha sido dicho.

—Adán, ¿necesitas saber más? Te digo que eso es verdad. Mi madre necesitaba dinero. Rhoda Braid habló de ti. Mi madre vió la oportunidad e hizo que te trajese a comer con nosotras, y me dijo a mi por anticipado lo que de mí esperaba. ¡Oh, todo eso es muy canallesco, pero es completamente verdad!

—¡Pero eso quiere decir que tú planeaste el casarte conmigo ante siquiera de haberme visto! Antes de que supieses qué clase de hombre era. ¿Puedo yo creer que fueses tan... tan desprovista de sentimiento? ¿Tan... ¡oh, dulzura!, tan profundamente indelicada?

Ella se cubrió la cara con las manos.

—Prometi a mi madre hacer todo lo posible por atraerte, Adán— dijo con voz velada y baja.

Esta vez él continuó silencioso tan largo rato, que ella habló de nuevo pausadamente, mostrando su rostro:

—Siempre, desde que puedo recordarlo, he entendido que debía realizar un matrimonio ventajoso. Es la obsesión de todas las jóvenes en nuestro ambiente.

Ahora habló él; la expresión de su voz había cambiado; su mirada, también. No permaneció largo rato totalmente incrédulo. Empezaba a creer.

—Entonces, ¿ofreciste tu belleza al mercado?— dijo él pausadamente.

—Eso es resumen— replicó ella con fatiga.

—¡Tú! Con toda tu dulzura, con toda la ingenuidad y pureza que yo en tanta estima tenía. ¡En venta al mejor postor! ¡Dulzura, Dulzura! ¡Cómo puedo creer esto de ti!

—Ya te dije que no me creyeras tan maravillosamente buena— dijo ella sombríamente.

—Entonces, ¿a eso te referías? ¿Era en eso en lo que pensabas?

—Sí. Estaba avergonzada... He vivido en un estado de angustia desde que desperté a la realidad de lo que había hecho. Casi estoy ahora alegre de que lo sepas; ¡ha sido una angustia tan espantosa!— Su voz temblaba, rota.

—Me había preguntado muchas veces por qué insistirías tanto en que no te creyese demasiado buena. Me sorprendía. Pero jamás, ni remotamente, adiviné la verdad. Yo creía que sería por esa especie de humildad que siente uno cuando está profundamente enamorado. Esa especie de humildad que yo sentía ante ti... Como si uno no fuese merecedor de su gloriosa suerte... Como si... se interrumpió, volviéndose de espaldas, apretándose la frente con un puño cerrado.— ¡Esa suerte!... ¡Esa gloriosa suerte!— repitió con amargura.

—Lo sé... lo sé...— dijo ella con tono de sombría desesperación.

El giró sobre sí mismo, y de nuevo la miró, cara a cara; los recuerdos surgían y se agitaban en su cerebro como un regimiento de torturadores demonios, recuerdos de la falsa dulzura en que él había creído; de su propia felicidad, falsa también, que le había parecido maravillosamente cierta...

—¡Ninguna necesidad había de que fuera así!— gritó él, atormentado por tales visiones.— No era preciso que hubiera ocurrido, Linney... Si tú hubieras dicho una sola palabra en contra, nunca hubiera ocurrido... Te habría amado, lo sé; pero jamás hubiese sido con un amor semejante, con un amor que conoció la gloria de imaginarse que era correspondido...

—Lo sé... lo sé... repetía ella, con palabras que eran casi un murmullo.— Pero yo he hecho cuanto he podido... Lo he procurado de veras, Adán... Lo he procurado y lo he esperado... La voz de la muchacha expiró al pronunciar las últimas palabras, pero Adán, siguiendo el curso de sus propias ideas, pareció no advertirlo.

—Y la primera noche... ¿Te das cuenta de que yo jamás hubiera dicho lo que dije si... si tú no me hubieses dejado decirlo? ¡Oh!, ya sé que eso suena como la vieja disculpa de mi tocayo, que vino la mujer a tentarme... Pero no lo es.

—No, ya lo sé. Yo te hice hablar. Yo te hice hablar, sé bien lo que hice. Vi que tú hablarías si yo te daba pie para ello, y lo hice— afirmó, sin piedad para sí misma.

—Yo te amé desde el primer instante que te vi. Cuando apareciste en lo alto de la escalera, mirándome como un ángel de dulzura— dijo lentamente.— Te amé como jamás soñara que podía amar. Y pensé, en mi loca ceguera, que el mismo milagro te había ocurrido a ti. ¡Ay, Linney! ¿Qué daño te he hecho yo para merecer tal crueldad?

—Ninguno— y la voz de Linney temblaba al decirlo.— Ninguno, Adán. Tú mereces todo lo mejor que la vida sea capaz de ofrecer. No hay atenuante para mí... y estoy amargamente avergonzada; eso es todo.

—Tienes por qué estarlo— interrumpió él, con tono indefinible.— ¡Por Dios, que sí!

Algo en aquella voz asustó casi a la muchacha, que habló ahora con acento de súplica.

—He procurado buscar reparaciones; lo he procurado de veras, Adán; con todo mi corazón procuré hallar algo que compensara...

—¿Reparaciones?— rió él.— ¿Qué reparaciones puede haber para un engaño y una farsa...?

—Tal vez ninguna— continuó ella.— Acaso yo estuviese loca al pensarlo, pero quise dedicarme con toda mi alma a hacerte feliz. Adán, ¿no lo conseguiría?

—Me has hecho vivir en un falso paraíso.

—Yo esperaba que tú no supieses nunca... Esperaba...

—¡Oh, sí! Creo que no desearas que me enterara— interrumpió sombrío.— Eso habría echado por tierra todos tus planes, ¿no es verdad?

Le miró ella con ojos angustiados y negó con la cabeza. —No era por eso, Adán. Pero bien veo que no puedes creerme.— Y se volvió, desesperada.

—Me parece que nunca podré creer nada— dijo él.— Si tú eres falsa, ¿qué puede ser verdadero?

—Yo quise redimir mi... falsía con toda una vida de lealtad. Lo quise de veras. Quería labrar un futuro tan... maravilloso, Adán, que el pasado no importase... ¡Oh!, ya sé que no podrás creerme... Acaso no te interese... Pero lo quería lealmente.

—¿Podría algo borrar aquella falsedad? ¿Podría algo hacer que no hubiese existido?— exclamó

—No... Pero... ¡Oh!, no hay defensa alguna, lo sé bien... Tienes perfecto derecho a pensar de mí lo que quieras, a decirme lo que quieras, a hacer conmigo lo que quieras...— Alzó las manos en un leve gesto de angustiosa impotencia, y las dejó caer de nuevo a lo largo de su cuerpo.

Gault, siguiendo el enjambre de sus recuerdos torturadores, parecía oír apenas; interrumpió:

—Y tu madre, también. Toda su amabilidad para mí significa pura y simplemente que yo soy rico. ¡Oh, Linney, si hubiese sabido lo que tal riqueza iba a causarme, hubiera vivido en una choza, hubiera arrancado la carne de mis huesos, hubiera comido lo que el último mendigo despreciara, antes que alargar la mano para adquirirla! Pero he recibido mi lección. Eso, al menos no puede volver a ocurrirme nunca. Es preciso pagar la propia experiencia. Es ley de vida. Yo la he pagado, y ahora la experiencia es mía. Mía, para conservarla siempre, para que siempre me guíe y me advierta. Puedes estar bien segura de que jamás olvidaré su lección.

Había en las palabras algo terriblemente inapelable. Ella alargó las manos y le aferró un brazo.

—¡No, Adán! ¡Yo no puedo soportarlo! He sido muy... baja y despreciable. Mas no fui tan mala como tú piensas. Al principio, sí; nada hay de lo que tú puedas decirme que yo no conozca. Pero después... estaba pesadisa... Adán, estaba avergonzada. Y sólo deseaba nacerte feliz. Redimir lo que había hecho dándome a ti, dándote toda mi vida, todo cuanto yo pudiese dar.

El inclinó la cabeza y la miró fijamente a los ojos.

—¿Tú no me quisiste aquella primera noche?

—No.

¿Tú me llevaste a decir, me permitiste que dijera todo lo que dije, mirándome friamente?

—Es... casi eso— balbuceó ella.

—¿Casi? ¿No del todo?

—No, porque mientras tú hablabas, arrodillado a mis pies, yo aprecié mi conducta en su verdadero valor, y me hubiera arrancado el corazón del pecho por ser capaz de anular lo que había realizado. Esa es la verdad, Adán.

—¿Y después?— Los ojos de él, fijos siempre en los suyos, brillaban encendidos por la esperanza, con un fulgor difícil de soportar.

—Después deseé hacerte feliz. Darte todo cuanto pudiese. La mano de él oprimió las suyas.

—¿Me quisiste, dulzura? ¿Aprediste a amarme?

La ansiosa pregunta brotó, incontinente, de sus labios.

—Si después de todo llegaste a quererme por mí mismo, de veras; si toda tu dulzura desde entonces significaba amor, nacia de tu amor... ¡Oh, querida mía, borremos el denigrante principio y comencemos de nuevo!

Ninguna tentación en su vida había sido más fuerte que la que ahora la asaltaba. Sobre todo en el mundo, anhelaba pronunciar la breve palabra que le hubiera hecho a él feliz y que hubiera ganado su perdón; pero por encima de la tentación de tomar aquel fácil camino de salida, estaba la conciencia de que las cosas habían ido ya demasiado lejos para decirle una sola palabra que no fuese la absoluta verdad. Le parecía que si en un principio se la hubiese revelado, habría sido mejor que habérsela revelado ahora. Pero ella confió en que no fuese necesario revelarla nunca. Había pensado que por bajo nivel moral que la señora Braid, como todos de su mundo, tuviese, no sería capaz de jugarle aquella infame tréta. Mas, al pensar en esto, recordó que justamente la señora Braid volvía del Correo cuando ella llegó a su casa con el chaqué. Evi-

dentamente, la fatal carta había sido ya enviada. ¡Qué amarga ironía! ¡Haber pagado con aquel cheque que tanta vergüenza le costó adquirir, un secreto que había sido ya revelado! Y la señora Braid aceptó el cheque habiendo descubierto el secreto. ¡Oh, sí! — pensó Linney, amargamente; — lo aceptó sin vacilaciones... Era una acción digna de ella...

Todas estas ideas se estremezaban en su cerebro, mientras permanecía allí de pie, procurando reunir el valor suficiente para contestar la pregunta de Gault. — ¿Había aprendido a quererle?

Desesperadamente buscó en su corazón el amor que anhelaba darle, y no lo halló.

— ¡Ah, dulzura, dime la verdad ahora aunque en tu vida vuelvas a decir una! — exclamó. — ¿Me amas?

El silencio que siguió a sus palabras parecía herir. Cerró ella los ojos para no ver el rostro de Gault, y forzó a través de los labios secos, la palabra cruel:

— No.

La mano de él soltó sus manos, y el brazo huyó su contacto. Alzó la cabeza, irguió en un gesto brusco, y su rostro apareció frío y hermético, cual si fuese de mármol.

— Pero Adán — exclamó ella desesperadamente, — ¡yo te he hecho feliz!

— Algo tenías que pagar por el privilegio de pescar una gran fortuna — replicó, lento. — Te prometiste a mí sin querermelo. Me diste tus labios, dejaste que te estrechara en mis brazos sin querermelo.

¡Estabas dispuesta a darme toda tu vida sin querermelo! ¡A pagar el precio incluso del matrimonio significaba... sin querermelo! ¿Qué clase, qué contrato efectuado aun por la clase de mujer más baja podría ser más bajo que eso? ¡Y tú invocas que era para hacerme feliz! — Súbitamente, sus ojos relampaguearon. — De modo que eso era lo que pensabas de mí. A eso pensabas que mi amor por ti se reducía. ¡Que mi felicidad era una mera cuestión de posar a la mujer que amaba! Sin ninguna correspondencia por parte de ella. Puedo ser un loco, un hombre estúpido a quien se engaña fácilmente, pero aún no he descendido a semejante nivel de insensibilidad.

Retrocedió ella, horrorizada. Que sus esfuerzos para comprenderle, para darle la felicidad, pudieran llevar a semejante conclusión, no se le había ocurrido ni remotamente. Y recibió tal interpretación como una bofetada.

— ¡No...! ¡No...! Tú comprendes — gritó casi.

— Yo comprendo esto: que tú estabas dispuesta a pagar el precio de mi fortuna. Que mi dinero significaba tanto para ti, que nada te parecía demasiado degradante para alcanzarlo.

— ¡Adán, vas demasiado lejos! Ni aun a mí, acreedora a tantos reproches, debes decir cosas como esas. Yo no quería tu dinero.

— ¿No...? ¡Ni siquiera pude esperar a que estuviéramos casados! ¿Has olvidado el cheque que te di la última noche?

— ¿Vas, también, a echármelo en cara? Creí que me lo dabas libremente porque te aseguré que tenía desesperada necesidad de él. Me pareció maravillosa, exquisita, caballeresca la manera que tuviste de darme ese cheque... ¿Me lo diste de mala gana, después de todo? ¿Reprochabas interiormente que te lo pidiese? — Las palabras salían atropelladas de sus labios, empujadas por unos nervios sacudidos y por la horrible sensación de tragedia que la envolvía.

— Te lo di libre, alegremente, porque tú me lo pediste... Como me hubiera arrancado el corazón del pecho para darte-lo, por la misma razón... No sentí el menor desdén o resentimiento porque me lo pidieses. Me sentía muy feliz de poderle servir. Mi dinero me parecía una cosa espléndida, pues que me permitía darte con facilidad, lo que necesitases. Pero entonces, yo no sabía. Y ahora que me he enterado, ya no me parece espléndido el haberme ayudado a engañarme con la suma de cinco mil libras... No porque fuera una gran cantidad. Si hubieran sido nada más que cinco mil peniques, estaría igualmente indignado por la farsa que significaba... Porque me engañaste pagándomelo con palabras dulces, con besos... con afirmaciones de una devoción que no sentías... ¡Porque me engañaste al pagármelo, Linney!

— No era para mí.

Le hacía cara ahora, no menos furiosa que él.

— Entonces, ¿para quién era?

— Para la señora Braid. Se lo di la noche pasada.

— ¿Para la señora Braid?

— Sí. Había amenazado con decirte... todo lo que te ha dicho. Le supliqué que no lo hiciese. Le imploré que me diera la oportunidad de ofrecerte una compensación... Le dije todo lo que significabas para mí... Y ella me aseguró que por cinco mil libras no te diría nada... Lo prometió lealmente, pero en ella no hay lealtad... Cuando le llevé el cheque, ya había echado esa carta para ti. Sólo que yo no lo sabía. Por eso me sentí tan aliviada y tan feliz... Yo creo, Adán, que anoche era la muchacha más feliz de la tierra, pensando en darme a ti... en dedicarme a hacer que tu vida fuese una vida de ensueño...

El impulso que en un principio la movía, ibase aplacando, y las últimas palabras fueron dichas con voz baja y trémula. Pero él se callaba demasiado herido e indignado para que su emoción le conmoviera, para creer siquiera en ella. Veía a la muchacha sólo bajo la odiosa luz de la comedia que había representando; en aquel instante al menos, no era capaz de verla de otra manera.

— El soborno, el precio del silencio de la señora Braid, ¿eh? — dijo rudamente. — Le pagabas para que no desbaratase todos tus planes, tan bien trazados... ¡Hacerme a mí pagar de mi propio bolsillo el dinero de Judas! ¡Un detalle perfecto, este! ¡Una burla suprema... contra mí! Una paga por su silencio...

— ¡Si quieres interpretar todas las cosas despiadadamente!

— Tu no corrias ningún riesgo, ¿verdad?

— No.

— Tú querías casarte conmigo, ¿verdad?

Ella moströse vencida, y dijo, angustiada:

— ¡Oh, sí! Quería casarme contigo.

— Tú sabías que el matrimonio era el precio que tenías que pagar, ¿verdad? — Y recalaba cada palabra como un martillazo.

— Sí; sabía que ese era el precio — repitió ella.

— Entonces, ¡por Cristo que lo pagarás! Seré la criatura grosera y brutal por quien tú me habías tomado. Cogeré la felicidad que tú suponías había de satisfacerme...

Se interrumpió al oír que llamaban a la puerta y que, desde la parte de fuera, una voz decía:

— Un coche, señor.

Vació un instante, y luego, con ojos encendidos por la ira, la dijo:

— Baja al automóvil.

— Adán — suplicó ella, asustada por aquel cambio de actitud; mas él no la escuchaba.

— Tú eres mía, ¿no es eso? — dijo con palabras que sonaban brutalmente. — ¿No has sido comprada y pagada? ¿No fuiste tú misma quien, por su conveniencia, se lanzó al mercado?

— Sí... ¡oh!... sí...

— Entonces, haz lo que te digo. Baja al automóvil.

Le miró un instante y, luego, en silencio, volvióse y salió de la habitación. Él la seguía con el rostro contraído y ceñudo.

Se dirigieron a *King's Cross*, y tomaron un *Pullman* para el Norte. Linney sentía que, por mucho tiempo que viviese, jamás se borraría de su memoria el angustioso recuerdo de aquel horrible viaje. Gault, con la faz impenetrable, sentóse en un rincón, tras de lanzar sobre la mesita intermedia unos cuantos periódicos, y permaneció en silencio. Después, a la hora del té, cambiaron algunas palabras; y siguió otro largo periodo de profundo silencio, sólo cortado por el ruido de las ruedas, que parecían entonar en los oídos de Linney el ritmo de una marcha fúnebre. Cuando, ya de noche, llegaron a su destino, sólo recordaba que él había dicho una vez, como quien obliga a la frases a brotar de los labios:

— ¡Tú! ¡Que hayas sido tú...!

Seguía una silenciosa carrera a través de una ciudad de incansante trabajo, en la que los hornos aún estaban encendidos y las chimeneas mandaban a lo alto densas nubes de humo. Fuera de ella, después, en el aire fresco y puro de la campaña, hasta la casa de Gault. La casa que él había arreglado para recibirla, con tan tierno cuidado, para que le gustara.

Fueron acogidos por la señora Barggod, ama de llaves de Gault, quien les dió la bienvenida, habiéndoles con entusiasmo y deseándoles mil felicidades. Después Linney la siguió escaleras arriba hasta la habitación que había de ser suya; la buena mujer charlaba amablemente, en su manera cordial de campesina del Norte, y una vez que se convenció de que nada faltaba a su nueva señora, retiróse. Mecánicamente se quitó Linney el sombrero y el abrigo y ahuecóse el caballo. Permaneció en pie en el centro del cuarto, sorprendida an-

te la imagen de rostro pálido que se reflejaba en el espejo, en la que apenas se reconocía.

La cena, para los dos solos, fué algo torturante y horrible. La actitud de Gault era ahora de desdenosa burla, bien lo veía Linney, iba dirigida tanto contra ella como contra sí mismo. Y, en gran parte, era un disfraz del profundo dolor de aquel hombre...

Les servía una muchacha activa y discreta, que, interpretando su silencio como el éxtasis de la hora excepcional que vivían, imaginó toda clase de románticas boberías sobre la cualidad ideal de aquel matrimonio, entre su amo, fuerte y robusto, y aquella esposa de cabellos de oro, como las princesas de los cuentos de hadas. No sabía la tortura que ambos sufrían durante aquella comida. No podía adivinar que los platos tan cuidadosamente estudiados y preparados tan ansiosamente para deleitar a la novia rubia como una princesa de leyenda, la pobre Linney los tomó ahogándose casi con cada uno de los bocados; ni que el aparente apetito de Gault se debía a la rabiosa determinación de no demostrar cuánto estaba sufriendo.

¡Pobre Linney! Estaba tan desesperada, tan cercana a un ataque histérico cuando concluyeron de cenar, que le pareció que lo porvenir, fuese como fuera, no podría ya abrasar su memoria con un recuerdo más horrible que el de la hora que acababa de pasar, sentada a un extremo de una mesa deliciosamente servida, procurando esquivar la mirada de los ojos de su nuevo marido, que estaba frente por frente... Había sido difícil durante aquella hora espantosa esquivar su mirada, que con frecuente insistencia se clavaba en sus ojos, sombría y despreciativa, haciendo latir violentamente su corazón cada vez que tropezaba con la de ella...

Al levantarse Linney de la mesa levantóse él también, arrugando la servilleta y tirándola junto al plato de postre vacío.

—Aquí termina nuestra primer comida juntos en nuestra nueva casa — dijo, con no menos burla en su mirada que en su voz.

—Sí — respondió, apenas capaz de formular una palabra, nerviosa y angustiada.

—Permiteme que abra la puerta a mi nueva esposa. — Y la abrió de par en par, inclinándose irónicamente al aproximarse a ella.

—Gracias — le dijo con el mismo tono apenas perceptible.

—Sería una lástima no aprovechar las excelentes lecciones de comportamiento que me dió tu inteligente mamita, ¿verdad?

—No sé... — balbuceó ella.

—Ahora pienso que eran bastante costosas. Pero, claro, es que tú y la señora Braid tendríais un tanto por ciento en el precio pagado.

Ella enrojeció, herida.

—No. Te equivocas, Adán.

—¿Cómo voy a estar seguro?

—Te digo que es así. Te equivocas.

—¿Cómo voy a creerle?

Estaban aun en pie, junto a la puerta abierta, y durante el tiempo que dura un relámpago, sus ojos le desafiaron; pero casi en el acto se apagó la llama que los animaba. Había tenido que soportar demasiados golpes aquel día y no tenía fuerza suficiente para llevar adelante el reto...

—Ya comprendo que tú no me puedes creer... que jamás podrías creerme de nuevo... — dijo amargamente. — Por esa única mentira que te dije, jamás he de ser ya creída, aunque religiosamente diga en adelante la verdad... Supongo que eso es justicia.

—No tienes derecho a creer que no lo sea — replicó él.

—Quizá no. Pero creo que eso es entender muy mal la humana naturaleza. Yo no mentiré otra vez, Adán. Precisamente por esa mentira, por la espantosa lección que me ha dado, jamás fingiré ni mentiré... La naturaleza humana aprende algunas veces de memoria las rudas lecciones de la vida, y las aprovecha... Tú no ves en mí ya nada bueno. Sin embargo, lo hay... Si pudieses reconocerlo, eso facilitaría las cosas.

Se detuvo y siguió en pie ante él, dando vueltas al estrecho anillo de matrimonio que aquel mismo día le puso en el dedo; sus ojos azules imploraban ansiosamente... Pero no había gracia en los ojos de él, y su voz tenía aún aquel cruel dejo de ironía cuando le replicó:

—¿Facilitaría en que tú me engañases de nuevo?

Recibió serena la respuesta; acaso vió, bajo la amargura de las palabras, el dolor del corazón de aquel hombre; acaso en aquel momento era ella más sensata que él, y pudo hacer concesiones.

—No. Pienso que facilitaría las cosas para ti. No queda en mí el menor impulso que me lleve a engañarte, y no lo ha habido, Adán, en ningún sentido realmente denigrante, desde el momento que supe que tú me amabas con toda tu exquisita lealtad. Si te he engañado desde entonces, fué por ti... Digas o pienses lo que quieras, no alterarás la verdad... Fué por ti... Si hubieses sido pobre habría hecho lo mismo.

—Si hubiese sido pobre, la ocasión no se hubiera presentado — dijo amargamente.

—Eso es verdad — le respondió, desmayada. — Eso es completamente verdad... La muchacha lleva el café a la sala... ¿No vale más que vayamos allá? — añadió, al ver una servienta que aparecía en el extremo del pasillo con una bandeja en las manos.

El asintió en silencio y la siguió a la salita.

La vista de aquella habitación le llegó a ella al alma. Había sido arreglada de un modo tan lindo, tan confortable, tan hogareño... Ella había dicho que la casa de su marido sería acogedora. Y reconoció que eso era precisamente lo que habían perseguido al arreglarla. Nada se había hecho demasiado solemne; muchas cosas se habían dejado tal como a Gault le placía tenerlas siempre. Flores, grandes jarrones de flores aquí y allá. ¡Acogedora! Sí, esa había sido la intención. ¿Y el resultado? Una leve risa subió a los labios de Linney, y murió en ellos sin sonido...

—La señora Gault servirá el café; gracias, Jessie.

La voz de Gault hablando a la muchacha, vibró a través de sus pensamientos...

—No desearemos nada más esta noche — agregó él.

La doncella sonrió tímidamente y les dejó solos. Linney sirvió el café y, llevó a Gault su taza. Se sirvió ella un poco y, en silencio también, sentóse y lo bebió... En silencio igualmente, los grises ojos de él la observaban... Aguantó ella mientras pudo. Luego, dejó la taza y, levantándose bruscamente, ahogó casi un grito.

—No... no puedo soportar esto — dijo con palabras entrecortadas. — No puedo soportarlo... No me mires así... No estés ahí sentado y quieto... No te burles... ¡Eso no es justo! Yo no soy tan mala... ¡No lo soy! — Se detuvo, apretando sobre sus labios un puño cerrado y serenándose algo con un supremo esfuerzo. Cuando se creyó lo bastante calmada para hablar en tono firme, dijo: — Voy a acostarme, Adán. Estoy terriblemente cansada... Acaso mañana... estemos en condiciones de... pensar alguna solución...

—Buenas noches — dijo él con un dejo de amargura.

Salíó Linney de la habitación casi arrastrándose; se sentía deshecha.

Arriba, en su habitación, dejóse caer en la silla, ante el espejo, y miró, casi sin verla, la imagen que el espejo le devolvía. ¡Aquel era el final del día que, bajo tan buenos auspicios, comenzó con la evaporación de la bruma! Y la bruma parecía rodear su vida; rodear su corazón y su alma, más espesa, más cerrada, más impenetrable que nunca.

¿Qué podría reservar el futuro? Si le fuera dable, por arte de una maga bondadosa, caer en un sueño del que no despertara meses más tarde, cuando el primer horror de su desgraciado matrimonio hubiese ya pasado, cuando el dolor de la herida de Gault empezara a calmarse...

Tenía el rostro desencajado... Estaba pálida, las pupilas trágicamente dilatadas, descompuestas... Debía rehacerse, aun a costa de un gran esfuerzo. Ninguna necesidad había de que todos los sirvientes de la casa advirtieran el desdichado fracaso de su matrimonio... Se acercó más al espejo, mirando su rostro fatigado; y luego, con cansadas manos, fué retirando las horquillas de su cabello, que, como cascada de oro, cayó sobre los hombros...

Estando aún sentada así, entró Gault en la habitación. Se volvió, ahogando un grito. El, tras de cerrar la puerta, se aproximaba lentamente.

—Bien — dijo. — Esta en nuestra casa, y esta nuestra llegada a ella... nuestra luna de miel, Linney.

Parecía que nada quedase en él del tierno enamorado que conociera. Era tan diferente del hombre que había sido, como si en realidad un malvado hechicero hubiese cambiado su alma y su corazón en el amargo instante de la revelación que siguió a su boda.

—Si — balbuceó ella, próxima a las lágrimas.
 —Tú te has casado con el rico imbécil que iba a pedirte tan poca cosa a cambio de su fortuna.
 —Si — repitió Linney, — me he casado con él.
 —El pobre imbécil que iba a ser tan fácilmente satisfecho, tan feliz, por una esposa sin amor — continuó.
 ¡Eres cruel... y... amargamente injusto!
 —¿Qué quieres esperar de quien carece hasta tal punto de sentimientos delicados?

—Tú sabes... tú sabes que jamás pensé que carecieses de ellos. Me haces peor de lo que soy, Adán... Exageras... eres injusto conmigo... en todo lo que te es posible. Y tú lo sabes... En el fondo de tu corazón, tú lo sabes...

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero no sollozaba. Acercóse más él aún, y la asió de un hombro con mano dura, lastimándola. Levantóse la muchacha, alzando a él sus ojos angustiados.

—¿Qué puedes esperar de él, excepto que tome esa fácil felicidad? — siguió diciendo.

La atraja bruscamente hacia sí, le echó atrás la cabeza y la miró en los ojos aterrorizados.

—Eres mía — dijo con voz que la rabia hacía temblar. — Mía, y este es el sello de mi posesión...

Y la besó repetidas veces... Luego, con igual violencia, soltóla y la apartó de sí. Respiraba agitado; en sus ojos ardía la llama que encendiera la tempestad de todas las encontradas emociones de aquella jornada, más que la llama de la pasión.

Levantó ella sus manos temblorosas hasta cubrirse el encendido rostro.

Est es la primera vez que tus besos me han avergonzado, Adán — dijo en voz baja y temblorosa.

Más que nada tuvo esta frase el poder de serenarle. Volvió a su faz el color normal, súbita claridad de juicio a su cerebro y balbuceantes palabras de excusa a sus labios.

—Creo que estoy loco — dijo apartándose de ella y pasándose una mano por los ojos. — Loco... y apesadumbrado. Hayas tú hecho lo que hayas hecho, no merecias esto.

Separó ella la cara de las manos rápidamente, esperanzada.

—Entonces, que tu locura te haga comprender la mía, Adán... Sólo fué eso, en realidad... Una locura pasajera, que me hizo portarme tan mal contigo, Adán... Créeme, haznos justicia a los dos. Dame una oportunidad, un medio de redimir mi falta. — Le tendió las manos, suplicantes. — ¡Oh, Adán, enséñame a amarte como tú quieres ser amado!... Hazlo. Estov tan ansiosa de aprender...

A través de la estancia, sus ojos se encontraron. La mirada de él la detuvo...

—Creo que es demasiado tarde — dijo lentamente. — No creo desear que me ames... no creo desear tener ya nada que ver con el amor. Esto es demasiado traicionero; demasiado... horriblemente cruel.

Permanecieron un instante mirándose, envueltos en un silencio de muerte; él volvióse y salió de la habitación.

C A P I T U L O X

La barrera infranqueable

Durante aquella noche de soledad y de insomnio, los dos pensaron mucho sobre su triste situación. Linney en su cuarto, tendida en el lecho, abiertos sus ojos en la obscuridad; Gault en el suyo, sentado hasta el amanecer junto a la ventana, abierta de par en par, con el rostro duro y sombrío.

Con toda su alma grande, con su gran corazón de enamorado, había anhelado el instante en que ella fuese suya por completo y para siempre, su amante y su compañera, participe de su amor y de sus intereses. Y ahora... este derribamiento de todos sus ideales, esta amarga y desgarradora desilusión.

Los pensamientos de Linney eran una especie de asombrosa interrogación sobre cómo él podía suponer capaz de complacerse en lastimar, en burlarse, en insultar. Las lágrimas brotaban de sus ojos; lágrimas desesperadas al comprender que, en la trayectoria de un impulso amargo y doloroso, había hecho algo que siempre se alzaría en contra suya, desencadenado algo tan grande que no tenía poder para detenerlo.

Al final, agotada por sus propios pensamientos, quedóse dormida, con las mejillas aún húmedas de llanto.

Se encontraron al día siguiente a la hora del almuerzo. Ella estaba pálida e implorante; él, grave e impenetrable. Se creía endurecido, insensible a todo futuro sentimiento, a todo dolor venidero. Durante largo rato, el silencio pesó sobre los dos. Luego, él dijo:

—Voy a telegrafiar a la señora Braid que venga inmediatamente. Quiero saberlo todo.

Su voz, brusca y seca, era poco prometedora; pero al menos, había desaparecido de ella toda mofa, toda ironía. Linney lo observó con un ligero sentimiento de alivio. Aquel tono burlesco era por completo extraño a su carácter; y mucho mejor era tratar con él tal y como era, aunque se demostrara sin piedad, que haber de sufrir la burla y la ironía que la noche anterior la hicieron no hallar en él nada de común con el hombre que siempre había conocido.

—No hay nada más que saber — le dijo con voz apagada.

—Quizás no. Pero a mi nadie puede dejarme *knock-out* sin que yo le exija cuentas.

—Comprendo. Está bien — fué la respuesta. Y concluyeron el almuerzo sin cruzar una palabra más.

Se levantó él y se dirigió hacia la puerta. Púsose ella también de pie, en un impulso de ir a él echarle los brazos al cuello y obligarle a escuchar, a comprender. La expresión de sus sentimientos se redujo a unas pocas palabras entre cortadas, en las que se sentían, contenidas, las lágrimas.

—Adán... ¿qué vamos a hacer?

—Dios sabrá — replicó él, saliendo de la habitación.

Estuvo toda la mañana en la fábrica y, cuando volvió a medio día, su actitud no era mucho más prometedora. Linney le entregó un telegrama llegado durante su ausencia. Lo rasgó, abrió y leyó, y luego dijo:

—La señora Braid estará aquí mañana por la tarde. — Tras un momento de silencio, añadió: — Tiene valor, después de todo.

—Adán — dijo ella, — ¿qué se va a sacar de bueno con revolver otra vez el asunto? ¿Qué puede ella decirte más de lo que tú ya sabes?

—Necesito verla — dijo obstinadamente. — Quizás hará también venir a tu madre, para oír su versión.

—¿No es su intervención demasiada clara?

—¿Vas a echarle a ella la culpa?

—No, ¡oh, no!, Adán, no es que procure desvirtuar mi propia flata. Cualquiera que fuese su influencia sobre mí, yo no tenía necesidad de amoldarme a ella... ¡No estaba influida... no lo estoy! — exclamó apasionadamente. — El fondo de mí ser, mi verdadero "yo", está intacto, no ha sufrido la influencia de aquel desdichado ambiente y aquellas ideas rastreadas. Si pudiese solamente hacerte creer...

Se detuvo, cortada su voz por los sollozos.

—No puedes ya hacerme creer — respondióle, volviendo hacia ella una mirada inflexible. — Gasté ya toda mi credulidad... la deposité en ti. Te otorgué una cantidad tan grande, que nada me resta. Y se fué, se perdió, en unión de todas las ilusiones.

—No puedo creerlo, Adán; pura y simplemente no puedo. ¿Cómo pudieron nacer un amor y una fe tan grandes como eran los tuyos, por un ser de tan poco valor como pretendí que soy yo? Es imposible. Tú me amas aún. Tú me creíste.

Fué hacia él y le cogió de un brazo, pero él la miró aún con ojos implacables.

—Te equivocas — dijo friamente.

—Entonces, ¿debo suponer que tu amor por mí no fué, al fin y al cabo, una cosa tan grande? ¿Qué lo inspiraban... las cosas más nimias y más bajas que pueden inspirar un amor superficial?... ¿Mi belleza, el oro de mis cabellos o el azul de mis ojos?

Defendía su causa ante él, luchando por conseguir la menor probabilidad de dicha que aun cupiese entre los dos. Pero él continuaba, glacial, mirándola con los grises ojos ensombrecidos.

—¿De modo que persistes en juzgarme un tipo de esa clase?

—Sólo si tú me fuerzas a ello. El amor más grande, más alto, no se borra de esa manera. ¡Oh!, concedido que merezca todo lo que tú me me has dicho... pero, a pesar de ello, si tú me hubieses amado realmente, buscarías el modo de comprender... de hacer concesiones. Si yo te amara a ti, Adán, nada de lo que pudieses hacer podría evitar que te amase. Podría sentirme desesperada... angustiada, pero no tendría más remedio que continuar amándote.

(Continuará)



Negro Castaño Rubio

*... se volverán negros,
se volverán castaños, se
volverán rubios: tal como
eran a los veinte años.*

EN forma gradual: ni demasiado aprisa, ni con mucha lentitud, los cabellos canosos vuelven a su color natural y primitivo, con gran sorpresa de la propia interesada. Unas gotas de Agua de Colonia "La Carmela", aplicadas como loción en el momento de peinarse, mantendrán sus cabellos como los tenía a los veinte años. Y así continuarán toda la vida.

Ni aun las amigas más íntimas se explicarán el milagro, porque el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

EL AGUA DE COLONIA "LA CARMELA"

NO ES TINTURA.

LA CARMELA se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Precio del frasco \$ 18 m^l

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Agentes exclusivos para Chile: **DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)**

VALPARAISO—SANTIAGO—CONCEPCION—ANTOFAGASTA



CINZANO

VERMOUTH